

160

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 9 - 15 mayo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 284

LA ULTIMA PALABRA VIENE DE ROMA"

NTI EDDA Y ROSSI, DOS HOMBRES EN
A CIUDAD DE LAS SIETE COLINAS

"HAY YA DEMASIADOS
PARTIDOS Y TENDENCIAS"
DICE EL CARDENAL SCHUSTER



El cardenal Schuster

“LA ULTIMA PALABRA VIENE DE ROMA”

“No quiero disminuir en lo más mínimo el mérito inmenso, histórico, secular, de los ejércitos organizados por el genio de José Stalin. Reconozco este mérito y tengo confianza y esperanza en que, de la colaboración de las fuerzas obreras rusas y de las fuerzas occidentales, nazca un nuevo mundo.” «Existe algo de inmensamente simpático, de inmensamente sugestivo en esa tendencia universalista del comunismo ruso.» Así hablaba Alcide De Gasperi el 23 de julio de 1944, adelantándose hasta las candilejas del Brancaccio, de Roma.

Por esos mundos, más veces del diablo que de Dios, hay una capacidad fabulosa para la prestidigitación política y para el olvido. Claro que los resultados se encargan luego de romperle la crisma a los desmemoriados malabaristas. Tal le ocurre a la Democracia Cristiana. Del talón a la puntera de la bota italiana corre estos días el calambre de la «paura». El miedo a los 200.000 «colectores» del partido comunista, esos 400.000 ojos que escudriñan la ortodoxia de los afiliados y contabilizan al céntimo el rendimiento de cada uno en la misión que le está encomendada. Palmiro Togliatti dispone de una burocracia y de un cuadro de mandos que rebasan la cifra de los 360.000 hombres a sueldo. El aparato comunista llegó a devorar en un año 25.000 millones de liras, dato que nos da la medida de la acción que, en un momento determinado, puede desarrollar sobre esos 600.000 votos que le faltaron en las elecciones de 1953 para saltar «legalmente» al dominio absoluto del Poder.

Frente a tan perfecto, sólido y monolítico dispositivo, la Democracia cruje y se resquebraja por el seísmo del miedo. Algunos reclaman una «apertura a dextra»; otros, la «apertura a izquierda», y, como siempre sucede en los movimientos políticos sin una clara conciencia histórica, no faltan los que se agarran al clavo ardiendo del centrismo. Las desavenencias, el cisma y el profundo desconcierto que se agitan en los senos de la Democracia Cristiana han saltado caudalosamente al centro de la calle. Mientras el partido comunista refuerza su arquitectura, su agilidad funcional y su mecanismo de propaganda con una potente red de entidades industriales, comerciales y financieras—bien conocidas por el Gobierno—, la Democracia Cristiana minimiza hasta extremos inconcebibles su contenido doctrinal, y tanto el ala «derechista» como su «ala izquierda» buscan descaradamente la alianza, el compromiso y el pacto, a costa de lo que fuere y como sea, con otros sectores políticos. Pella, Andreotti y Togni disparan sus globos-sondas al campo monárquico, y sobre el firmamento del Movimiento Social Italiano. Gronchi, por su



La guardia suiza del Vaticano espera alineada a la entrada de la Villa el paso de un importante personaje

parte, le hace la corte a Nenni. Precisamente estos días se habla de que este deslazamiento «a izquierda» se concretaría, para comenzar, en la aparición de una revista mensual, en la que se discutirían públicamente los puntos de coincidencia y las cuestiones que separan a católicos y socialistas. Se dice que Gronchi propone que la revista se llame «La Svolta», y que Nenni encontraba más acertado bautizarla con el significativo nombre de «Incontri». A este guiso, comenta la Prensa, no es ajeno el ex vicepresidente del P. S. D. I., Russo. Ninguno de ellos se ha abierto de capa ante las preguntas que le formulan los periodistas, pero tampoco han negado en rotundo. Un portavoz de Gronchi manifestó: «Ya hace mucho tiempo que para el Presidente es clara la conveniencia de una revista de jóvenes, en la que se hiciera converger la colaboración de los elementos más destacados de los diversos partidos sobre un plano común de defensa de la democracia y del progreso social.»

Es probable que en ciertos núcleos demócratacristianos la preocupación por una más decidida tendencia y orientación hacia los problemas sociales sea sincera. Pero hay quien dice que es en los sanos principios de la doctrina católica donde debían ahondar y proyectar su acción, de acuerdo con las exigencias de los mismos. Que la dirección de esta inquietud cristalice fundamentalmente en la conveniencia de unirse con quienes, en sus programas, mantienen muchos postulados claramente disconformes, cuando no contrarios, a dichos principios, ya es más que suficiente para sospechar que lo que,

ante todo y sobre todo, preocupa es que, en la hora oportuna, esté asegurada la mera coalición electoral o simplemente la mayoría parlamentaria.

Hay algo que por sí solo se basta y se sobra para poner en trance de derrota y fracaso a la maniobra: la repugnancia popular ante lo puramente convencional y la ineficacia de las «fórmulas de compromiso», amén de la falta de coherencia y disciplina que, en el momento de la verdad, se registra siempre en estas coaliciones híbridas. Y si la renuncia a lo que hasta aquí fué estimado como razón de existencia sobre la escena político-social se acentúa, hará su aparición el más cínico profesionalismo político y todo aquello que carece de originalidad para movilizar en su torno aún el más débil proselitismo. No hay que olvidar, insistimos, en que han de enfrentarse con la férrea disciplina a que están sujetas las 97 Federaciones, los 387 Comités municipales, los 700 Comités enclavados en los lugares de trabajo y las 11.000 células del partido comunista.

El impacto de esta situación ha hundido su acerada flecha en toda la juventud italiana, por la sencilla razón de que no se trata de una simple peripecia política. En Italia se halla en juego bastante más.

UNA NOTA DEL «L'OS-SERVATORE»

Nada tiene de extraño, por lo mismo, que la resaca haya acusado su influencia entre los jóvenes pertenecientes a la Acción Católica. Pero conviene precisar desde este momento que enfocar los acontecimientos ocurridos en los organismos centrales de la Ju-

ventud de Acción Católica dentro del área específica y confusa, como hemos visto, de las manipulaciones políticas sería un error de principio y una interpretación del «problema italiano» muy superficial. Quede esto bien sentado. Nosotros los analizaremos porque entran dentro de la sintomatología que acusa el cuerpo social italiano y porque dentro y fuera de Italia, como ha señalado «L'Osservatore Romano», cierta Prensa ha tratado de especular con ellos.

Precisamente la nota del periódico del Vaticano nos va a servir de punto de partida. Apareció el 22 de abril, dos días después de haberse dado a conocer el nombramiento del nuevo presidente de la Juventud de Acción Católica, que sustituía al anterior, cuya dimisión, aceptada, se había hecho pública el día 16. festividad del Viernes Santo.

He aquí la aludida aclaración de «L'Osservatore»:

«La dimisión del doctor Mario Rossi, de la presidencia de la Juventud Italiana de Acción Católica y el nombramiento de su sucesor Enrique Vinci ha sido interpretada por algunos diarios, especialmente por los pertenecientes a los partidos de izquierda como un cambio de ruta política, que, según estos periódicos la jerarquía eclesiástica pretende introducir en la organización de Acción Católica italiana. Las especulaciones se han servido también de las circulares publicadas por el doctor Rossi en el momento de presentar su dimisión, atribuyendo a ellas—y un diario de la izquierda ha cambiado inclusive el texto—un significado completamente diverso a las intenciones del signatario.

«Es evidente que la realidad es bien distinta. Las autoridades eclesiásticas estaban preocupadas desde hacía mucho tiempo por algunas tendencias doctrinales peligrosas de la J. I. A. C., que se han sustentado en los últimos meses. Además de esta desviación doctrinal causaban profunda preocupación algunos aspectos muy poco conformes con la naturaleza, con los fines y con la tradición de la Acción Católica. Por este motivo, las autoridades eclesiásticas han creído muy oportuno aceptar la dimisión que el señor Rossi presentó en el pasado enero. Por consiguiente, solamente interpretaciones sectarias y adversarias que pretenden difamar a la J. I. A. C. pueden atribuir un significado político a un hecho con el cual la política no tiene nada que ver, como el mismo doctor Rossi afirmó después de presentada su dimisión. Por otra parte, las protestas de fidelidad y de adhesión a las normas directivas de las autoridades supremas, que están llegando de todas partes a Italia, demuestran muy cumplidamente que estas tentativas de especulación están fracasando.»

Este texto, aparte de descubrir el juego de los especuladores, incluso con el testimonio del propio presidente dimitido, deja claros tres puntos:

Primero. En el seno de la Acción Católica italiana—y concretamente, en su Juventud—se acusaba cierto desasosiego—nos parece la palabra más adecuada ya de algún tiempo atrás.

Segundo. Este desasosiego se concretaba, de un lado, en determinados aspectos disconformes con los fines, naturaleza e historia de la organización y se agudizaba por otro con peligrosas desviaciones doctrinales.

Tercero. La jerarquía eclesiástica está decidida a mantener la Acción Católica italiana en sus auténticos principios y postulados.

En esos tres puntos se encierran los términos exactos del problema que ha tenido público planteamiento con la dimisión y sustitución del presidente de la J. I. A. C. Pero antes de detallar los antecedentes y consecuencias de la dimisión de Rossi, presentada en principio hace tres meses y aceptada—y casi obligada—ahora por la jerarquía, no estará de más, a la luz del propio reglamento de la organización, recordar los fines específicos de la Acción Católica y más concretamente de la Juventud Católica italiana.

CON LOS ESTATUTOS EN LA MANO

Según el artículo 5.º de sus estatutos, la Juventud Italiana de Acción Católica tiene por finalidad principal informar la vida moral e intelectual de los jóvenes en los principios y en la práctica sincera y decidida de la religión católica, así como estimular a sus afiliados a tratar enérgicamente de reavivar en la juventud y en el pueblo el sentimiento religioso y el respeto y adhesión al Vicario de Cristo y a los obispos, sosteniendo en toda oportunidad y contra todo respeto humano los sagrados derechos de la sede apostólica y de la jerarquía eclesiástica. Estos objetivos principales, referidos a la Acción Católica en general, se hallan expresados en numerosos documentos pontificios. Su Santidad Pío XI—no en balde denominado el Papa de la Acción Católica—los cifra en estas tres palabras: «Difusión, práctica y defensa de la fe cristiana.»

Para conseguir estos fines, los jóvenes—seguimos resumiendo los estatutos de la J. I. A. C.—deben frecuentar la oración fervorosa y constante, difundir la cultura religiosa, cooperar al incremento de todas las obras de apostolado, participar activamente en el desenvolvimiento de la vida intelectual y social, encuadrándose en organizaciones e instituciones de índole económico-social que sigan abierta y completamente las directrices de la Santa Sede; estudiar y tratar de hallar, siempre según las normas de la Iglesia, la solución de los problemas relativos a la vida individual y social, y, mediante una formación firme de católicos convencidos y practicantes, comportarse como ciudadanos defensores de los propios principios, aun en el campo de la vida pública, cooperando al bien y la grandeza de la Patria; pero permaneciendo siempre en una postura absolutamente apolítica, como lo requiere la naturaleza de la Acción Católica a la que pertenecen. Deben por último cuidar especialmente

de que la mutua caridad y los vínculos de una leal, sincera y fraterna amistad reine siempre entre todos los socios.

Los principios—como se ve—están bien claros en las propias normas estatutivas de la organización juvenil católica italiana. De otro lado, la voz de los Romanos Pontifices se ha dejado oír con frecuencia para guiar a los jóvenes en el camino sin que tuerzan la ruta, porque es precisamente el campo social el que más ancho margen puede ofrecer a sus inquietudes, Roma ha insistido siempre en dar la voz de alerta sobre la necesidad de una sólida formación en esas cuestiones.

Al propio tiempo ha repetido una y otra vez que la Acción Católica es ajena a los partidos políticos, que debe estar al margen y por encima de la política.

LA PERSONALIDAD DE GEDDA

Gedda trajo a la presidencia de la Acción Católica una personalidad decidida y concreta. No se trataba, pues, de un hombre por hacer, sino que Gedda tenía ya un «clima», una repercusión personal y social en la vida italiana. Profesionalmente es uno de los más insignes cultivadores de la Genética médica, y recientemente, con motivo de la publicación de su libro «Gemelli», el doctor Gedda logró alcanzar una destacada importancia en el campo científico.

Su historia en la Acción Católica es un continuo ascenso, un ascenso seguro. En octubre de 1946, de presidente de la Juventud Católica, pasa a presidente de la Rama de Hombres, que, como es obvio decir, constituye el nervio de la Acción Católica. De ahí que cuando en 1952, y en sustitución de Vittorino Veronesse fuera llamado por el Santo Padre para la alta y grave función de la presidencia de la Acción Católica, toda Italia, exactamente igual que la Prensa europea, paralizaron durante un tiempo toda observación para hacer una revisión total de su personalidad. Se dice de él que tiene una gran capacidad de trabajo y un raro y profundo sentido de la organización. Gedda pertenece al grupo intelectual de los hombres que creen se puede fomentar un ancho espíritu nacional que haga posible a la Iglesia—según sus palabras—«intervenir en todas las manifestaciones de la vida moderna. E intervenir para sal-

El doctor Mario Rossi, presidente central de la GIAC, cuya dimisión ha sido aceptada



var al mundo del abismo al que lo arrojaran cinco siglos de rebelión protestante».

El tratado de Letrán, la gran «Consiliación» de 1929, influyó decididamente en su espíritu acercándolo a la posición de considerar al catolicismo, resuelto su problema con el Estado, como el eje de toda transformación de la sociedad italiana.

De su lucha con el comunismo valga destacar que fué quien organizó los Comités cívicos, las 19.000 organizaciones de actividad política del catolicismo de cara al mundo electoral, que vino a poner en pie de guerra, como fuerzas decisivas, a los 700.000 militantes católicos. Esta situación, o mejor dicho, esta decisión de Gedda ha venido a tener grandísima influencia en los sucesos posteriores. Observadores neutrales e incluso favorables enteramente a su orientación han reprochado al presidente de la Acción Católica la simultaneidad de estas dos actividades. Ello así porque el hecho simple y escueto de la organización de los Comités ha sido esgrimido como apoyatura de todo un enjuiciamiento por quienes mantienen otros puntos de vista.

No hay que olvidar que de la discrepancia de Gedda con Rossi hay un aspecto verdaderamente curioso. Gedda viene también de la Juventud Católica. O sea, conoce por dentro, en su intimidad, todo lo que en ella ocurre. De ahí que la discrepancia Rossi y Gedda sea una discrepancia auténtica. De hechos y de orientaciones en el orden práctico.

ROSSI, EN EL CENTRO DE LA ESCENA

Rossi, eje de la polémica, es también, como Gedda, médico. Tiene veintinueve años y ha nacido y vivido en las tierras del Poestino, en la costa del Rovigo. Ha tocado allí desde un vida pobre, en unas tierras sin riqueza, el panorama obrero. Trabajó un tiempo en una fábrica e insistió tenazmente en el diálogo y la penetración del mundo trabajador, del que, de rechazo, ha recibido su impregnación.

En la Universidad pasó privaciones. Una vida sin horizontes amplios, acelerada únicamente por las prácticas médicas, por las operaciones. De su experiencia médica, de su experiencia de hombre ante los hombres enfermos, ha escrito estas duras palabras: «La escuela de los muertos ha sido cruda, sin galanterías, sin términos medios. Una escuela que obliga a uno a situarse sinceramente en esta alternativa: servirse a sí mismo o desear vivir para los demás. Tal vez en los días de autopsia, delante de los muertos alineados, mudos, terriblemente presentes y actuantes, hablamos advertido el naufragio de las cosas ficticias y el sentido del Eterno.»

Unase a esa dramática visión, a ese mecanismo psicológico de dureza y misticismo, su experiencia de la guerra partisana, del fusil y del monte, cuando tenía veinte años, y se podrá adivinar, sin género de dudas, su personalidad entera. Su raíz y su norte.

No tardó Mario Rossi en aparecer, como era supuesto, en las organizaciones de Acción Católica, en la que rapidísimamente, en

la provincia de Rovigo, en el mismo paisaje que conoce perfectamente, llega a alcanzar la presidencia de la Juventud. Por eso cuando en la presidencia general de la Juventud Católica cesa el profesor Carlo Carreto, el joven Mario Rossi le sucede. Se pasa, pues, del profesor al médico. Y al médico que lleva con él, en un quíerese o no, la trayectoria y el impacto de un paisaje, de una preocupación social.

En un artículo recientemente aparecido en «L'Europeo», cuya tendencia, favorable al ala izquierda de la Democracia Cristiana, es bien manifiesta para todos, leemos: «Para obtener una imagen inmediata de la situación diremos que, después de la caída del fascismo, Gedda había construido toda la arquitectura orgánica de las J. I. A. P., de las Juventudes Católicas, de acuerdo con su vieja y reconocida capacidad organizadora. Su sucesor, Carlo Carreto, había repicado las campanas y llenado las filas. Mario Rossi se la encontró construída y llena de genta y pensó que era el momento de lanzarlos a la consecución de una verdadera formación religiosa y de acción verdaderamente apostólica.» Rossi, penetrado de urgencia, recomendaba «sentir la preocupación apostólica de acercamiento al mundo obrero, industrial y agrícola, del que actualmente nos encontramos alejados».

Hasta ese momento, hasta el momento de la aparición de Rossi, la Juventud Católica estaba dividida en tres categorías. Y las tres, por supuesto, clasificadas por la edad. Se había estimado que dividir a los jóvenes en estudiantes, obreros y rurales podía suponer el quebrantamiento de la estructura fundamental de la Acción Católica, estructura que gira maravillosamente en torno a la parroquia. Los innovadores sostenían el principio contrario: la eficacia de la especialización. Se planteó, por tanto una cuestión que pudiéramos calificar de orden administrativo o de organización.

No vale la pena considerar la serie de incidentes que una posición u otra arrojaron a la palestra. Cierto es, sin embargo, que todo quedó reflejado directamente en la marcha diaria y en la vida interna de la Juventud de Acción Católica.

EN EL MANDATO DE ROSSI

Mario Rossi ha publicado a lo largo de su mandato diversos artículos que más tarde fueron recogidos y editados en un libro que llevó por título el significativo «Noi vivim». Este libro apareció con el «Imprimatur». Todo el libro porta, como una corriente soterrada, honda e interna, una idea que prevalece sobre cualquier otra: la de abrir el frente social.

El lenguaje, muy vivo, directo y ardiente, sorprendió a mucha gente y puso en guardia a no pocos sectores. Guardia vigilante que no dejó de medir cada palabra.

Según «L'Europeo», en una audiencia concedida en el mes de enero a un grupo de sacerdotes que le fueran presentados como consiliarios de la Juventud Cató-

lica, el Santo Padre les dijo: «Muchas amarguras me dais a vuestros jóvenes. ¿Por qué no guen a su Pontífice?» Mario Rossi no podía borrar de su memoria mucho de su vocabulario dentado, de sus palabras «comunitaria, espíritu comunitario y comunione», que tomaban, con él, características especiales. Poco tiempo después de esa audiencia Mario Rossi presentaba su dimisión. Dimisión con adhesión como ya veremos. Por esos mismos días el Santo Padre católicamente fermó. Las ventanas de las habitaciones del Papa, tantas veces abiertas a su mirada luminosa, cerraron para dar paso a la gran enfermedad que todo el mundo cristiano ha llevado también en sus pulsos.

LA POLEMICA PASA A LA CALLE

Al conocerse la dimisión de Rossi, lo que hasta entonces habían sido nada más que diferencias más o menos concretas, transformaron en polémica ambages. Las denominaciones «geddistas y rossistas» comienzan a tener su aire público. La dimisión de Mario, sobre la que la jerarquía no había tomado decisión, tiene también su prolongación en las dimisiones algunos que se solidarizan con su postura.

Un episodio interesante de este proceso lo constituyen los documentos que aparecen al tiempo. Uno de ellos, un manifiesto lanzado con motivo del X aniversario de la Resistencia, coincide con una circular de Mario Rossi. Fueron expedidos en circulación, el Martes Santo, y el Viernes Santo se conocía ya oficialmente que la misión de Rossi, presentada tiempo atrás, era definitivamente aceptada. Unos días después, al martes siguiente, entregaba la Presidencia al sucesor: a Enrico Vinci, de la Juventud Católica de Roma. A Vinci, buen apellido para estos momentos, que es precisamente el contraste con su predecesor. Durante el acto se permitieron fotografías. El fotógrafo de Acción Católica no cogió tampoco ninguna fotografía del acontecimiento.

VINCI, EL ROMANO

El doctor Enrico Vinci, llamado a suceder a Rossi en la Presidencia central de la Juventud Masculina de Acción Católica, ha sido candidato en las últimas elecciones administrativas de Roma y elegido en las listas de cristianas como consejero municipal del Ayuntamiento.

Vinci es un viejo militante de la Acción Católica, en cuyo registro consta desde el año 1935 en cuya fecha se inscribieron sus cuadros juveniles. Tiene la actualidad treinta y un años y ha ocupado varios cargos en la organización romana. Del año al 49 fué presidente de la asociación del Testaccio por delegación del Consejo Diocesano de Roma, por fin, toma de armas auténtica, presidente de la Juventud romana.

El doctor Vinci ha compartido y comparte en los momentos actuales las orientaciones de Gedda. Como el nombramiento de presidente general está reservado al Santo Padre, hasta el momento

to el de Vinci se da por muchos como provisional.

EL EJE DE LA CONTROVERSI

El 16 de abril, Mario Rossi, en una carta-circular, comunicaba a los presidentes y a los consiliarios diocesanos la dimisión de su cargo.

Días antes, Mario Rossi había sido llamado por los cardenales Pizzardo, Ottaviani y Piazza. Los dos primeros miembros del Tribunal del Santo Oficio y el cardenal Piazza, presidente de la Comisión Episcopal para la Acción Católica. La decisión de aceptar la dimisión de Rossi antes de que se cumpliera el trienio es un hecho sin precedentes en la historia de la organización.

La Prensa diaria ha publicado el texto de la carta de Rossi, pero advirtiendo que se trata de un texto reconstruido sobre informaciones reunidas por distintos conductos. La carta tiene partes como las siguientes: «Carísimos: Esperabais la carta de convocatoria para las «Cuatro jornadas» nacionales de los presidentes y de los consiliarios diocesanos, escribo por el contrario, para comunicados que estas cuatro jornadas no sé si podrán desarrollarse, pues yo no podré seguir ocupándome de ello.

«Conoces el espíritu que ha tratado de seguir la organización: Queríamos que la experiencia política se mantuviese autónoma de la religiosa, que se actuase en política con instrumentos políticos y no religiosos. Habíamos protestado igualmente contra todos los ateísmos. No solo contra el marxismo, ya que creemos que el cristianismo tiene el derecho y el deber de hablar y actuar para la afirmación de una mayor justicia y verdad. Habíamos mostrado nuestra desconfianza contra ciertas formas del apostolado artificioso y del «organicionismo» mortificador del espíritu. Ahora damos la prueba de soportar los sufrimientos actuales con conciencia cristiana, sin resentimientos y sin presunciones. Sed fieles a vuestros obispos, pero estad también vigilantes contra todos los pecados que se realicen contra la justicia y la verdad...»

REACCION ANTE LA CIRCULAR DE ROSSI

Una parte del cuadro directivo de la G. I. A. P. (Juventud Italiana de Acción Católica) se solidarizó con la posición de Rossi, y el 21 de abril, el nuevo presidente, nada más comenzar, recibía la dimisión de 25 dirigentes centrales, que explicaron su decisión en una carta, cuyo bloque central de ideas, según la reproducción de algunos diarios, dice así: «Querido Vinci: Como consecuencia de la dimisión de Rossi, nos creemos en el deber de precisar lo que sigue: nuestra dimisión, a su vez, significa desaprobación de una orientación. Hemos tratado siempre, por otra parte, de hacer a la G. I. A. P. fiel a la jerarquía y que responda a su misión de apostolado cristiano.

Ha ocurrido que nuestras orientaciones no son compartidas, según se nos dice, por la Presidencia Central. Con ello señalamos la divergencia existente entre el

profesor Gedda y nosotros respecto a las funciones del apostolado de los laicos y sobre la relación de la A. C. con la política.

Los futuros procedimientos de la G. I. A. P. se mostrarán necesariamente conformes a Gedda, por lo cual nuestro trabajo en los cargos que desempeñábamos hasta hoy no podrá desenvolverse como quisiéramos.»

LAS REPERCUSIONES

El ex presidente de la G. I. A. P. ha recibido numerosas cartas y telegramas de adhesión de muy distintos puntos de Italia, lo que, naturalmente, pudiera originar graves errores de interpretación. Y ello así porque todo gesto espectacular de propaganda en torno al proceso puede desorbitar las cosas y puede lesionar la verdad. La verdad, que tiene que ajustarse a la disciplina de la Iglesia.

Por supuesto, Mario Rossi rechaza cualquier acusación que le introduzca, aunque sea levemente, en cualquier desviación grave. «Estamos dentro —dice— de la más perfecta ortodoxia y lo demostraremos en el momento oportuno.»

Los dimisionarios permanecen en la misma línea de Rossi. Se niegan totalmente a reconocer que hayan podido tener desviaciones doctrinales, aunque en el entretanto admiten que han vertido cierta «modernidad» en el lenguaje.

Por su parte, el nuevo presidente, el doctor Vinci, en artículo que apareciera en «Gioventu», sin apuntar a ninguna dirección ni matiz político, se limita a reafirmar, en su sentido estricto, la fidelidad de los jóvenes de Acción Católica a la Iglesia. E invita a todos, en graves palabras, a la unidad y a la calma.

Indudablemente, a lo largo de todo el desarrollo de estos acontecimientos se han presentado ciertos perfiles que bien merecen una detenida y serena meditación. Aunque sería una temeridad acusar concretamente al doctor Rossi de desviacionismo voluntario, ya que, hasta el momento, nada ha tenido, afortunadamente, estas dimensiones ni este fondo, hay, sin embargo, en lo sucedido algunos aspectos que no se ajustan totalmente a las normas y al espíritu auténticos de la Acción Católica. El hecho de las adhesiones dirigidas al dimisionario, el de la explicación pública de los motivos que influyeron en su determinación, así como la difusión directa o indirecta de cartas-circulares, no parecen estar muy en consonancia con las exigencias conaturales al espíritu y obediencia que todo miembro del «apostolado seglar» debe a las decisiones de la jerarquía, exigencias que obligan de una manera especialísima a quienes ejercen funciones directivas y de responsabilidad en los organismos centrales de la Acción Católica.

Es cierto que no se registra rebeldía formal. Prueba de ello es que la jerarquía nunca habló de esto, y si sólo de preocupaciones, no precisamente nacidas en los últimos días. La sabia visión de la jerarquía eclesiástica ha considerado estos peligros —aunque fuesen más en potencia que en acto— y ha obrado, en conse-



El profesor Luigi Gedda, presidente general de la Acción Católica italiana

cuencia, en cumplimiento de su deber y movida del sano celo por los sanos principios, sin que por ello nadie pueda encontrar el más mínimo fundamento objetivo para creer que desautoriza las inquietudes limpias de los católicos militantes que deseen trabajar, de acuerdo con el pensamiento y los deseos de la Iglesia, en el apostolado. Ha sido una llamada a la disciplina. Precisamente el cardenal Schuster, de Milán, el pasado Viernes Santo, después de afirmar que en estas horas difíciles es muy necesaria la unidad entre los católicos italianos, se refirió concretamente a la Acción Católica, diciendo que «la unidad en el ejercicio de la fe y del apostolado católico exige la más rígida disciplina y que las diversas federaciones operan como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza reside en la ciudad de las siete colinas, de donde parten las directrices comunes y la ordenación de todo movimiento».

Después de haber afirmado que «hay ya demasiados partidos y tendencias en Italia, las cuales se manifiestan en el secesionismo, en los puntos de vista excesivamente personales, en las simpatías particulares de derechas e izquierdas», el cardenal prosiguió: «La Acción Católica, para que se conserve siempre tal, debe obedecer a dos condiciones: A) Mantenerse constantemente en un plano de apostolado de acuerdo con la jerarquía eclesiástica. Plano que debe ser esencialmente religioso. B) La Acción Católica, tanto diocesana como la de las distintas federaciones, a través de sus propios y legítimos pastores, recibe su última palabra de Roma».

Sólo así y bajo esta bandera ha de marchar y operar esta milicia de Cristo, en la que, con toda justicia, ha depositado su confianza la Iglesia de Roma, esposa mística de quien es el Camino, la Verdad y la Vida.

LA JUSTICIA ES MUY SERIA Y CONTRA

ELLA HASTA EL HUMOR FRACASA

**PERO GUARESCHI
SE HA HECHO TAN
FAMOSO CON ESTE
PROCESO, COMO CON
SU "DON CAMILO"**

**Probablemente, De Gasperi
no piensa, de hoy en
adelante, ni siquiera
firmar autógrafos,
por si acaso...**

EL DEMANDANTE

EL honorable De Gasperi no necesita presentación alguna. Casi siete años ha estado al frente del Gobierno italiano, en una época no del todo fácil precisamente. Y todavía sigue siendo en la política italiana personaje decisivo.

El aspecto de De Gasperi podría ser el de un prestidigitador de salón o el de un gran director de orquesta. En sus manos crisis, debates, transacciones, convenios, etc., dan la impresión o de puro truco o de virtuosismo político.

Que De Gasperi es importante dentro del panorama político italiano lo demuestra el hecho de que el propio Guareschi, enemigo suyo irreconciliable, en el semanario «Cándido», de su dirección, publique una caricatura en la que un Scelba diminuto se asoma al bolsillo de un De Gasperi monumental saludando al pueblo italiano en ocasión memorable.

El demandante, De Gasperi, también ha sido alguna vez «acusado». En 1926 tuvo que cumplir tres años de prisión por «antifascismo». La cárcel siempre ha sido fuente de inspiración ya literaria ya política. Como a De Gasperi lo literario no le va, de la cárcel sacó él el programa del partido popular italiano, incubación de lo que después se ha llamado «democracia cristiana». De la cárcel De Gasperi pasó a ocupar un puesto modesto en la



**Entre rejas aparece don
Giovanni Guareschi, autor
de «Don Camilo» y del sen-
sacional proceso contra De
Gasperi**

Biblioteca del Vaticano, puesto que le valió su dominio de lenguas. Naturalmente, Mussolini protestó ante Pío XI de que recibiera asilo en la Santa Sede un «antifascista», a lo que el Santo Padre contestó que la Santa Sede se consideraba dichosa de poder dar un pedazo de pan a un hombre honrado. Poco a poco va subiendo en prestigio, hasta que en 1936, siendo ya secretario de la Biblioteca Vaticana, organiza la Exposición Internacional de la Prensa Católica con gran éxito. Durante la guerra cooperó notablemente a eso que se ha llamado «la resistencia». Es en 1943, fecha que con la detención de Mussolini y la huida de la familia real, marca la vuelta a la palestra de los jefes antifascistas, cuando De Gasperi abandona el empleo de bibliotecario y con el seudónimo de «Demófilo» publica los «Fundamentos doctrinales del nuevo partido» y se dedica de lleno a la política. Lo demás ya se sabe. Siete años de presidente del Consejo de Ministros y ahora, en la sombra, pero actuando.

EL ACUSADO

Tampoco el acusado necesita presentación. «Don Camilo» es

una parábola de tipo universal. Su Pepone, que habla como un cura, su cura que a veces parece comunista, le han dado extensa popularidad. El público español cree que Guareschi es un literato italiano de primera categoría, lo cual se aproxima solamente a la verdad. Guareschi es un buen periodista y un humorista popular dentro y fuera de Italia, porque las sátiras que ha estampado han tenido traducción a todos los países, dado que la crítica del comunismo y el apego a los valores cristianos tradicionales las ha llevado a cabo con desparpajo, soltura y calor humano. De ahí no pasa. Pero su caricaturesca pedagogía es a veces salvable para la sociedad y la política italianas.

Guareschi se ha hecho simpático y popular; quizá a ello han contribuido sus bigotes dalinianos, su camisa de «cow-boy» y su fama de hombre terrible, aficionado a promover procesos y a plantear acusaciones sensacionalistas. Es la suya una literatura que hace reír hasta que a uno le llega el turno de víctima. Mientras Guareschi fué el peón anticomunista italiano número 1 —«Cándido», a pesar de otros excesos, suele ser un semanario inteligente— todos aplaudieron. Pe-

ro un buen día le llega el turno al Presidente de la República y entonces Guareschi, «por villipendio», sufre la condena de ocho meses de prisión. Menos mal que los pillos y sagaces como Guareschi siempre tienen un ángel travieso—que hace las veces de bueno—y en el momento de la sentencia sale una «amnistía» que lo libra de la cárcel. No creo que haya nadie en Italia que crea que Nino Guareschi vaya a pasar ahora en San Vittorino un año de prisión. Algo inventará «el diablo particular» de Guareschi para salir del aprieto.

El autor de «Don Camilo»—cuya «vuelta» es algo así como «Lo que no conté en la historia de San Michele», esto es añadidura—es un monárquico socarrón, que si tiene a alguien manía instintiva y preconcebida es a De Gasperi y que no ha parado hasta meterle en el gran lío, del cual no hay que pensar que haya salido totalmente a pesar del fallo del tribunal de Milán.

Guareschi es como la criada que sale respondona y que está en el secreto de demasiadas cosas. A la larga tiene que dar qué hacer y mucho más dentro de las propias fronteras. Los mismos que le auparon, un día sufrirán su colérica caricatura. Y no piense tampoco el lector que Guareschi construye sus fábulas a la ligera. El tiene no sólo su intención, sino también su documentación. Tiene una pluma agresiva y un pincel demoledor. El afán de notoriedad—un gran fallo—le lleva y fuerza a inventar terribles y escandalosos pánfletos.

Como todo humorista, Guareschi suele manejar las verdades como si fueran martillos. El peligro está cuando Guareschi—que da la sensación de moverse siempre autónomo, libre, independiente—cae en el error de dar mazazos valiéndose de tópicos o prejuicios. De todos modos,

Candido

settimanale del sabato

Esta es la graciosa cabecera del semanario «Candido» que dirige Guareschi y desde sus páginas airó 125 cartas que dieron motivo al célebre duelo De Gasperi-Guareschi

Guareschi es un hombre de circo más listo que el hombre, que se ha propuesto enfrentarse con los políticos y jugarles la partida. Y alguna vez ganará. Apostamos.

Sin embargo, ni por un momento se nos va de la cabeza la idea de que Guareschi es un trapalón, amigo del escándalo y del reclamo publicitario.

LA QUERRELLA

«Candido» es un semanario que no tiene nada de lo que su nombre indica.

El actual secretario de la Democracia Cristiana, el ex Presidente De Gasperi, ha tenido, por fin, que presentar una querrela contra su director, Giovannino Guareschi, por «difamación» nada menos. Con fecha 24 y 31 de enero, el semanario milanés había publicado en facsímil unas cartas que comprometían seriamente la reputación de hombre honrado del honorable De Gasperi. Si huésped refugiado del Vaticano, usando papel de la Secretaría del Estado de Su Santidad, De Gasperi se dirigía, no sólo a los miembros del Comité Nacional de Liberación, sino al lugarteniente coronel A. D. Bonham-Carter (de la Peninsule Base Section Salerno) pidiendo que la aviación del general Alexander bombardease Roma, concretamente el acueducto, para provocar un levantamiento de la población contra los alemanes, este gesto demostraba para Guareschi, no sólo inconsciencia y frialdad, sino un arrebató sacrilego, estúpido y bárbaro, puesto que un huésped del Papa traicionaba en su propia casa al Santo Padre y hacía que, como católico, justamente pudieran levantarse contra Roma graves acusaciones en un momento en que el Vaticano trabajaba por convertir la Ciudad Santa en ciudad abierta.

Naturalmente, una acusación de este género, conmovió en apasionada polémica a toda Italia.

De Gasperi tiene fama de hombre incorruptible. Guareschi, de temerario. Pero había letra escrita de por medio y el público tiene un respeto enorme por los autógrafos. Sobre todo, el público italiano llegó al delirio cuando se supo que lo que se manejaba o se decía manejar en el sumario de

la querrela De Gasperi-Guareschi era, nada menos, que la correspondencia secreta de Mussolini.

La acusación de Guareschi, terminante, dura, gráfica, venía a demostrar que De Gasperi, con tal de conseguir el poder, era capaz de todo; de engañar y burlarse de la confianza del Vaticano, y que, en un momento crítico para el pueblo de Roma, no había tenido inconveniente en aconsejar y reclamar un bombardeo de castigo sobre los suburbios de la Ciudad Eterna.

Quince días tardó, con todo, el ex Presidente en dar forma judicial a su querrela, tiempo que aprovechó Guareschi, no precisamente para callar, sino todo lo contrario, para acumular en «Candido» cartas y documentos que intentaban demostrar de un modo contundente la existencia de testimonios originales que exhibiría más adelante y pondrían en evidencia la mala fe y pérdida condición humana del respetable líder de la democracia cristiana. Muchos llegaron a interpretar la cautela de De Gasperi como miedo o tanteo.

Guareschi, por su parte, prometió exhibir ante el Tribunal no sólo las cartas en cuestión sino un «dossier» famoso que trae a toda Italia de cabeza. Se trata, calculen ustedes, de la correspondencia secreta de Mussolini, asunto que no ha empezado, por lo visto, ni a esclarecerse siquiera.

UN COFRE MISTERIOSO QUE CONTIENE CARTAS AUTÉNTICAS Y OTRAS NO TAN AUTÉNTICAS

Más de dos kilos pesa, según dicen, el papeleo histórico que con vistas a justificarse ante la posteridad y con su generación, fué archivando Mussolini. Desde luego, es cierto que el Duce seleccionó a última hora una serie de cartas y copias fotográficas que pensó tendrían máximo interés a la hora de rehabilitar un período histórico. Estos documentos han ido sufriendo una accidentada aparición, de tal modo que unos se publicaron en «L'Unità», del partido comunista, otros dicen que pasaron a manos del servicio angloamericano de espionaje, e incluso algunos llegaron—acaso no precisamente regadas—a las interesadas manos de Churchill después de su viaje por Italia. También aparecieron documentos mussolinianos en manos de un editor desaprensivo. Guareschi hizo correr la especie—verdad o bulo, vayan ustedes a saber—de que el cofre misterioso

Guareschi, señala sobre el mapa a su hija Carlota, colegiala en Roncole di Busseto, el cuartel general del sano humor italiano: «Candido»

que contenía lo máspreciado de este «memorial» estaba guardado en un Banco de Holanda.

La cosa es intrincada. Son muchos fajos sueltos de una misma documentación. Con el «Intelligence Service» de por medio, Churchill, los americanos, los comunistas, los banqueros, los estraperlistas, se ha llegado a un punto en el que se afirma, categóricamente que dentro de la documentación recopilada por Mussolini había papeles falsos, que el propio Mussolini tenía por verdaderos—antes de legarlos—, lo cual ya es el colmo de la mixtificación.

Algunos se atrevieron a decir que De Gasperi, que no debe de tener ni un pelo de tonto, estuvo en tratos con los que se propusieron traficar—reclamando permisos de exportación de arroz y otros negocios—con dicho material y se volvió atrás, quizá porque se dió cuenta del riesgo de fraude que había en todo esto.

Parece ser que el cofre misterioso ya había sido ofrecido a Pacciardi cuando era ministro de Defensa y fué asimismo brindado a Mario Scelba, siendo ministro del Interior, entre otros, y que ninguno había «picado», ni los de la Policía de contraespionaje italiana ni los dirigentes de la Acción Católica. Todo lo cual demuestra cierta desconfianza y recelo contra este paquetón de los 163 documentos que, según se afirma, quedaron archivados en quince carpetas.

ALGUN DIA APARECERAN

Allá por el 21 de abril de 1945, Mussolini parece ser que trazó una especie de testamento preliminar de su ocaso, grandioso o ingenuo, según por donde se le mire, aunque quizá al Duce haya que mirarlo siempre desde un ángulo mayestático. Queriendo, pues, salvar y conservar su precioso «dossier», redactó el siguiente documento:

«El oficial al que se encomendará el pliego seguirá escrupulosamente las siguientes órdenes:

- 1) Reconocimiento cierto de la persona indicada.
- 2) Llave y contrallave para la consigna.
- 3) Cautela para la recuperación.

Nota: En la dañada hipótesis de que yo no sobreviviese, se esperarán cinco años, y con las modalidades que se le harán conocer, el consignatario se cuidará de hacer público, con todos los medios, no sólo al pueblo italiano, sino al mundo entero, los motivos y causas de nuestra entrada en guerra. De manera que los italianos no se hagan ilusiones del británico. Porque las diversas vicisitudes hasta aquí vividas no son otra cosa que el fruto del engaño y de la mala fe inglesa.—Firmado: **Mussolini.**»

No es posible que «regalos a la posteridad» de esta índole hayan desaparecido. Si para que desaparecieran se usó de esta, por estafa aparecerán; y si están guardados, no hay candados que cien años duren. Lo que si es cierto es que documentos que hablan claramente de «mala fe inglesa», no es extraño que se hayan volatilizado. A lo mejor, un día lejano, allá en el año 2000, si la bomba esa o la otra dejan seguir su órbita a nuestro planeta, hay en los archivos pruebas irrefutables

de que Churchill prometía ésto y lo otro y de que Mussolini estaba dispuesto, por su pueblo, a aquello y a lo de más allá. Realmente la historia es, de vez en cuando, una cosa, si no sucia, por lo menos sólo limpia en un plazo muy largo. La Historia es el juicio de Dios, pero después de dos mil años de pros y contras.

La carta de Mussolini haciendo entrega, defensa y custodia de este material, es del día 22 de abril de 1945, esto es, seis días antes de la trágica y colosal muerte del último César que ha tenido Italia. Por lo menos, por ahora.

MIENTRAS LLEGA LA HORA «H»

La Prensa italiana comenzó a llamar, por lo pronto, la hora «H» al momento en que Guareschi apareciera ante el Tribunal de Milán con el cofre misterioso poniendo en circulación, vaya susto, documentos que se referirían, entre otros graves asuntos, a los acuerdos de Munich, relaciones angloitalianas, correspondencia entre Mussolini y Víctor Manuel, acuerdo angloitaliano de Zurich, notas de Mussolini sobre la guerra de Africa, la capitulación de Badoglio y los acuerdos de Yalta, etc., etc.

Ya la carta atribuida a De Gasperi, reclamando del mando aliado un bombardeo a la periferia de Roma, era, se puede decir, que lo de menos.

Se trataba de que iba, por fin, a aparecer aquella documentación que había hecho escribir a Mussolini en el «Corriere della Sera»...

«... podrá ser y será, a su tiempo, completada, pero no podrá jamás ser desmentida, porque todo aquello que se contó es verdad y realmente ha existido.»

Guareschi prometía una historia pintoresca y novelesca sobre las distintas etapas por las que había atravesado el «dossier» y aseguraba que de sus manos pasaría directamente al Archivo del Estado Italiano.

¿Creía Guareschi todo esto de buena fe o inventaba?

El caso es que el mes que precedió al proceso toda Italia anduvo dividida sobre si los documentos, existían o serían falsos.

EL HONORABLE DE GASPERI DICE QUE NONES

A continuación de la exhibición publicitaria de los documentos, el ex presidente del Consejo hizo unos declaraciones por medio de la agencia ANSA, haciendo constar que dichas revelaciones no sólo llegaban con retraso, sino que estaban basadas en documentos falsos.

De Gasperi dijo que los conocía. Y que estaba seguro que no interesaban, puesto que había tenido oportunidad de comprobar que los que mediaban en todo este lío eran traficantes de más o menos.

Pero el escándalo no había manera de detenerlo. De Gasperi sumó a su primer documento—que decía estar clasificado dentro de la correspondencia de Mussolini en el apartado octavo, letra H (Richieste italiane a Comandanti di Basí Militari Anglo-Americane, Italia Meridionale, S. C. V.)— otros billetes con la firma del Duce e incluso alguno con membrete de la Secretaría de

Estado del Vaticano, aumentando con ello la ansiedad y la confusión de la gente.

¿Por qué no denunció—dice— Guareschi— la existencia de esos traficantes si la conocía?

El periódico de De Gasperi «La Giustizia», en un tono que sería sereno, dijo que ya haría el día de las pruebas y ya se comprobaría el mito de correspondencia.

Se habló de Resistencia, de la República, de inmoralidad administrativa, de pericia, de pericia, en todos los periódicos.

A todo esto «Cándido» que aumentó su tirada y la edición *El ta-pum del cecchino* plato de sobremesa en Roma provincias. El lío estaba movido.

Circularon unas octavillas hasta por correo, con el siguiente epígrafe: «¿Guareschi prestado un notable servicio a Historia o ha dijamado a un tachable caballero?»

Sólo ya el juicio público podía poner las cosas en claro.

EL HUMORISTA Y EL HOMBRE DE ESTAL FRENTE A FRENTE. UN PROCESO CON VISTAS DE PELICULA COMICA

El proceso tuvo lugar en Milán en la Sección III del Tribunal Penal, y duró tres días y medio. La primera audiencia duró tan sólo seis minutos. El primer día compareció De Gasperi por tener que estar presente en la Cámara en la votación del Presupuesto y el último día no tuvo presente Guareschi por consideró más oportuno retirarse. El dijo que para que la Justicia actuara con mayor libertad y los jueces luego dijeron que esta ausencia demostraba el poco respeto y acato que el hombre sentía por la verdad.

El proceso se llevó un poco de sordina pero esto no quita para que allí hubiera aplausos, gritos, pitadas, desbordamiento del público y algún que otro golpe de los carabineros.

De Gasperi vestía muy correctamente diplomático casi, como si su presencia allí fuera justamente la de actuar de abogado defensor de Guareschi.

Guareschi se presentó vestido de cazador, con sus bigotes elefantescos su camisa de «cow-boy» y la cazadora.

La Sala y los corredores estaban llenos de público, sobre todo jóvenes estudiantes que gritaban a esto y lo otro.

Pero era De Gasperi quien tenía delante más admiradores y votos.

UNA FASE DEL INTERROGATORIO. — HABLÓ GUARESCHI

—Usted—dirigiéndose a Guareschi—ha dicho que el honorable De Gasperi es frío, despiadado, pero si llega el caso.

—En la vida privada no, pero en la lucha política.

—¿Por qué publicó esas cartas?

—Considero al señor De Gasperi el hombre más dañoso para Italia y para la idea política que profeso y me dispuse a combatir por todos los medios. Las he publicado cuando he visto sus memorias para combatir al Ministro Scelba y llevar a Italia otras elecciones. Las he publicado para poner en evidencia al señor

De Gasperi como miembro del C. L. N. El señor De Gasperi es «austricante», enemigo de Italia en la primera guerra mundial. Puedo admitir que las exigencias bélicas le llevarán después a pedir un bombardeo sobre Roma pero, siendo huésped del Vaticano era inconcebible que con papel de la Secretaría de Estado exigiera una medida que podía haber sido perniciosísima para la Santa Sede de haber caído en manos de los enemigos de la Iglesia. Las he publicado esas cartas con la absoluta certeza de que eran auténticas. ¿Por qué el Gobierno si tenía conciencia de que eran falsas ha estado pendiente de ellas y ha ofrecido al Enrico de Toma hasta cincuenta millones?

—¿Por las cartas del honorable De Gasperi o por todo el sumario de correspondencia...?

—Por todo el depósito.

—¿Dónde están los originales de las cartas que ha publicado?

—En Locarno y están a disposición del Tribunal.

—¿Las vió en Locarno?

—No, me las trajo a Milán Enrico de Toma.

—Si las ha traído una vez, bien puede traerlas de nuevo.

Guareschi insistió en que había visto la documentación original, cartas de Hitler y Churchill y Mussolini. Pero agregó que para convencerse de su autenticidad tendría que haber hecho un viaje a Inglaterra, cosa que no habría conducido a nada desde que Churchill está al lado del señor De Gasperi. Dió a entender Guareschi que quizá el traslado de las cartas desde Suiza no ofrecía seguridades.

OTRA FASE DEL INTERROGATORIO.—DE GASPERI ACUSA

EL PRESIDENTE.—El honorable De Gasperi tiene la palabra.

DE GASPERI.—Tengo que empezar diciendo que las cartas en cuestión son falsas. Y por eso, vengo aquí para pedir que se me defienda contra el libelismo difamador. No ha existido correspondencia mía con los comandos aliados y, por lo tanto, tales cartas no existen. Son, además, dichas cartas, pueriles, absurdas y ridículas. Si hubiese escrito tales cartas habría obrado contra los principios morales que inspiraban al C. L. N. y habría traicionado a la Santa Sede, que se esforzaba por mantener a Roma como ciudad abierta. Y no quiero que se tenga en cuenta para nada mi calidad de hombre público sino simplemente que se vea en mí a un ciudadano particular.

(Se escuchan murmullos y aplausos. Unos gritan «¡bien!», «¡bravo!», y otros arrastran los pies por el suelo.)

Según las afirmaciones de Guareschi yo habría escrito la primera carta el 12 de enero de 1944 para pedir el bombardeo de Roma. No habiendo obtenido una respuesta rápida ya el 19 sostiene Guareschi que escribía la segunda carta. Habrá que empezar afirmando que yo no he conocido jamás al teniente coronel Vonham Carter, al cual dice que lancé mi mensaje. No supe nunca que existiera en Salerno la llamada «Peninsular Base Section» a cuya unidad pertenecía Carter, según dice Guareschi. Una carta tardaba hasta

Florenza, por aquellos días, un mes y para llegar a Salerno debía cruzar el frente. ¿A los siete días ya yo debía de insistir en pedir el bombardeo sobre Roma? ¿Sostendrá Guareschi que escribí la primera estando en el Vaticano? Pues es preciso aclarar que en tal fecha estaba en el Seminario Lateranense junto a Bonomi, Ruini, Soleri, Casati y Nenni. Tendría que haber robado la carta de la Secretaría de Estado, lo cual es más que absurdo.

(Vuelven a escucharse rumores. Se escucha algún aplauso aislado.)

Pero hay más ¿sería necesario que dirigiera una carta con membrete del Vaticano cuando el C. L. N. disponía de seis o siete estaciones transmisoras de radio,



Guareschi ha sido condenado a un año de cárcel y al pago de una multa de cien mil liras

una de ellas justamente en el Seminario lateranense por medio de la cual el general Bencivenga se ponía en contacto con el mariscal Badoglio? Conociendo todos mis sentimientos de italiano y mi modo de actuar ¿habría de ser capaz de reclamar un bombardeo sobre Roma?

(Se oye repetidas veces por el pasillo la voz de «silencio».)

Sólo me resta decir que, en un momento tan triste como el presente, quizá incumba a la Magistratura establecer un límite justo entre la libre crítica y el libelismo difamador. Porque Guareschi debió honesta y seriamente considerar que supuestas todas estas cosas las cartas a las que alude no tenían más remedio que ser falsas. ¿Puede pensar Guareschi que un hombre que ha gobernado Italia durante cinco años iba a

escribir cartas de este género?

(Cuando De Gasperi terminó su alegato sonaron aplausos frenéticos y gritos fervorosos en la sala y en los pasillos.)

DECLARA UN CORONEL DE DOS METROS DE ALTURA

El coronel Carter tenía que salir de viaje en avión hacia Londres. Se presentó ante el Tribunal acompañado de un intérprete que casi desaparecía a su lado.

El abogado Lehner había querido impedir que hablara basándose en que, según el art. 352, los militares en servicio no pueden ser interrogados sobre temas que pueden afectar al secreto militar.

El coronel gigante vino a decir lo siguiente: «No existe otro Bohnam Carter en las fuerzas aliadas, no he prestado nunca servicio en la «Peninsular Base Section», que era una unidad americana y no británica, no he estado nunca de pasada en Salerno

(La declaración del militar había despertado gran curiosidad y emoción.)

Cuando se cursó—prosiguió—el mensaje, que se atribuye a De Gasperi, yo me encontraba en Sorrento en una casa de convalecencia de la Cruz Roja, pues acababa de pasar la malaria; pero, demás, nunca mis ocupaciones han tenido nada que ver con la estrategia, con los bombardeos y las operaciones de guerra, ni tampoco con los servicios de información. La primera vez que he oído hablar de Alcide De Gasperi ha sido después de la liberación de Roma.

(Todas estas cosas el coronel las dijo friamente, con lo cual la expectación de la sala aumentó.)

EL ABOGADO DEFENSOR DE DE GASPERI LEE UNA CARTA DEL GENERAL ALEXANDER

Inmediatamente después el abogado Delitala pide permiso al presidente para mostrar una carta del mariscal Alexander, en 1944 comandante aliado en Italia y, en la actualidad, ministro de la Guerra británico.

Por este testimonio escrito el general Alexander hace constar que le han producido sorpresa los escritos atribuidos en el semanario «Cándido» por Guareschi a Alcide de Gasperi, sobre todo, porque fué siempre norma del C. L. N. que Roma fuese respetada y no bombardeada. Que no era de ningún modo el coronel Carter conducto regular para tramitar comunicaciones de este estilo disponiendo del conducto del mariscal Badoglio y que, por supuesto, por aquellas fechas no conocía ni de oídas el nombre de De Gasperi.

La carta del mariscal, rechazando las afirmaciones de Guareschi, fué otra bomba más en la impaciente ansiedad del público.

PRUEBAS O LA CARCEL

Este es el momento de mayor nervosismo. Se perfilan los bandos.

—Pero ¿son falsos los documentos?

—¿Por qué no aparece el Enrico de Toma del diablo?

—Ya decía yo que Guareschi nos había tomado el pelo.

—Despacio, amigo, qui va piano va lontano.

—Aquí lo que hay es mucho tongo.

—O pruebas o la cárcel—dicen los partidarios de De Gasperi.

—¿A que nos las muestra?

—Ya veremos.

MAR DE FONDO

No era fácil esclarecer de golpe las desconfianzas y los recelos. Guareschi, por lo pronto, había anunciado que no veía posible que los documentos pudieran llegar desde Locarno de un modo seguro. Por otra parte, De Gasperi había admitido muchas cosas: había admitido que él había andado tras de dicha correspondencia, más por los restantes documentos que por las presuntas cartas suyas; que el subsecretario Andeotti había corrido tras ellos, valiéndose de dos ex mayores, un tal David y el otro Sturferi, y que la operación de rescate había pasado por muchas alternativas, pues los depositarios lo mismo se declaraban sumamente patrióticos y desinteresados que llegaban en un momento determinado a exigir la libertad de ciertos presos ex fascistas, doscientos cincuenta millones de liras que un permiso de exportación de arroz.

Aunque había asegurado que se había echado a reír al ver las copias tiradas a máquina de sus pretendidas cartas y que ni siquiera su amigo Mattei en Suiza había logrado ver en el original —ya en relación allí con De Toma— tenía la impresión de que el resto de los documentos eran humo ya que el hecho de que fueran periodistas y editores los que fueran tras ellos, daba idea de que se trataba todo de reclamo. Un diputado de la Democracia Cristiana, Vedovato, miembro de la Comisión para la Publicación de Documentos Históricos, experto en estas materias, le había dicho también que el P. Zucca y el industrial Berra tampoco llegaron a ver documentos originales, sino siempre copias y más copias. Por curiosidad —había añadido De Gasperi— tomó la signatura de una de las cartas aplicadas a él y consultado el registro de la Secretaría de Estado, se había demostrado que era todo imaginario.

Como plato fuerte de esta documentación se prometían cartas de Churchill a Mussolini, por las que sería fácil demostrarle que había jugado a dos manos, intentando cubrirse la retirada.

Todo esto que contado en el juicio había ido sonando como a leyenda, pero no hizo que el público adoptara una actitud de duda, sino que esperaba que en cualquier sesión del Tribunal apareciera la hebra sensorial de un escandaloso ovillo.

En medio de esta confusión general, Rizzoli, el editor de la revista «Candido», de la que Guareschi es director, había declinado toda responsabilidad en el asunto.

EL PERSONAJE MISTERIOSO DE TOMA NO APARECE

Enrico de Toma no ha querido aparecer en Milán. Se negó siempre a ello. A lo más que se comprometía era a enviar copias o pruebas no sólo de las cartas de De Gasperi sino de todo el material de la correspondencia Churchill-Mussolini.

El abogado de Guareschi, Lener, exigía la prueba de análisis gráfico de los documentos, porque si la demanda de De Gasperi se basaba en que había sido difamado, nada de esto podría probarse en pro ni en contra mientras no se dijera la última palabra sobre los documentos presentados.

—Pero ¿dónde están las pruebas?—reclamaban unos.

—Las pruebas ¿de qué?—replacaban otros.

El abogado de De Gasperi dijo que los documentos que se aducían no eran documentos sobre los que el Jurado pudiera dictaminar de su autenticidad por ser tan sólo fotocopias. Delitala no aceptaba ni siquiera la posibilidad de que fueran verdaderos.

—El señor De Toma es un falsario—había concluido Delitala.

Nada de lo relacionado con Enrico de Toma aparecía claro. Había declarado en alguna ocasión que había recibido el paquete de la correspondencia en presencia del cónsul de las Milicias Gellormini, lo cual había negado categóricamente éste, y después había hecho otras declaraciones agregando que el sobre fantástico lo había recibido de manos del coronel Biagioni. También Biagioni había rechazado tal asistencia. Por último, De Toma había sostenido que las célebres cartas las recibió directamente de Mussolini después de una escena sumamente conmovedora.

Muchos de los asistentes empezaban a proclamar que lo que había ocurrido es que al director de «Candido» lo habían tomado por ídem y que aunque él había obrado de buena fe, lo que estaba claro es que todo (o por lo menos mucha parte de lo de esta correspondencia secreta) era un camelo gordísimo.

—Guareschi debió enterarse bien antes de si eran genuinas o no y no poner en duda la honorabilidad del ciudadano De Gasperi...

—¿Quién sabe!

Jueces y público se reían ya cada vez que se nombraba a De Toma porque todos los detalles que se daban de su persona cada vez eran más misteriosos como de aventurero y chantagista ingenioso.

SE PRESENTA UN NOTARIO SUIZO

Pero lo tremendo fué cuando el depositario de los documentos, un tal Stamm, notario en Locarno, hizo su aparición. Después de mucho aparato y ceremonia quedaron encima de la mesa del Tribunal, las famosas cartas cubiertas de papel celofán. Sacarlas de donde las traía el notario fué una operación que duró varios minutos.

—El presidente se las mostró a De Gasperi.

—¿Reconoce...?

De Gasperi nada más verlas gritó que aquello era falso enteramente, y que incluso la firma añadida a la carta todo era compuesto.

No había apelación posible. Aunque la defensa de Guareschi quiso insistir en un análisis gráfico y químico, el presidente no aceptó la propuesta. Seguramente el truco empleado era muy burdo. Guareschi inmediatamente des-

apareció de escena, exactamente igual que su abogado defensor que se despojó de la toga a la rraera chillando.

Le parecía mentira al público, un juicio que, en determinados instantes había dado la sensación de que llegaría a descubrir cosas tan sorprendentes sensoriales como era el panderero incluso de la correspondencia de Mussolini, hubiera concluido de forma tan fulminante grotesca.

El Jurado se retiró a deliberar.

LA GENTE EN LOS PASILLOS HACE CABALAS

Había gente que había desistido de entrar a las sesiones y circulaba comentando los acontecimientos por los pasillos. Solían dárseles de ser los más enterados. Para muchos de ellos la brama de Guareschi no podía prolongarse más. El lo que había pretendido era promover un escándalo y lo había conseguido.

No hacían falta tampoco peritos de ninguna clase. Las copias presentadas por el notario suizo evidenciaban que se trataba de una hábil falsificación hecha por un procedimiento fotomecánico que reproducía grupos de vocales consonantes sacados de documentos verdaderos.

Enrico de Toma estaba fichado poco menos que como timador profesional. Por eso no había aparecido.

Si De Gasperi había mostrado curiosidad por conocer el paradero de los documentos mussolinianos desaparecidos, no era precisamente porque estuviera preocupado por cartas suyas, sino por que aquel fondo documental tenía interés e importancia para los italianos.

Pero la gente empujaba por entrar a la sala. Los carabinieri contenían a la muchedumbre. Todos querían estar presentes en la sentencia. Todos menos Guareschi. Nino Guareschi había perdido muchos puntos desde el momento que a la hora de defenderse había sacado un manojito de 30 folios—todos sus artículos anteriores de «Candido»—y había comenzado a leerlos sin mucho entusiasmo tampoco.

—¿Tú crees que le condenarán?

—Seguro.

—Pero ¿sin hacer un examen químico y total de los documentos?

—No hace falta nada. Lo del coronel Carter ha sido la puntilla. ¿De dónde habrá salido el coronel ese? También es mala pata. Seguro que Enrico de Toma creía que había muerto. Y como le prueben a Nino que ha hecho uso consciente de un documento falso, le cuesta la torta un pan.

—¿Tú crees?

—Atención al parche. Ya verás Nino se ha rajado. Desde el momento en que ha aceptado que el «Candido» de fecha 30, estaba vendido el 24 y que por lo tanto no pueden considerarse difamación sus frases porque no conoció las declaraciones de don Alcide considerando apócrifas las cartas... es que no quiere meterse hondo.

—De Gasperi pisa sobre seguro.

SE RENEVA LA SESION. — DEFENSA DE DE GASPERI

Los periodistas ocupan el estrado de los acusados. No cabe ni un

Cari amici del mio amato Trentino!
Il Turibone dell'anno mi trasporta
in un'ora all'altro Trentino e
non mi lascia il tempo d'incoronare
nelle valli e nei paesi del
mio collegio antico.
Non posso darvi che un solo, fug-
gero appuntamento nella ca-
pitale della Regione.
Incontrate il vostro bagnero potrà
stringere di nuovo la mano
a ciascuno di voi, come noi.

Ho tempi giovani, sentite nella
viva voce i vostri desideri,
conoscere la nuova generazio-
ne che viene avanti e si ap-
presta a portare la nostra
gloriosa bandiera ad altre
vittorie.
Se guardate faccia a
faccia, sentite la calda voce
degli organizzatori, entu-
siasmarsi del vostro catu-
sismo, sentire in me come
respirare l'aria ossigenata
dei vostri monti.

Ma non posso, i miei impegni
di carattere nazionale mi della
zoar all'oggi, ove più impetu-
e la battaglia e maggiore il pe-
ricolo.
So che voi, antichi e nuovi com-
unisti, mi comprendete e
mi seguete. Ma vi sottile
anche che resto come sempre,
prima di ogni altra cosa, l'emo-
tato trentino, presente sempre
col mio personale interessamen-
to, ogni volta che si tratti
de' miei monti e dell'avvenire.

della nostra bella e fertile
terra natia.
Fate dunque ancora una vol-
ta che fossi avere l'orgoglio
di abitare alla mischia de
nostris italiani come se-
lumino esempio di unità,
di consapevolezza, di forza,
temperata dal regime libero
e guidata dalla coscienza
morale cristiana.
Cordialmente vostro
Alcide De Gasperi

La pretendida carta de De Gasperi que el Tribunal refutó como apócrifa y condenó a Guareschi a un año en la «sombra»

alma en la Sala. Cuando se hace el silencio, comienza Delitala:

—Sólo habría una forma de que la conciencia de Guareschi pudiera estar tranquila y es que hubiera dispuesto de las cartas originales o hubiera hecho algo por adquirir esta certeza. Dice atacar sólo al hombre político, pero difamando al hombre político ataca al hombre. El mismo ha dicho que consideraba el acto que le achacaban como un sacrilegio...

(Se escuchan exclamaciones, algunas protestas y palabras de condenación. El presidente hace silencio con la campanilla.)

—Guareschi, que es inteligente, ha podido comprobar perfectamente que si se envía un mensaje de esa gravedad es tanto renovar a los siete días por el mismo conducto, porque o se esperaba que llegara con una velocidad increíble o era para empezar a temer por la propia seguridad. Pero, aparte de que las pruebas presentadas son categóricamente falsas, Guareschi debe tener en cuenta que si los correos cayeron en manos de los alemanes, no es fácil que silenciaran un mensaje que tanto descrédito podría traer sobre la Santa Sede. Si algo irritaba a los nazis, era que el pueblo romano estuviera al lado del Romano Pontífice y ninguna ocasión de propaganda mejor que la de publicar un documento en el que con membrete de Su Santidad se pedía el bombardeo de la Ciudad Santa. ¿Podía creer Guareschi en la autenticidad de esas cartas?

ALGO SOBRE LA LIBERTAD DE PRENSA

Pero lo de Guareschi es pura polémica. Todos los que han hablado a Guareschi de tales documentos como a otros personas no pudieron de ningún modo responder de su ingenuidad. El quiso deliberadamente sembrar el error y la desorientación a sus lectores. Guareschi ha superado todos los límites de la libertad de prensa. Nadie se habría querrelado contra él si se hubiese limitado en su semanario a decir que Enrico de Toma le había mostrado unas cartas de tales características y contenido. Pero ha sostenido la autenticidad y ha calumniado. Ni aunque hubiera estado en buena fe y en ignorancia sobre la autenticidad de las cartas podía liberarse, porque una vez descubierta la trampa, él insistió porfiadamente, lejos de to-

da imparcialidad, denigrando de un modo...

—Esto se pone feo—dijo un guardia.

—Pido—prosiguió el abogado defensor—que se considere la responsabilidad del inculpado, y en resarcimiento de todos los daños hechos por medio de la Prensa al honorable De Gasperi, que son inconmensurables, se pide vengan liquidados en una lira.....

Muchos creían no haber entendido bien.

—¿Qué ha dicho?
—Que pide la multa de una li-

ra. Otros aplaudían, Aquella lira de multa tenía un sentido simbólico De Gasperi estaba apretando la mano de su abogado.

EL «ALIBI MORALE»

El ministerio público ejercido por el doctor Baccheta estuvo fuerte y duro. Alegó que no había lugar a examen de documento alguno, puesto que se había especulado de una manera innoble. Dice que no se trata de un acto aislado de difamación, sino de una «colosale montatura» de intrigas, sondeos, maquinaciones, especulaciones, todo en manos de una partida de hombres sin freno. Interesa que se diga abiertamente que De Gasperi—aquí hubo una explicación del «alibi morale»—no robó una carta de la Secretaría de Estado, que no fue un hombre despiadado que por su propio egoísmo quisiera ver Roma bombardeada; que no es cierta la existencia de tales documentos. Ladrón ha sido Guareschi, que ha robado la honorabilidad a un ciudadano...

—Esto no acaba en una lira—dijo otro guardia.

VISTO Y CONCLUSO PARALELA SENTENCIA

A las doce treinta y cinco apareció el Tribunal, después de una deliberación, y tras una corta expectación se leyó la sentencia, que condenaba a Nino Guareschi, culpable del delito de difamación, a un año de reclusión, a 100.000 liras de multa, más los gastos del juicio y los del abogado de De Gasperi, más la inserción en dos números consecutivos de la sentencia en el semanario «Candido».

Los jueces habían dicho la última palabra. Habían considerado que los daños de orden moral, ejecutados de un modo arbitrario y sensacionalista sin un apoyo sólido y objetivo en hechos ni escritos, constituían un delito punible.

—¿Presentará recurso?

—¿Qué va a presentar!

—Pues irá a la cárcel.

—Quizá eso es lo que él quiere para que se arme más polvareda. ¿Sabes que a mí no me ha gustado una cosa de él?

—¿Cuál?

—Eso de que cuando a la vista de las cartas viera que perdía terreno, que le diera ese berrinche y se fuera y luego mandara una carta. Eso no ha estado bien. Es como los chiquillos cuando creen que el profesor se los van a cargar y no se presentan al examen. A lo hecho, pecho.

—Pero ¿tú crees que no hay demasiado barullo con todo eso de los papeles de Mussolini?

—A mí Guareschi me parece un tío simpático, pero el Enrico ese a mí me parece otro sinvergüenza.

—Habrá que comprar mañana los periódicos. Lo que dirá el «Osservatore» «L'Unità» «Il Secolo». Desde luego, el Guareschi está ha movido un follón del diablo.

Todavía alguno gritaba en favor de Guareschi. Y aplaudían entusiastamente al honorable De Gasperi. Había infinidad de fotógrafos sacando placas y rodando películas. La gente, en medio de todo, se había divertido.

Una cosa había quedado perfectamente clara: Guareschi, durante un año, iba a perfeccionar los monigotes y los chistes de «Candido» en la sombra.

DESPUES DEL FALLO

Alguien ha preguntado al abogado de Guareschi, Lenier, sobre el fallo.

—No tengo nada que decir. Con un cliente tan difícil era difícilísimo seguir adelante. Por eso me retiré.

También hubo alguno que interrogó a Delitala, defensor de De Gasperi, sobre la resolución del caso:

—Guareschi, al ausentarse de la Sala, se ha condenado él mismo.

El público, con todo, sólo se preguntaba una cosa: ¿Apelará Guareschi o no apelará? Nino había gritado en su primer arrebato que apelar: «nunca».

A De Gasperi le acompañaba su mujer, su hermana y una hija.

Los fotógrafos de uno y otro bando sacaban multitud de fotos. Aplaudían los correfueros partidarios del humorista.

Pero no había nada que hacer. El asunto estaba liquidado.

CASTILLO PUCHE

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ALBERTO PUIG PALAU

NO se puede incomodar, señor don Alberto Puig Paláu, porque en vez de salir por peteneras salga por habaneras, pero no de un modo intempestivo, sino oportuna y sazónadamente. Para quienes no le conozcan de mis lecturas, yo debo presentarlo como un caballero elegante, aunque con una vitola que se ha quedado adrede en el novecentismo. Muchos caballeros que visitaban «Los cuatro gatos» vestirían con esos desmesurados cuellos duros, con esas chaquetas largas y abiertas por detrás a cada lado, con esa corbata negra inmutable que es un trasunto de chalina, como que su tipo es un tanto bohemio, pero de una bohemia que ha venido a más. Algo parecido a su figura yo lo he visto dibujado por Sancha, aquel malagueño que se britanizó, o acaso por Picasso, aquel malagueño que se afrancesó, cuando vivía en Barcelona e iba a la Escuela Artística de la Lonja. Sin embargo, su retrato sería parcial e imperfecto si no añadiese a la imagen superficial el calibre de su alma, que propende a la fantasía, a la caridad y al mecenazgo. Descendiente de una familia de grandes industriales sederos radicados por su fábrica en Reus, hay que tener en cuenta este origen textil y esta ubicación reusenense para que no extrañe luego, cuanto pueda parecer fastuosamente insólito o arbitrariamente caprichoso. Los textiles más ricos de Francia y de Italia no sólo han hecho literatura a la manera de Andrés Maurón, sino que también fundaron y han financiado diarios y revistas antes de que se inventara la viscosa, que talmente se produce tras un proceso análogo al de la fabricación del papel para la Prensa. El abate Pierre, que puso en vilo a Francia durante un mes de enero glacial y que convive con los trapezoides suburbanos, es el hijo de un fabricante de tejidos de Lyon, como usted anduvo por la Universidad de Barcelona en tiempo de caos y de peligro, después se enroló para defender la unidad de España en un tabor de Regulares, como en este instante la defiende dadivosamente a través del canto jondo o costeando, a pesar de su dispendio, la revista «Revista». Algo hay del genio local y universal de Reus en esta contradictoria, que no es contradictoria, generosidad.

Reus ha presumido siempre de progresista, de vanguardista, como una parte preponderante de Cataluña, pero tal vez sobresalga o se ahonde más en el espíritu de los catalanes la parte pasadista, la porción nostálgica y reminiscente de la Historia. ¡Qué fácil es encontrarse con un señor que conserva sus papeles en regla hasta el siglo XIV! ¡Qué devoción por lo etnográfico, por lo folklórico! ¡Con qué respeto contemplaban en el monasterio de Santas Creus el corazón petrificado de una Reina medieval en el instante en que florecían las lilas! No obstante, esta inclinación hacia lo histórico me parece que se detiene en la Edad Media y más tarde en su remedo romántico, decimonónico. Roma ya les coge de pasada, o de oídas, como esa falsa anécdota que se achaca desde hace algunos años a la gente de Reus, que colocaron a las afueras de su ciudad un cartel diciendo, para designar a Tarragona: «A 11 kilómetros, ruinas romanas.» Pero, me preguntará el lector, y quizá usted, don Alberto Puig: ¿Dónde están las habaneras, porque usted, señor Director de EL ESPAÑOL, nos está saliendo por peteneras tan solo? Pues ahora vienen.»

En el mecenazgo de usted, don Alberto, entra también una editorial que ha publicado libros sobre la Antigüedad, sobre la Prehistoria; libros de Adolfo Schuten, de don Luis Pericot, de Julio Caro Baroja, pero asimismo un libro gra-

ciosamente confeccionado que lleva el título de «Album de habaneras». Entre dibujos rumbosamente (rumba mejor que rumbo) coloristas de José María Prim, compases de Montsalvage y meancólica prosa de Néstor Luján, se agitan con cierta pachorra, con cierta modorra, con cierta ondulante cachaza, veinte canciones recogidas en la Costa Brava por un músico, por un escritor, por un dibujante a las órdenes de usted. Las cantaban los marineros, los pescadores, los corchetaponeiros del Bajo Ampurdán como algo enervante y exótico que había venido de las Antillas junto a la botella de ron, a la hamaca y al papagayo. Una cosa un poco dulce como la caña de azúcar, un poco picante como el humo del tabaco, pero que se trajeron los últimos repatriados cuando retornaban con la fiebre amarilla en la sangre y la guitarra debajo del brazo. Sin embargo, creo que la habanera no puede morir, a pesar de su clave sencilla de sol, de su compás de dos por cuatro, de su ritmo binario. Pueden desaparecer y olvidarse las zarzuelas en que se incrustaron tantas habaneras famosas; pero la habanera seguirá viviendo, aunque La Habana cambiase de nombre e incluso periclitara su existencia. Lo que acaso en la Costa Brava sea sólo un recuerdo evanescente, lánguido y sensual, que se canta cuando ha ardido y se ha bebido la «cremat», más abajo en la costa mediterránea la habanera es un ser vivo que yo veo mecerse en todos los puertos y playas de Alicante y que en Crevillente llega a constituir tal entusiasmo que coexisten varias agrupaciones dedicadas al cultivo y a la propagación de la habanera, concurren entre sí y al Caudillo ofrecieron en el palacio de El Pardo un concierto a base de esa única canción.

Sucumbieron las tiendas de ultramarinos y coloniales, pero es imposible que el Mediterráneo no atraiga al mar Atlántico, y a la inversa. Los pueblos de antiquísima cultura mediterránea saborean la habanera atlántica cual un fruto a medio hacer. El mejor poeta catalán, mosén Jacinto Verdaguer, fué un capellán de los vapores de la Compañía Transatlántica, y a bordo del «Guipúzcoa» o del «Ciudad Condal», yendo y volviendo de Barcelona a La Habana, compuso y retocó su poema «La Atlántida». No se me diga que yo me atrevo a comparar este poema épico con una colección de habaneras para uso de las señoritas cursis o de los que entresueñan lascivias en las tabernas portuarias. Cada cosa es cada cosa; pero el mar Mediterráneo llega hasta el mar Caribe y esta contradanza antillana arriba a la concha clásica de las riberas mediterráneas y nadie lo puede impedir. No se considere tampoco como una evasión de los levantinos esta entrega a una melodía medio tropical, del mismo modo que luego la Humanidad se divierte, extraviándose, chapuzándose dentro de los embrujos rítmicos de los danzones afrocaribios. En la habanera no hay delirio ni colapso de la razón, no hay sincop, de pandemónium musical sincopado. La habanera es la realización plástica, casi carnal (pero con alma que debe salvarse) de un mito helénico. A pesar de que para algunos progresistas poco valen las ruinas romanas, las ruinas de la antigüedad clásica retornan siempre; porque las recogió para la eternidad el cristianismo. Se me volverá a decir: ¿Pero hay tanto dentro de una habanera? Don Eugenio d'Ors, que es un catalán con ascendencia cubana, no se cansa de repetir y repetir la frase de un clavicembalista judío y polaco: «Nadie sabe lo que hay dentro de un minuto.» Y, don Alberto Puig, usted no ignora que aun existen categorías.

EL TELON DE BAMBÚ CAE SOBRE EL LAGO LEMAN

CHU EN LAI HA FORMULADO EN GINEBRA EL "MONROISMO AMARILLO"

LA ULTIMA BATALLA BLANCA POR EL SURESTE ASIATICO



CUANDO Anthony Eden traspasó la cartera de Asuntos Exteriores al fallecido Ernest Bevin, después de la derrota conservadora en las urnas «caquis» de 1945, el otra vez hoy titular del Foreign Office, antes de pensar en dedicarse a la Banca, entretuvo sus largas ociosidades haciendo un viaje por Oriente. Viajar es muy recomendable después de perder unas elecciones. Adlai Stevenson hizo lo mismo que Eden, como el lector recordará. Bien. De la «tournée» de Anthony Eden salió una serie de artículos que nosotros leímos en «Le Monde». En estos artículos, y especialmente en uno de ellos, Mr. Eden escribía, un tanto alarmado, sobre un neopeligro amarillo. Pronosticaba un eclipse total del hombre blanco en Asia, y llamaba la atención de las Cancillerías occidentales sobre la labor «comunizante», teñida de nacionalismo, que estaban realizando en los países asiáticos las minorías chinas, siempre numerosas y siempre bien situadas, puesto que por sus manos pasaba todo el comercio del Oriente.

Han corrido los años. Los polvos que olfateó Mr. Eden se han convertido en lodos y, en efecto, todo parece indicar que Asia está a punto de cerrar su telón de bambú sobre las últimas narices blancas que quedan en Oriente. La principal potencia asiática, China, se ha convertido en una

República popular, y el camino de penetración que prepararon las minorías chinas llevó a los Ejércitos comunistas hasta Seúl y Hanoi, hasta el río Rojo y hasta el paralelo 38. El hombre blanco ha quedado arrinconado en el sureste de Asia, que ya prácticamente se pierde en el mapa, y bien puede decirse que sus días están contados allí. El programa comunista se reduce a llenar dos etapas: Primero, expulsar al hombre blanco; después, sovietizar. La primera fase está a punto de terminar. La otra seguirá inexorablemente.

MONROISMO AMARILLO

El ministro de Asuntos Exteriores de Mao Tsé Tung, Chu En

Mister Eden, siempre pulido, sonríe a los periodistas en Ginebra

Lai, no ha tenido pelos en la lengua en la Conferencia de Ginebra al anunciar una especie de monroismo asiático, reducido a esta fórmula: «Asia para los asiáticos». Chu En Lai tiró por un atajo al decir: «¿Por qué los Estados Unidos no se marchan y dejan a los pueblos asiáticos que resuelvan sus problemas?»

Es preciso tirar por este atajo para comprender un poco lo que está ocurriendo en la Conferen-

Muchas incógnitas flotan en el aire. Acaba de inaugurarse la conferencia



cia de Ginebra. De otra manera, nada más fácil que extraviarse y tomar sistemáticamente los rábanos por las hojas.

Digámoslo de una vez y con pocas palabras: la batalla diplomática de Ginebra es una batalla por el sureste de Asia; en una trincherita están los «amarillos», y en la de enfrente, los «blancos». Cuando se habla de llegar a un «acuerdo pacífico», los primeros piensan en consolidar definitivamente sus conquistas en Corea y en Indochina, y los segundos en mantener un «statu quo» que les permita ir tirando. A Inglaterra le interesa seguir comerciando con China, porque este país se está industrializando ahora y necesitan grandes cantidades de maquinaria, que los ingleses quieren venderle. A Francia le interesa mantener de algún modo su influencia en Indochina, a ser posible dentro de la Unión Francesa. Los ingleses necesitan exportar para no morir de hambre en su isla y los franceses necesitan seguir manteniendo su Imperio colonial para no dejar de ser una potencia de primer orden. Sólo los Estados Unidos, que pueden pasarse sin el cliente chino y sin un imperio colonial, estaban dispuestos a defender el sureste de Asia contra el comunismo a cañonazo limpio. Para ello era preciso que les secundasen Inglaterra y Francia; incluso Foster Dulles contaba con su apoyo. Pero en Ginebra esta política ha fracasado estrepitosamente. El discurso de sir Winston S. Churchill en los Comunes hizo volar esta ilusión americana. Y el sureste de Asia, especialmente Indochina, ha quedado en una vía muerta diplomática, en un terreno de pequeñas concesiones recíprocas, que no llevará a parte alguna y que dejará las cosas donde estaban. Foster Dulles lo vió claramente, y se marchó defraudado. Si los Estados Unidos quisieran ponerle un dique a la progresión comunista hacia el Suroeste, tendrían que hacerlo solos, cosa que el pueblo americano no parece dispuesto a consentir. Mister Dulles ha tenido que dar marcha atrás.

LA IRRADIACION CHINA

No habrá solución bélica para este problema, como tampoco la hubo, a fin de cuentas, para Corea, otro de los temas en la «agenda» de Ginebra. ¿Habrá solución diplomática? Podríamos dedicar algunas páginas a explicar una respuesta negativa. Pero no es necesario. El lector sólo tiene que recordar que los comunistas jamás han renunciado por vía diplomática a lo que han conquistado por la fuerza. Para el comunismo, la diplomacia sólo vale cuando consolida una conquista; nunca para discutirla ni para plantear compromisos. Los comunistas son los más fuertes en Asia, y únicamente les detendrá, temporalmente, un revés militar. Pero jamás una negociación diplomática. «Asia para los asiáticos», es el objetivo. Quiere decir tanto como «Asia para los comunistas». Una acción conjunta de las Naciones Unidas en Indochina podría aplazar por muchos años este desenlace. Pero ya se ha visto que para los ingleses—e

incluso para los franceses—Indochina no vale una guerra.

El desenlace a que aludimos estaba previsto desde el día en que triunfaron los Ejércitos de Mao Tsé Tung sobre los de Chan Kai Chek. Sujetar dentro de sus fronteras a una nación de más de 500 millones de habitantes, rodeada de países colonizados o semicolonizados, fácilmente asequibles a un doble proselitismo nacionalista y social, es cosa en la que nadie podía pensar. En realidad, todo lo que ahora está ocurriendo en Asia estaba ya en los planes del famoso embajador soviético en China, Borodin, hacia el año 1925. Por estos años el líder del Vietminh, Ho Chi Minh, llegó a Cantón procedente de Moscú y Borodin lo empleó como traductor-secretario. El embajador ruso hacía proyectos para el futuro—el presente de ahora—y cortejaba a la actual Mai Ling, señora de Chan Kai Chek. En

sus largas conversaciones con Ho Chi Minh, Borodin descubrió talento de quien años más tarde había de ser el hombre de Mao Tsé Tung en el Vietminh.

La influencia de los comunistas chinos sobre los comunistas asiáticos data de antiguo. Ho Chi Minh es para éstos lo que Mao Tsé Tung es para los comunistas occidentales. El general Giap, sitiador de la fortaleza de Dien Bien Fú, aprendió táctica y estrategia en China, y uno de los libros que más frecuentó fué el «Manual de la guerra popular», que es autor precisamente el Sr. Lin amarillo, Mao Tsé Tung. Los soldados del Vietminh, que atacan en estos momentos a Dien Bien Fú, cantan las mismas canciones que entonaban los soldados nortecoreanos. Estas canciones son chinas, y una de ellas, especie de manual de táctica inverso, fué escrita también por Mao Tsé Tung. Dice así:

«Cuando el enemigo avanza, nos retiramos;
cuando escapa, le hostilizamos;
cuando se retira, le perseguimos;
cuando está fatigado, atacamos.»

EL CONTINENTE PERDIDO

En una palabra: es China la que está detrás de cada ofensiva del Vietminh, como era China la que estaba detrás de cada ofensiva nortecoreana, y por esta razón no podrá haber jamás paz en el sureste de Asia mientras China sea comunista. Los efectos pueden desaparecer momentáneamente; pero la causa persiste. Alguien vió claro en esto desde el principio: Mac Arthur. Por eso preconizaba una guerra general contra China, seguro de cortar todas las cabezas de la hidra de un solo tajo. Tal vez

esta guerra contra la China comunista no fuese deseable ni oportuna; tal su desenlace militar fuese demasiado problemático. Pero lo cierto es que mientras China sea comunista con 500 millones de habitantes, con un Ejército de cerca de tres millones de soldados y una aviación de 2.000 aparatos, de los cuales la mitad son a reacción (datos que hemos tomado de Jules Menken en el «Daily Telegraph»), el sureste de Asia, incluidas Corea e Indochina, estará dramáticamente comprometido. Incluso el proyecto de Foster Dulles de replicar a la infiltración china con la fuerza, no serviría, nos tememos, más que para mantener un precario cabeza de puente, pensando en el fu-

turo. Los estrategas del Pentágono que defendieron contra viento y marea la idea de interponer la VII Flota entre la China comunista y Formosa, preveían la pérdida, un día más o menos lejano, del Continente asiático. Formosa podría ser en el futuro el trampolín para saltar alguna vez al continente y rescatarlo para el mundo occidental.

Los americanos saben perfectamente todo esto que acabamos de escribir sobre China. Pero después de dejar que los Ejércitos de Mao Tsé Tung la conquistasen, de una manera que toda

Kextter

MASAJE - CREMA
PARA ANTES DEL AFEITADO

Especialmente indicado para barbas fuertes, irritadas, enfermas, con granos, hirsutas, «imposibles», delicadas, etc., y con la barba normal se afeitará muchísimo mejor.

Haga un ensayo con un tubo. ¡Es la maravilla cosmética de nuestro tiempo!

El mejor, más completo y más económico de los masajes.

11/65 (tubo de 40 a 50 aplicaciones)

APARTADO 1185 - BARCELONA

via hoy nos parece inexplicable, se contentaron con no reconocer al Gobierno de Pekín y con establecer el bloqueo. Ambas medidas son más de carácter moral que político. Lo primero no ha impedido que muchos Gobiernos occidentales, comenzando por Inglaterra, reconociesen el régimen de Mao Tsé Tung; lo segundo, tampoco ha impedido que los más caros aliados de los Estados Unidos siguiesen traficando con la China roja. En realidad este ha sido siempre el destino de los bloques continentales. Cuando Napoleón se lo quiso imponer a Inglaterra en Europa, no logró más que aumentar sus quebraderos de cabeza.

SOMBRAS CHINESCAS

Si hemos elegido esta «música de fondo» para la Conferencia de Ginebra, ha sido para que el lector tenga una idea del escenario en que se mueven las figuras. Las palabras se pronuncian al borde del lago Lemán. Pero los hechos, los datos de la realidad, están en la situación creada en Oriente. No siempre aquéllas aluden directamente a ésta y es preciso aclararlo. Se ha dicho que la Conferencia de Ginebra es un gran diálogo entre sordos y conviene saber por qué.

Teóricamente, en dicha Conferencia toman asiento dos bandos. Pero en realidad, al menos del lado occidental, hay tantos bandos como naciones importantes. Sólo las naciones asiáticas forman un bloque, como recordó oportunamente Molotov en su discurso de introducción a la Asamblea. En Berlín, los occidentales ofrecieron un frente común porque el objetivo era también común: impedir la «neutralización» de Alemania. En Ginebra no podían presentar un frente continuo, porque los objetivos son distintos.

Para los Estados Unidos, el sureste de Asia queda comprendido dentro de su línea estratégica de seguridad en el Pacífico.

Para Inglaterra, el sureste de Asia es, esencialmente, un mercado.

Para Francia es el «hinterland» de una colonia ultramarina.

Son tres puntos de partida difíciles de reducir a un denominador común. Para estas dos últimas naciones, un compromiso en el sureste de Asia es la solución ideal; para la primera, un compromiso equivale a una derrota diplomática y, a lo largo, a una amenaza militar. Por eso cuando hace unos días Molotov tiró de una manga de Chu En Lai, tímidamente encogido en un rincón, para presentárselo a los señores Eden y Foster Dulles, mientras el inglés estrechó calorosamente la mano del chino, el americano le dió ostensiblemente la espalda, malhumorado, y Bidault se hizo el desentendido. Después del discurso de Churchill en los Comunes y de la acogida que Eden dispensó a Chu En Lai, Foster Dulles se preguntaría con amargura dónde estaban sus amigos.

En aquel momento, el secretario de Estado norteamericano se encontró dramáticamente solo. La situación de cada personaje en esta comedia de sombras chi-



Foster Dulles abandona una lucha rápida. En primer plano, su esposa. El turismo no está renido con la diplomacia

nescas, era muy distinta. Anthony Eden estrechó la mano de un óptimo cliente de las manufacturas «Made in England». Foster Dulles no podía ofrecer la suya al representante de un país que causó cerca de 150.000 bajas americanas en Corea. En cuanto a Bidault, bien pudo pensar que en definitiva de Chu En Lai depende en gran parte la terminación de la «sale guerre» en Indochina, que cuesta al Gobierno francés 1.000 millones de francos al día. ¿Dien Bien Fú? Bueno; el señor Letorneau, ex ministro, ex gobernador en Indochina, acaba de comentar las proezas de los 13.000 de De Gastries, diciendo: «Dien Bien Fú carece absolutamente de valor estratégico». Esto es lo que se piensa en París. Bidault no está obligado a más.

EL EQUIPO AMARILLO

Hemos aludido más arriba a la solidez del bloque comunista. Esta solidez depende en gran parte de la homogeneidad de los hombres que le representan en Ginebra. Su vida y su formación son absolutamente paralelas. Su vida transcurrió en la agitación y en la clandestinidad, pasando por la cárcel, hasta que llegó su oportunidad. Su formación es francosoviética. Ho Chi Minh se educó políticamente en Francia, y su mentor primero fué nada menos que Marcel Cachin. Chu En Lai permaneció dos años en Francia afiliado a los juventudes comunistas, y trabajó en las fábricas Renault y en las minas de Saint-Etienne. Los dos pasaron por Moscú y allí se encontraron en alguna ocasión con Nam Il, el nortecoreano del impermeable verde. Todos ellos son amigos íntimos de Molotov, y en Ginebra se llevan divinamente. Sólo Chu En Lai se permite la discrepancia de postergar el «vodka» en favor del borgoña tinto. Visten igual, piensan igual y tienen la misma historia. La idea de que los comunistas chinos son «oleo-margarina», como dijo Molotov en la Conferencia de Moscú, ya no engaña a nadie. La frase la tomó Molotov de un libro de Agnes Smedley, aquella escritora norteamericana que tanto defendieron los periódicos de los Estados Unidos cuando la sección del general Willoughby la acusó de comunista, y que, cuando murió en Londres, pidió que sus cenizas fuesen enviadas a Pekín, donde hoy se «veneran».

Frente a este bloque homogéneo, que comulga con las mismas doctrinas y que participa de

unos mismos intereses, el pseudobloque occidental ofrece un frente discontinuo, en el que, como hemos visto, varían sustancialmente los puntos de vista sobre la situación creada en Asia, en general, y en el sureste de este continente, en particular, y en el que las esferas de intereses se cortan tan solo tangencialmente.

CAE EL TELON DE BAMBU

Antes de trasladarse a Ginebra, Foster Dulles sentó claramente el principio de que la China comunista no actuaría en plan de «Grande». Teóricamente, así lo aceptaron las demás. Pero de hecho, para todo el mundo es evidente que la última palabra en los asuntos asiáticos la tiene Chu En Lai con el visto bueno de Molotov. Los Estados Unidos han tenido que tragarse esa píldora por «solidaridad» con Francia e Inglaterra, y la misma Francia ha tenido que tragarse la presencia en Ginebra del Vietnam.

Cuando Bidault vió que Rusia y China no transigirían con la ausencia de Ho Chi Minh, el ministro del Quai d'Orsay corrió al teléfono para ordenar a uno de sus subordinados que volase a Cannes, donde se encontraba Bao Day, el «Faruk amarillo», como le llama cierta Prensa, para convencerle de que debía dar su «placet» a la participación del Vietnam. Se obtuvo el «placet». Y ahora nos encontramos en Ginebra a los agresores de Corea y de Indochina negociando con los agredidos, e incluso acusándoles de haber sido ellos los agresores, con lo que la Conferencia ha batido todos los récords de confusión.

Decíamos al principio de este trabajo que lo que se disputaba a orillas del lago Lemán es el sureste de Asia. A no ser que cambie teatralmente de la noche a la mañana el rumbo de las cosas, la partida la van ganando los comunistas por puntos. El telón de bambú va descendiendo lentamente sobre el escenario amarillo, donde el hombre blanco ríe una de las más grandes batallas por la civilización.

Cuando caiga del todo el telón, Asia entera se habrá cerrado para el Occidente, tal vez para siempre.

M. BLANCO TOBIO

UNO de los momentos de la película que los espectadores subrayan con más expresivos murmullos de admiración es aquel en que, hablando del tesoro enterrado, la norteamericana dice:

—Lo sacaremos con nuestras excavadoras.

Y el granadino, va y dice:

—No. Es un tesoro encantado y no se puede coger más que con un encanto.

A lo que Merle Oberón replica:

—¿Qué es un encanto?

Y Francisco Rabal contesta:

—Un encanto es todo lo contrario de una excavadora.

(Aquí ante tan concreta y precisa definición, es donde se levanta el murmullo aprobatorio.)

José María García Escudero lo ha comentado en «Ateneo» con justicia y brevedad: «Ni los americanos son sólo esa caricatura fácil... más que en las películas americanas, ni me satisface particularmente que se nos presente a los españoles como reino del espíritu lo que es sólo reino del pintoresquismo y de la gandería».

Me interesa insistir en que la contestación a esa película la da la película misma. Aunque Sáenz de Heredia ha optado por lo peor—es decir, por juzgar que la superstición hispanogitana vale más que la actividad hispanonorteamericana—, el tema se venga, el propósito se vuelve del revés y la película dice lo contrario de lo que quiso decir. Tal vez sea esto una prerrogativa del talento, que, aunque se proponga equivocarse, no lo consigue del todo.

Tan del revés se vuelve la cuestión por su propia vitalidad, que quien resulta verdaderamente bien en la película son los personajes hispanonorteamericanos, y quien de veras queda mal son los personajes hispanogitanos. Todo lo que orgullosamente juzgamos nuestro, gestos, y valores, y virtudes de la eterna España, está del lado yanqui de la película: el espíritu de justicia, de generosidad, de respeto a la ley y de respeto al hombre, por humilde que sea, con que proceden los buscadores de uranio frente al dueño de Canta-

rranas; la magnífica y deliberada honestidad de la muchacha que no se ha preocupado de cómo son sus propias pantorrillas; la caballerosidad del novio—a quien se intenta ridiculizar—que ni por lo más remoto cree que su prometida, ni siquiera a través de una noche entera de juega fiemena, puede cometer un acto sucio; la caridad de fondo y la delicadeza de procedimiento en los métodos del hombre a quien se le ocurre tramar una falsificación de pergaminos, para que el iluso se convenza por sí mismo y a solas de lo endeble de su ilusión, en vez de apabullarle con el desprecio, la publicidad, la fuerza pública o la acción directa; la convicción de lo inquebrantable del juramento, de la palabra dada y de la tregua convenida; la fe firme en la Sagrada Escritura y en su valor sobrenatural; el desprecio por la mentira y la compasión por la debilidad o por el ensueño ajeno... En fin, todo lo que es bueno y valioso, religioso y noble, poético y humano, lo personifican los extranjeros, que llevan sus excavadoras a la ciudad morisca. ¿Acaso esa «miss» interpretada por Merle Oberón no entiende la belleza dolorosa y durmiente de Granada mucho mejor que esos sacromontinos escandalosos de venga ruido y botellas, que hay que vaciar el bolsillo a estos ponolis?

Algunos comentarios que se oyen a la salida están pidiendo su sitio en la Real Academia del Reino de Babia de la Reina Castilla:

—¡Anda, anda, que menuda lección se les da a los norteamericanos!

—Donde esté un zapateado como ése, ríete tú de la bomba de cobalto.

—¿Te fijaste qué bueno es aquello de la Biblia? En la vida he visto una crítica más fina del protestantismo.

—Pues, ¿y el atontado del novio? ¡A buenas horas dejaría yo a mi novia suelta con otro hombre ni media hora— ¡Digo! ¡Y de noche! ¡Y en «Graná»! ¡En «Graná de mi arman»!

Luis PONCE DE LEON
(Premio Nacional de Periodismo 1953)

PALACIO
de
la PRENSA

GRANDIOSO
EXITO



Alta
COSTURA

LAS MASCARAS DE LA MODA

LYLA ROCCO - MARIA MARTIN - DINA STEN
Margarita Lozano - Laura Valenzuela - Mónica Pastrana
Y la colaboración especial de ALFREDO MAYO. Director: LUIS MARQUINA. Argumento, guión y diálogos: DARIO FERNANDEZ FLORES. Producción: CINESOL con ATA

En esta apasionante comedia dramática, original del autor de «Lola, espejo oscuro», el amor y la muerte aparecen durante un fastuoso desfile de elegantes modelos

MALLORCA vista por un menorquín de París

Ortigas y sal negra en "Une excursion aux Iles Baléares", de J. M. Guardia

Por Lorenzo RIBER

De la Real Academia Española

BUSCABA yo en el frondoso bosque de preciosas hojas amarillas con que enriqueció la cultura la más que centenaria «*Révue des Deux Mondes*», una monografía sobre el Africa latino-cristiana que me interesaba para los estudios de mi predilección, en los tomos que corresponden al año 1885, cuando di con un trabajo que me cautivó con un interés más inmediato y punzante. Este trabajo lleva por título: «*Une excursion aux Iles Baléares*» y lleva la firma de J. M. Guardia.

José Miguel Guardia nació en Alayor (Menorca) el año 1830 y murió en París el año 1897. Tuvo las alas mayores que la roca natal. El viento violento que barre la isla de las piedras se lo llevó arrebatado por el mismo camino por donde se había llevado al glorioso Mateo José Buenaventura Orfila: de la pequeña isla berroqueña a la Villa-Luz, en donde ambos encontraron la gloria: la de Orfila serena y quieta como la de una aureola; la de Guardia tempestuosa como la luz de un rayo entre nubes.

EN LA HISTORIA LITERARIA DE FRANCIA HAY UN MEDICO MENORQUIN

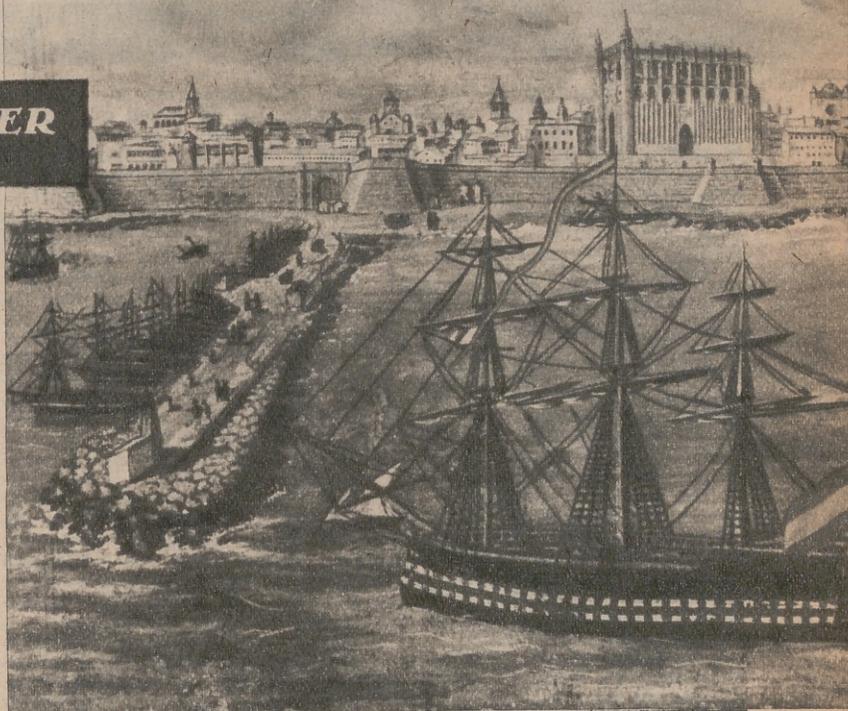
El médico mallorquín, que había seguido sus estudios en Montpellier, doctoróse en letras en la Universidad de París, en donde se naturalizó francés en el año 1864. Así como hay en pintura el «*Joven del Clavel*» (Holbein) o el «*Caballero de la mano en el pecho*» (El Greco), la historia literaria de Francia en el pasado siglo tiene en el médico menorquín José Miguel Guardia «*l'omme aux conflites*». Su paso en dondequiera suscitaba protestas y tumultos. Nombrado por el Gobierno director de la Escuela de Medicina Monge, se le hubo de destituir por la publicación de su libro «*L'Etat enseignant et l'Ecole libre*». En el plácido recinto de la Academia de París entró vociferando y haciendo resonar sus pasos muy reciamente. Más que la Medicina en sí le interesaban sus aspectos trascendentes; fué su filósofo y su historiador. Escribió «*Quelques questions de philosophie medicale*»; (esta fué su primera obra: Montpellier 1853); «*Histoire de la médecine d'Hippocrates a Broussais*... Tradujo al francés y anotó copiosa

y luminosamente la obra de Morejón: «*Etude médico-psychologique sur l'histoire de «Don Quichotte*». No perdió jamás de vista a su Patria, ni a su lengua nativa. Fué el primer editor del famoso «*Somnia*», de Bernat Metge. Trató de Ramón Llull con amor áspero, como era el suyo siempre, y con competencia. Era un buen latinista, hasta el punto de publicar una «*Gramática de la lengua latina*» (París, 1886). Midió su hierro en una polémica vehementemente con Menéndez y Pelayo, el gran asertor de la ciencia española, en que Guardia, por el afán pueril de discrepar, afectaba no creer; mientras, para darlos a conocer a sus lectores franceses, traducía «*El examen de ingenios*», de Huarte; el «*Viaje al Parnaso*», de Cervantes; el «*Arte de gobernar*», de Antonio Pérez. El doctor J. M. Guardia era de aquellos genios irritables, capaces de gran amor, pero que sólo saben testimoniarlo por el castigo y los gritos.

LA BAHIA DE PALMA TIENE FORMA DE HERRADURA

Ya puede presumirse que en su «*Viaje a las Islas Baleares*» llevó consigo su mal genio y nos refregó copiosamente con ortigas y sal negra. Para el panorama no tiene más que ponderaciones:

«La bahía de Palma está dispuesta maravillosamente para el deleite de los ojos. Tiene la for-



Puerto y Ciudad de Palma. de autor anónimo del primer tercio del siglo XIX.

ma de una herradura. En el fondo, dando cara a la entrada, bien en su centro, la vieja ciudad emergiendo del cinturón de sus murallas; más abajo, el puerto, cuya escollera avanza mar adentro. Dos edificios señorean todos los otros: la iglesia de la Santa Cruz y la catedral, altísima. A su lado, el palacio episcopal, y entre ambos, la maravillosa fachada de la iglesia de los franciscanos. A derecha e izquierda de la ciudad se extienden dos arrabales de casas blancas: el de Santa Catalina, 6.000 almas, entre la Lonja (digna de ser vista, aun después de la de Valencia, y las numerosas casas de recreo agrupadas en derredor del gracioso castillo de Bellver y al pie del fuerte de San Carlos, muy cerca del antiguo y pequeño, pero muy seguro, llamado Portopi. En frente, y al otro lado, el arrabal del Molinar, que toma su nombre de una doble hilera de molinos de seis alas, cuya torre maciza reposa sobre una espaciosa terraza, debajo de la cual tiene su vivienda el molinero, como un gnomo cubierto de harina. Estos molinos hacendosos moliendo y moviendo sus aspas sobre el mar azul, producen una maravillosa fiesta de movimiento y color. Un hemisclio de montañas rocosas, cuyas laderas están cubiertas de arbo-



Escenas folklóricas mallorquinas del segundo tercio del siglo XIX, pintadas por Reynés

lado, pone su marco en este cuadro encantador, y por la parte de la mano derecha termina por el monte de Randa, célebre por su antigua ermita y la larga estada que en ella hizo Ramón Llull. Afortunadamente aquí la mano del hombre no ha gastado la obra de la Naturaleza...

LA GEOGRAFIA INTELLECTUAL DE LA ISLA

Pero, más que la geografía de la isla, interesó a Guardia su fisonomía social e intelectual, cuyos exponentes más conspicuos eran su coterráneo J. María Quadrado, el polígrafo; los poetas Mariano Aguiló, Jerónimo Roselló, doblado éste de lulista; Alvaro Campaner, el cronista y numismático; Francisco Barceló, a quien pone entre los poetas, y era botánico, el que sistematizó nuestra flora balearica... y el archiduque de Austria, que acababa de posar aquí su pie veloz y de anclar su nave errabunda.

En la «Excursión a las Islas Baleares», el doctor menorquín aclimatado perfectamente en París J. M. Guardia, más que la fisonomía topográfica ha de interesarnos su fisonomía intelectual y social.

Sí, dice el conspicuo visitante: se trabaja muellemente, displicentemente, perezosamente. Pero disculpa esta molición y pereza nuestras en el apartamiento en que la isla vive, náufraga en un mar de calma y de dulzura, lejos del movimiento y sin la saludable emoción que estimula y fecunda los talentos. Los unos, dice, en pequeño número se asocian intencionalmente (y algo más que en intención podemos replicarle) a los ensayos de renacimiento literario, cuyo centro es Barcelona; los otros, en gran mayoría, piensan en Madrid y se consideran hartos dichosos y bien pagados cuando sus publicacio-

nes castellanas les abren las puertas de la Academia de la Historia o de la Lengua. Parece que J. M. Guardia concibió una espontánea y sincera antipatía por don José María Quadrado, otro menorquín bastante más grande que él, sin su tinta de calamar y su venenosa «atrabilis». A él van dirigidos aquellos primeros dardos y este otro más envenenado y directo: el amor de las palmas académicas o del laurel, no menos caro a los poetas que a los publicistas, empuja hacia la elocuencia a aquellos que tienen la pluma fácil; y alguna grande obra, solemne y pesada, es el fruto ordinario de esta ambición clásica. Así es que el sabio y laborioso archivero de Palma acaba de escribir en dos volúmenes de un grueso razonable una continuación del «Discurso sobre la historia universal», de Bossuet, con un espíritu de intransigencia ultramontana. ¡Cuánto más no hubiera valido una historia de las Islas Baleares sacada de sus fuentes directas! He aquí un tema bien digno de tentar al hombre que tiene bajo sus llaves, en un depósito de una riqueza inaudita, todo el pasado de estas islas, sobrado poco conocidas.» Es injusto con su ilustre coterráneo el emigrado de París. Olvida o calla que no todos lo podemos todo; que de aquel bosque frondoso de hojas amarillentas que el sagaz archivero guardaba bajo llaves exploró anchas zonas, y que lo que él examinó con su candil quedó inmoviblemente incorporado en la Historia.

DE ALGUNOS LITERATOS HABLA DE OIDAS

De los otros literatos mallorquines parece que habla de oídas: «Otros literatos hay en Mallorca, es cierto, que no olvidan al escribirla ni su lengua mater-

na ni su tierra natal. Entre los que han rendido o prometen rendir servicio a la literatura catalana hay que citar en primera línea a Mariano Aguiló, Francisco Barceló (el botánico, autor de la «Flora de las Islas Baleares»), Alvaro Campaner (el autor de «Cronicón mayoricense», de «Bosquejo de la dominación islamita en las Islas Baleares», de «Numismática balear», etc. (que no escribió en catalán literario una sola palabra, que yo sepa), Jerónimo Roselló, erudito y poeta de mérito. Aquí termina la lista de los literatos mallorquines. ¡Qué rutilantes y originales omisiones las de J. M. Guardia! No sabe o no dice una palabra de Jusé Luis Pons y Gallarza, de Juan Alcover, de Miguel Costa y Llobera (que acaso por aquel tiempo estaba en Roma, y ello disculpa a medias la omisión), de Pedro de Alcántara Peyna, de Mateo Obrador, de Bartolomé Ferrá, de Antonio María Alcover, de la inquieta y estudiosa y «no inédita» juventud de José Miralles Sbert, que ya tenía en sus dedos la péñola veloz que no soltó aun su mano decorada con el anillo prelaticio de Lérida, de Barcelona y de Mallorca, como arzobispo-obispo. Este silencio no es el delicado silencio de quien no quiere ofender la modestia ajena. J. M. Guardia no reparaba en ofender otras cosas más vulnerables.

Para quien replica la campana gorda es para el difunto («feu») J. José Amengual, autor de una gramática estimable: «Gramática de la lengua mallorquina» (1835) y del «Nuevo diccionario mallorquín castellano-latino» (1858-1878) gruesa y útil compilación única en su género y que valdría mucho más si el concienzudo compilador se hubiese servido de su

Paisaje de Valldemosa, por Sureñá (1883)



El Terreno, cuadro de A. Ribas



propia lengua para explicar los vocablos en lugar del castellano y del latín.

Pero como Guardia no podía elogiar a nadie si no hacía servir aquellos laureles para azotar a alguien, empuña el manojó y dice:

«Allí no hay rastro de lo que se ha dado en llamar filología comparada, ciencia cómoda que sustituye doctamente la gramática y el vocabulario por el álgebra; ciencia peregrina que ya ha comenzado a introducirse en España. Antes de ponerse a saquear a Diez habría que imitar a este sabio que comenzó sus trabajos por el estudio paciente de los textos. Y los textos abundan en los archivos civiles y eclesiásticos de Palma y muchos se remontan a los tiempos de la Conquista. Pocas ciudades de Europa han conservado tantos monumentos y documentos de la Edad Media, y no las hay muchas que ofrezcan tantos recursos a los varones estudiosos.»

EL ABANDONO DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

Parece que J. M. Guardia visitó el palacio del conde de Montenegro, heredero de los tesoros bibliográficos y arqueológicos del Cardenal Despuig, jay, dolori, emigrados de Mallorca. Visitó el Museo de Raixa, rico en toda suerte de objetos curiosos: inscripciones griegas y latinas, bronceos, estatuas, bustos, bajarreñes, entre los cuales dos recuerdan el culto de Diana sangrienta. La mayoría de estos restos arqueológicos provienen de las excavaciones que se hicieron a fines del siglo XVIII, a expensas del magnífico prelado, sobre el territorio de Aricia, en donde la diosa tenía un templo y un bosque sagrados...

Pero como tenía un fino instinto supo hallar los más bellos rincones. Era obligada la visita a la iglesia y claustro de San Francisco de Asis. El claustro amagaba ruina; la techumbre amenazaba con hundirse sobre aquella teoría de columnas gráciles en que mi musa juvenil vio una prolesión de monjas pálidas y ayunadas: *Jo, estim el claustre ie columnes—que viclará un ventijol—con monjes pállides, dejunes dretes i extàtiques al sol.* El lamenta el abandono oprobioso de aquel bellissimo monumento, cuya afrenta pregonaban el artesano putrefacto, los garabatos al carbón, las ortigas viciosas, la hierba del olvido creciente. Se evadió de aquella contemplación penosa, de aquella abominación de la desolación, refugiándose en el templo, «uno de los más hermosos que posea su Orden», y visitó el sepulcro inacabado y magnífico de Ramón Llull. Y aquí, sumido en las claras tinieblas que pueblan la bella rotonda a la espalda del altar mayor, descubrió un exquisito rincón de arte, propicio a la oración, a la meditación y al ensueño, bajo el vasto retablo en donde están representados todos los príncipes y princesas de la Casa de Aragón que pertenecieron a la Orden franciscana, rematado por esta inscripción en nobles letras mayúsculas: «ARMA BALEARICA, NON FUNDA, SED ARBALISTA FIDEI».

LAS ARMAS DE LA FE BALEARICA

Las armas balearicas ya no son la honda, sino la ballesta de la fe. Yo me felicité de coincidir en este punto con el atrabillario visitante. Yo, en aquella penumbra recogida, me he saturado de paz y de olvido, y he bebido lentos y largos sorbos de eternidad, a la vera del sepulcro de Ramón Llull, fuego cautivo, huracán prisionero, y bajo las miradas de violeta húmeda de aquellas princesas, que por armijo lucen sayal, y por cetro, lirios; y de aquellos príncipes que llevan por insignias instrumentos penitenciales. Pero aquí y todo, J. M. Guardia lanza un dardo volteriano: «¡Ay—dice—, la honda no es menos anticuada que la ballesta de la fe!»

Del estado social de la isla, las cosas crueles que dice y que en su día pudieron ser motivadas, no tienen venturosamente oportunidad. La añeja incompatibilidad, si no se ha extinguido del todo, se ha de tal manera atenuado que se puede augurar para bien pronto, acaso para la generación venidera, la total desaparición. Dejaré en su francés original una de las expresiones más fuertes contra el arraigado prejuicio:

«Il suffit d'être d'origine israélite pour se trouver impitoyablement exclu de la société. La conversion qui date de quatre siècles, n'y fait rien. Les blancs de l'Amérique du Nord ne sont pas plus tendres pour les hommes de couleur que les nobles et bourgeois de Palma, los gros ventres, pour ceux qu'ils appellent des mangeurs de lard...» «Los miles de conversos no han podido desarmar—dice—a los viejos cristianos. Pudiérase creer—añade—que en Mallorca la fé no va siempre acompañada de la caridad.» Y sigue afirmando: «Desgraciadamente, España, que ha producido un tan copioso número de herejes—la historia de los heterodoxos españoles ha proporcionado a un joven autor ortodoxo (léase Menéndez y Pelayo) materia para tres enormes volúmenes. España no admite la libertad de conciencia.»

OPINIONES DIVERSAS SOBRE EL DIALECTO DE MALLORCA

Sobre nuestro idioma nos dice unas cuantas lindezas:

«El dialecto de Mallorca es más sonoro que armonioso. Dominan en él las vocales claras, la a, la o, la e abiertas. Es pre-



El castillo de Bellver, de autor anónimo del primer tercio del siglo XIX

ciso abrir la boca, toda ancha, para remedar la pronunciación de los indígenas. De todo ello resulta un idioma enfático y vulgar que da la idea de una lengua de beccios. Sólo que, como no es el espíritu de la Bœocia el que reina en Mallorca, esta jerga (patois) es muy apta para la parodia, la farsa, la gruesa sátira, el sermón, el alegato burlesco. En una palabra, es el lenguaje adecuado de la chanza trivial, de las bromas gordas.»

De nuestros simpáticos «glosados», refugio último de la musa y de la tradición, habla con esta incomprensión e indelicadeza:

«Estos pobres rimadores de encrucijada o de aldea se parecen a los payeses retrasados que han conservado el antiguo traje, mitad cristiano y mitad moro: chaqueta corta y abierta, pantalón a la turca, largas medias, zapatos de grandes orejas, sombrero de anchas alas, como el de los payeses bretones. Esta indumentaria ya añejada, ¿es de origen africano o céltico? Es esta una cuestión que las Academias no han sacado a concurso; y es una lástima, porque son muchas las antigüedades de Baleares que unos atribuyen a los celtas y los otros a los fenicios de Asia o de Africa. El Oriente ha dejado su indeleble huella sobre este grupo de islas, cuyo nombre mismo, a pesar de ingeniosas etimologías que se han hecho clásicas, es de origen semítico, probablemente fenicio. El antiguo tocado de las mujeres, todavía en uso en los pueblos, ha sido tomado de los judíos o los árabes. Muchos de los monumentos megalíticos que se obtienen en atribuir a los celtas llevan el sello de Asia.»

Así pasó, revolvedor, displicente y dogmático por Mallorca el hijo de Menorca, J. M. Guardia, médico de París.

UN INVENTOR CON BLUSA Y ALPARGATAS

La mosca mediterránea, en
vísperas de desaparecer

UN MODESTO LABRADOR
DE ULLDECONA PATENTA
UN INSECTICIDA DE
EXTRAORDINARIO EFECTO



Los señores Calduch y Puig muestran a nuestro colaborador los resultados obtenidos con el insecticida



Rafael Calduch (centro) y el farmacéutico señor Puig, su colaborador, responden a las preguntas de Ramón Ferré-Bartral

EN la conjunción geográfica de las provincias de Tarragona y Castellón, sobre la línea del ferrocarril de Barcelona a Valencia y todavía en tierras de Cataluña, se encuentra una población de unos cinco mil habitantes: esta es Uldecona. A su alrededor hasta 12.500 hectáreas de tierra, cultivables casi por entero y en su mayoría feraz, forman el término municipal del mismo nombre, donde prosperan, en proporción diversa, las más variadas plantaciones, desde las hortalizas y los cereales a la vid y al olivo. Este, concretamente, ocupa unas 7.200 hectáreas de terreno, casi las dos terceras partes del término municipal.

Con estos datos no es difícil imaginarse que Uldecona es una población eminentemente agrícola, y dentro de esta actividad, preferentemente olivarera. Es natural, pues, que la inquietud por el olivo, su producción y sus plagas fuera sentida en esta comarca y más aun en Uldecona, desde tiempo inmemorial.

LA «DACCUS OLEAE»

Es frecuente oír decir que el olivo es árbol sobrio y fuerte. Pero su fortaleza no impide que se vea atacado por diversas enfermedades y plagas. Entre éstas últimas, la más importante, sin duda por sus consecuencias desastrosas, es la llamada «mosca del olivo», «daccus oleae» para los entomólogos.

Según nos cuentan, el proceder de este bichito—muy parecido en su aspecto a las moscas que tanto nos fastidian en verano—es elementalmente sencillo. Pica una aceituna sana, donde deposita un huevo, luego otra y otra, y así hasta doscientas. A los pocos días el huevecillo se convierte en gusano, el cual se dedica inmediatamente a devorar, con ardor digno de mejor causa, la mayor parte posible de la aceituna que le sirve de habitación. Unos días más y el gusano—los doscientos gusanos—se transforman en nuevas moscas, dispuestas a recomenzar el ciclo en proporción constante, de manera que en circunstancias favorables son suficientes pocas semanas para invadir y echar a perder la cosecha de hectáreas y más hectáreas de olivar.

Esta invasión, temida y sufrida año tras año en mayor o menor proporción por los olivicultores, puede llegar a suponer la pérdida de un cincuenta por ciento en el peso de la cosecha, lo que llevado al terreno económico significa hasta un ochenta por ciento de su valor por la inferior calidad del aceite obtenido y la mayor dificultad en la recolección de las aceitunas.

Así han ido las cosas y la «daccus oleae» ha venido campando por sus respetos. Hasta que ha aparecido en escena un hombre, un hombre sencillo y agricultor de Uldecona, por más señas, Rafael Calduch.

EN LA TRASTIENDA DE UNA FARMACIA

El novel inventor ha instalado su cuartel general en la trastienda de una farmacia que posee en Uldecona, en la calle de San Lucas, su colaborador don Vicente Puig.

En ese rincón acogedor y amable, escenario de la gestación en su última fase de un descubrimiento excepcional, es donde somos recibidos por el señor Calduch, en presencia del farmacéutico, su colaborador.

Ya hemos dicho antes que nuestro inventor es un hombre

del campo. Ahora vamos a añadir que tras su sencillez, su hablar pausado y su a veces inexpresiva mirada deja traslucir un cúmulo de conocimientos sobre la materia—fruto de la observación constante—que somos los primeros en reconocer espontáneamente.

A nuestro hombre le gusta hablar de su invento y de las vicisitudes e incomprendiones que ha tenido que sufrir antes de obtener el triunfo definitivo. Por ello la charla es fácil y surge espontáneamente.

—En el año 1927 tuve ya mis primeros éxitos experimentales combatiendo la mosca del olivo—nos dice—. Claro que el procedimiento y el producto eran entonces rudimentarios, pero los resultados no dejaban de tener su interés.

Nos refiere el señor Calduch a continuación cómo durante el período republicano intentó interesar en sus experimentos a diversas personalidades del campo político, sin que se le hiciera el menor caso, al tiempo que sus convencios le tildaban de chiflado, cuando no de loco.

—Pero yo seguía en mis trece—añade—. Y continuaba con mis pruebas, unas veces con más éxito y otras con menos.

Luego vino el paréntesis obligado de la guerra de Liberación. Y a su final, vuelta a empezar.

Llenaríamos cuartillas y más cuartillas relatando hechos y acontecimientos que han jalonado el camino laboriosamente difícil de Rafael Calduch. Pero por necesidad de extensión cortamos y abreviamos. Y henos aquí en 1952.

OCHENTA Y CINCO POR CIENTO DE LA COSECHA SALVADO

Ya con la colaboración del farmacéutico don Vicente Puig, es en 1952 cuando el señor Calduch acomete un experimento verdaderamente importante. En medio de una devastadora plaga de mosca, dos fincas contiguas—600



Magnífico ejemplar de olivo en la zona tratada. Su cosecha, enteramente sana, ha sido este año de 360 kilos de aceituna



El señor Calduch explica los detalles de su invento

olivos en total—le son confiadas. Y ante el pasmo general el procedimiento Calduch salva más del 85 por 100 de la cosecha de las fincas tratadas. La bomba ha estallado y sus efectos llegan hasta la cabecera de la provincia. Así los ingenieros agrónomos señores De Mata y Rivera, jefe el primero de la Sección Agronómica de Tarragona, se desplazan en el mes de enero de 1953 a las fincas sometidas a tratamiento, observando cómo los árboles conservan intacto la mayoría del fruto, mientras en el resto de los olivares hace tiempo se ha desprendido, enfermo y agusanado la totalidad de aquél.

El certificado que los ingenieros libran de su visita es elocuente. Se ha llegado a resultados hartos palpables. Se patentó el producto. Y se prepara la campaña de 1953.

VICTORIA SOBRE LA MOSCA MEDITERRÁNEA

El paquete de cigarrillos que don Vicente Puig había depositado sobre la mesa camilla se está vaciando. Mientras, el señor Calduch, que no fuma, continúa su relato.

—1953 ha sido el año de la consagración definitiva del producto. Aunque por circunstancias climatológicas no ha sido año de gran invasión, los resultados, tanto oficiales, como particulares, han sido magníficos.

La Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos de Uldecona fijó una zona—entre las habitualmente más castigadas por la plaga—para ser tratada. En ella unos 30.000 olivos recibieron tratamiento, observación e investigación. Resultado: el 98 por 100 de las aceitunas se encuentran intactas.

Y otro éxito paralelo. Algunos particulares de las provincias de Castellón y Tarragona pidieron que les fueran tratados por el procedimiento Calduch sus naranjos y otros frutales diversos. Y tampoco la «ceratitis capitata»—entre nosotros, mosca mediterránea—ni el mosquito del na-

ranjo han resistido el poder mortífero y de atracción del diabólico líquido inventado por Rafael Calduch.

Más de 150.000 árboles—naranjos, olivos, melocotoneros, etc.—han sido tratados en este año, todos con igual éxito. Para comprobar el resultado obtenido se concentraron en Uldecona el Jefe Nacional del Servicio de Plagas del Olivo, señor Del Campo, y los jefes de las Secciones Agronómicas de Tarragona y Castellón, señores De Mata y Palacios, amén de otros ingenieros agrónomos y personalidades diversas. Recorrieron fincas, preguntaron datos, inquirieron detalles. Y todos pudieron constatar a placer los sorprendentes resultados alcanzados.

¿EN QUE CONSISTE EL PROCEDIMIENTO CALDUCH?

Es la pregunta que formulamos a renglón seguido.

—La base del mismo—se nos contesta—la constituye el insecticida ya patentado, el cual se aplica en botellas-mosqueros y pequeñas pulverizaciones en las ramas bajas de los árboles a tratar. Pero su complemento indispensable es el conocimiento exacto de la forma, lugar y, sobre todo, momento oportuno para la aplicación, lo cual hace precisa la intervención de técnicos previamente instruidos por el inventor.

—¿Es caro el tratamiento?

—Los 150.000 árboles que hemos tratado en el año 1953, con técnicos y personal propio, han venido a costar a sus propietarios unas dos pesetas por árbol, por término medio, el tratamiento completo.

Interiormente pensamos que dos pesetas las valen un par de puñados de aceitunas, y de perder la cosecha a salvarla por este precio... la elección no es dudosa.

Se ha hecho tarde y nos despedimos ya. Todavía en la calle, donde nos acompaña Rafael Calduch, le preguntamos:

—¿Cree usted posible el aniquilamiento total, la desaparición, en suma, de la mosca del olivo y la mosca mediterránea? Su contestación es rotunda.

—Si—nos responde—. Si se empleara un tratamiento masivo con mi sistema, de forma sincronizada en todas las zonas afectadas, estoy plenamente convencido de que antes de dos años esas plagas dejarían de existir.

COLOFON SOBRE EL TERRENO

Mañana dominguera de invierno en el pueblo.

Habíamos aceptado la amable invitación de los señores Calduch y Puig para visitar la «zona oficial» y nos encontramos con ellos a la salida de la iglesia.

Al contemplar los centenarios olivos que se ofrecen a nuestra mirada, con sus frutos sanos, opulentos, donde es difícil—casi imposible—hallar una sola aceituna atacada, mientras fuera de esta zona ya la mosca ha hecho de las suyas, nos entra por la vista la palpable realidad de los extraordinarios resultados obtenidos con el procedimiento del señor Calduch.

Nuestro inventor y su colaborador, señor Puig, nos explican con detalle sobre el terreno el ciclo evolutivo del insecto y la mejor forma y momento de atacarlo, mientras nosotros nos figuramos asistir a un cursillo intensivo de entomología agrícola y el fotógrafo impresiona unos centímetros de celuloide.

Se nos aparece evidente cómo la fe y la constancia de ese hombre sencillo de blusa y alpargatas han venido a librar de sus peores plagas las dos grandes cosechas de España: la aceituna y la naranja.

Ramón FERRE BARTRAL

(Fotos Soril.)

Detrás de «Prometeo encadenado» se abre el Museo de la Real Academia

UNO DE LOS MEJORES MUSEOS DE ESPAÑA, APENAS CONOCIDO POR LOS ESPAÑOLES

Enclavado en el centro tradicional de Madrid -la calle de Alcalá, a dos pasos de la Puerta del Sol-, merece por su riqueza la máxima consideración de toda persona culta

tada, que en su día discurrió Churriguera y la Academia se apresuró a sustituir por una puer- ta clásica no bien tomó posesión del inmueble! Sin embargo, allí dentro existe una colección pic- tórica de inestimable valor, ape- nas mencionada en las guías tu- rísticas y desconocida, incluso pa- ra personas que se tienen por cultas, que han vivido toda su vida en Madrid o que en diferen- tes capitales de España, presumen de conocer cuanto de notable y curioso puede verse y es digno de admirarse en esta Villa del Oso y del Madroño.

Reconozcamos que tan rico Mu- seo carece de una instalación proporcionada a su importancia. Aunque el edificio es grande, ha de compartirlo no sólo con la Academia, que lógicamente debe permanecer unida siempre a él, sino con la Escuela de Bellas Artes, que pide a gritos su empla- zamiento en la Ciudad Univer- sitaria. Trata ahora la Academia de adquirir una de las casas de la calle de la Aduana para am- pliar sus instalaciones de todo orden, pero aun así el traslado de la Escuela de Bellas Artes a los terrenos de la antigua Mon- cloa es algo que el buen sentido aconseja, pues no hay razón pa- ra encerrar en el vetusto edificio la explosiva juventud de los fu- turos artistas, más necesitados que otros, por la índole de sus estudios, de amplios horizontes y dilatados panoramas.

UN DECRETO DEL «REY INTRUSO»

El Museo de la Academia com-enzó a formarse con vaciados de escultores y copias de pintu- ras famosas, obras iconográficas y alegóricas representativas de fundadores y protectores o alu- sivas a las primeras solemnidades

AUNQUE la Puerta del Sol y el primer tramo de la calle de Alcalá hayan dejado de ser obligado y diario paso para cuan- tos viven en Madrid o le visitan accidentalmente, el palacio del riquísimo navarro don Juan de Goyeneche, que desde hace casi dos siglos alberga a la Real Aca- demia de Bellas Artes de San Fernando, dista mucho de estar situado «algo a trasmano», co- mo estimaba el célebre filólogo Juan de Iriarte cuando en 1772 se opuso a que la Academia ad- quiriese aquel edificio, vacío a la sazón, pues alquilado, sin con- cluir al parecer, para oficinas de Rentas Reales y Real Estanco del Tabaco, estas dependencias habíanse trasladado a la Casa Aduana, hoy Ministerio de Ha- cienda, pared por medio.

¡Cuántos habrán pasado por delante de ese edificio sin haber sentido otra sensación que la del aire fresco que escapa por la por-

Carta autógrafa de Goya ofreciendo a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el Cristo que durante mucho tiempo figuró en su Museo

*Excmo. Sr.
D. Juan de Goya, Discipulo de la R. Aca- demia de S. Fernando, solicita al Sr. D. Juan de Iriarte que le admita por uno de sus individuos en la clave que fuere del agrado de V. E. y para esto, presenta a V. E. un cuadro original de su invencion, en que se expresa el Sr. Cami- fiado.*

Espera que V. E. le dispensara el favor que solicita, y con el mas profundo respeto se ofrece a las ordenes de V. E. cuya vida hon- rora Dios m.º. en Madrid 5 de Mayo de 1776.

A. S. P. de Goya

Juan de Goya

y hechos académicos. Al decretarse la expulsión de la Compañía de Jesús, en tiempos de Carlos III, pasaron a él las obras de arte procedentes de las colecciones formadas por los jesuitas, y a partir de entonces no dejó de enriquecerse con obras procedentes de los palacios reales y conventos, y allí fué a parar también la colección de Godoy cuando este valido cayó estrepitosamente en desgracia.

Tal vez, con intención de atajar el furor artísticocomercantil de los generales de Napoleón, que les hacía enviar las obras de arte a Francia, su hermano José, «el Rey intruso», llevó a la *Gaceta* un decreto estableciendo un Museo de Pinturas con los cuadros de los conventos suprimidos y los que para completar las diferentes escuelas de pintura fuese preciso elegir en los palacios y sitios reales, prohibiendo severamente la exportación de objetos artísticos. Quizá no fuese ajeno a tanto rigor cierto deseo de seleccionar entre los mejores aquellos que podrían enriquecer al Museo del Louvre; pero de momento encoñtróse la Academia de San Fernando con un verdadero tesoro, pues en ella se depositaron tablas, lienzos, dibujos, grabados y esculturas de valor incalculable, si bien cuando la Patria recobró su total independencia muchas de esas obras volvieron a las fundaciones religiosas, casas nobiliarias y Real Patrimonio, de donde procedían.

En 1819, por orden de Fernando VII e iniciativa de su esposa, doña María Isabel de Braganza, y en el edificio construido para Museo de Ciencias Naturales, se abrió al público el de Pintura y Escultura (el actual Museo del Prado), y allí hubo de enviar la Academia los admirables desnudos de Rubens, Tiziano, Veronés, Durero, etc., que por «nefandos» habíanse guardado primero en el Palacio de la plaza de Oriente y después en la Academia, casi ocultos a las miradas públicas.

Todavía, hacia fines del siglo pasado, con pretextos más o menos laudables, sufrió el Museo de la Academia muy sensibles pérdidas, entre ellas las dos «Majas» y el «Cristo» de Goya, obra esta última que nunca debió salir de allí habida cuenta que fué entregada expresamente por su autor a la Academia al solicitar su ingreso en la Corporación, y en la que por cierto, debido a su sordera y su carácter, no fué nunca el genial artista persona muy grata. También se vió desposeída en esa misma época de tres magníficos Murillos, entre ellos el famoso «Santa Isabel de Hungría curando a los leprosos», que no paró hasta la sevillana Academia de Bellas Artes.

Pese a todas estas segregaciones, tal era la riqueza almacenada en el Museo de la Academia... Almacenada, sí. Durante muchos años; raros fueron los visitantes que tenía el Museo, pero menos los que lograban ver lo que allí se guardaba. Sin espacio, sin luz, en oscuros salones y angostos pasillos, más almacenados que expuestos al público, resultaba difícil, cuando no imposible, contemplar a placer aquellas obras de relevante mérito. Y la que, desde luego, permaneció arrinconada por espacio de muchos años



Angulo de la sala de Goya, señora y señora del Museo.



Un rincón de la tranquila y recoleta sala de Zurbarán

en sótanos y otras dependencias secundarias del edificio, y en completo olvido durante el turbulento período de nuestras guerras peninsulares del siglo XIX, fué la magnífica colección de más de tres mil dibujos, de la que luego hablaremos, aunque a la ligera.

LA SALA DE GOYA, SEÑORA Y SEÑORA DEL MUSEO

A la ligera también recorreremos las salas de este Museo, casi ignorado. Y no por falta de curiosidad o de interés. Es que gentilmente nos acompaña en la visita el secretario general perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes, don José Francés, que acaba de cumplir sus veinte años en el cargo y no queremos saber cuántos de edad, pero cuyo brío juvenil desmiente a su partida de nacimiento. Hombre de actividad extraordinaria, consagrado en

cuerpo y alma a su tarea, tiene tiempo para todo sin quedarle tiempo para nada; pero jamás le falta una sonrisa de gran señor para tirar una hora por la borda.

Tiene Francés la facultad de trabajar rápida y acertadamente, pero la discreción más elemental aconseja no robarle su tiempo a persona tan atareada como amable y de quien en una charla, amena e instructiva como suya, acabamos de obtener las precedentes noticias acerca de las vicisitudes del Museo de la Academia. Se empeña, sin embargo, en acompañarnos en nuestro recorrido por las salas. Ya están cerradas para el público. Son las dos de la tarde. La calle de Alcalá se ha quedado muda. Madrid está almorzando. Pero Francés, el único secretario perpetuo que no tiene casa en su Academia, por la poderosa razón de que en ésta no hay espacio para él, con una calma de buen to-



Estudio del natural realizado por Velázquez para el retrato del cardenal Borja. Este valiosísimo dibujo fué, en un tiempo, tasado en «cuatro reales»...



Estudio de Carreño Miranda para el retrato del rey Carlos III.

no, contra la que se estrella y deshace mi prisa y cortesía, va diciéndome:

—... Y aquí tenemos la sala de Goya, señora y señora del Museo. Más completa estaría con el inquietante desnudo de la bruja madrileña y el cuadro religioso de que antes le hablé. Sin embargo...

—¿Qué opina usted—interrumpo—de la afirmación de un joven y celebrado escritor que llama a Goya «macho cabrío ensuciador de bellezas»?

—No sabía nada; pero todos hemos sido alguna vez jóvenes y celebrados escritores... Este retrato de Moratín, ¡qué maravilla! Si alguien me hiciese la vana pregunta, tan frecuente, de cuál es la obra que más estimo de todas las aquí reunidas, señalaría ésta, desde luego.

—Pues yo, en caso de incendio, y no precisamente por estar más cerca de las puertas, me llevaría «El entierro de la sardina», el

«Hospital de locos», «Los disciplinarios» y la «Escena de la Inquisición».

—Convendría, en ese caso, que solicitase ayuda y pusiera a salvo también la «Tirana», los retratos de Munárriz y Villanueva y éste de Godoy, tan espectacular.

—De Godoy preferiría llevarme el retrato que le hizo Esteve, cuando el futuro Príncipe de la Paz era un simple guardia de Corps.

—Simple... hasta cierto punto, pero guapo y apuesto, al menos en la opinión de quien tanto contribuyó a su engrandecimiento...

—Y a su caída.

Contigua a la sala de Goya se abre la recoleta y tranquila consagrada a Zurbarán. Sorprendente efecto de majestad y austero españolismo—apunta mi ilustre guía—causan estos retratos de monjes con sus hábitos blancos y sus rostros agudos de expresión y sus actitudes estatuarías. Diríaseles custodios de la esplendorosa riqueza que en esta sala o esparcida por otras proclaman el valor de nuestra pinacoteca: «La Magdalena rodeada de ángeles», de Ribera; el «San Diego dando de comer a los pobres», la «Resurrección del Señor», «El éxtasis» y la «Magdalena», de Murillo; «La Porciúncula» y «Aparición de la Virgen a San Antonio», de Claudio Coello; «La contemplación mística de San Agustín», de Rubens; «La Cena», de Juan de Juanes, y otras de Alonso Cano, de Ricci, de Bellini, de Morales, de Carducci, de Jordán...

Velázquez está representado por los retratos de doña María Ana de Austria y de Felipe IV; Carreño Miranda, por el de la Reina viuda Mariana de Austria; el delicioso Fragonard, por el «Sacrificio de Calipso»; Rubens, por «La casta Susana»; Van Loo, por «Mercurio, Venus y Cupido»...

—¡Mire usted que mezclar a Mercurio con Venus y Cupido!...

—Sus razones tendría para ello el pomposo Van Loo.

En una sala especial luce con toda su prestancia la colección extraordinaria de retratos debidos a Vicente López; el canónigo Varela, el general Castellós Rius, el ministro González Salmón, el Rey Francisco I, González, Velázquez, las Braganzas...

—Como los académicos profesionales—me explica Francés—al ingresar en la Corporación ofrecen una obra original, ha sido posible formar una sala especialmente dedicada a la pintura moderna; aquí verá usted lienzos de Muñoz Degraín, Sorolla, Santa María, los Martínez Cubells, López Mezquita, Alvarez de Sotomayor, Domingo Marqués, Bilbao, Garnelo, Moreno Carbonero, Hermoso... Y esculturas de Blay, Benlliure, Clará, Inurria, Capuz, Moisés de Huerta...

En lo que fué capilla del antiguo palacio puede admirarse el magnífico «Cristo» de Leoni y el «San Bruno» de Pereira, porque también la escultura está representada en el Museo, y no sólo por las obras citadas, sino por numerosos busto-clásicos, algunas estatuitas y grupos del período neoclásico, amén de los grupos de la «Matanza de los Inocentes», original de José Ginés, que pertenecieron a un famoso

Nacimiento del Palacio Real y obra expresiva, apasionada y palpitante de sentido dramático—comenta Francés—a la manera popular.

MODERNIZACIÓN DE INSTALACIONES

Se trabaja incesantemente en el Museo por mejorar las instalaciones, ampliándolas, modernizándolas a tono con las circunstancias y necesidades actuales. Acertadísimas fueron las reformas llevadas a cabo bajo la dirección del llorado don Pedro Muguruza y la instalación de las dos salas de escultura por Sánchez-Cantón, de sobriedad y buen gusto admirables. La máxima preocupación de estos momentos consiste en exponer debidamente los tres milares de dibujos que tiene el Museo. ¡Y qué dibujos! Velázquez, Murillo, Rafael, Tiziano, Rubens, Tintoretto, Temers, Claudio Coello, Van Dick, Veronés, Mengs, Fortuny, Rosales... De valor inapreciable—aunque una nota antigua, puesta al pie, indica la tasación: «reales»—el estudio del natural hecho por Velázquez para el retrato del cardenal Borja, que se halla en el Museo de Francfort, y otro, en lápiz negro y rojo, de Carreño Miranda, para el de Carlos II, que guarda el Museo del Prado.

No es tarea fácil montar todo esto. Mucho la alivió el conde de Romanones mientras fué director de la Real Academia, quien de su bolsillo particular—¡oh la tradicional y convencional tacañería del conde!—costeó los gastos de la primera instalación. Y ahora, llevado a la Dirección de la Academia el artista insigne, fecundo e infatigable, que es don Fernando Alvarez de Sotomayor, puede darse por hecha esa y otras reformas que proyecta su cierto espíritu de organización.

EL SEGUNDO MUSEO PICTORICO DE ESPAÑA

—La cosa marcha—me dice don Fernando mientras hace girar velozmente la punta de las tijeras



Manuel Godoy, pintado por Esteve, cuando no era más que eso: un joven guardia de Corps...

sobre el brazo de su sillón para dotarle de un agujerito más—. Y mejor marchará, porque el Generalísimo así lo quiere. Fui a El Prado, le expuse la situación y el Caudillo, entusiasmado, me esbozó un atinadísimo plan, que ya estamos poniendo en práctica... Ese Museo, en materia pictórica, es el segundo de España. Sólo le aventaja el del Prado. No hay razón alguna para que permanezca ignorado, como prácticamente venía sucediendo. Prueba de ello que unos simples cartelitos que mandé fijar en las agencias de turismo y en algunos establecimientos frecuentados por el público aficionado, bastaron para que en un par de meses aumentase ensiblemente el número de visitantes. Y en todos el mismo gesto de sorpresa, la misma exclamación: «¡Yo no sabía que aquí se guardaba tanta riqueza!». La cosa marcha, desde luego.

Y la emprende con otro agujerito.

—¿Confía usted en que la Academia entrará pronto en pleno y absoluto disfrute de su casa de la calle de Alcalá?

—Así tiene que ser por lógica, conveniencia y necesidad.

—El Museo entonces podrá ensancharse de manera notable.

—Y la sala de dibujos, por sí sola, merecerá la visita.

—Hoy día, sin embargo, las salas habilitadas ofrecen sobrado interés y todas las comodidades que puede apetecer el visitante.

—De acuerdo; quedan por colgar aún obras de cierta importancia...

—¡Es usted incansable! Porque en el Prado también está realizando reformas...

—[Eso no es nada! Pero como nos van a dar dinero...

—¡Hola!

—Ya sabe usted el interés que le inspira al Caudillo todo lo referente a la pintura. Había algunos inconvenientes burocráticos para lograr los créditos precisos y el Generalísimo, con su concepción realista y sentido práctico de las cosas se dispone a salvarlos (1).

—En resumen: que ahora dirige usted los dos museos más importantes de España.

—¡Bueno, bueno!...Pero en el Prado tengo a Sánchez-Cantón, y en el de la Academia, a la Comisión del Museo. Y como ganas de trabajar no me faltan...

—¡Encanta oírle a usted expresarse con ese entusiasmo!

—Soy joven todavía...—comenta con su fino humor galaico.

Sí, es verdad. Y con esa juventud mejor que la edad en que los ojos brillan sin ver, juventud que sale del alma, que construye sin destruir, que ama sin odiar. Algo de esto le he dicho a don Fernando en su despacho de director del Museo del Prado. Don Fernando prefiere, a contestarme,

(1) Días después de escritas estas líneas, el Consejo de Ministros tomó el acuerdo de que pasase a las Cortes el proyecto de ley sobre la concesión de un crédito reintegrable al Patronato del Museo del Prado, con destino a obras de ampliación.



«Comiendo en la barca», obra apenas conocida de Sorolla y, sin embargo, considerada entre las mejores del famoso artista. Figuro mucho tiempo en el comedor de la casa del conde de Romanones, quien al morir la legó a la Real Academia de Bellas Artes, que hoy la exhibe en su Museo

ensanchar un agujerito de «los antiguos»...

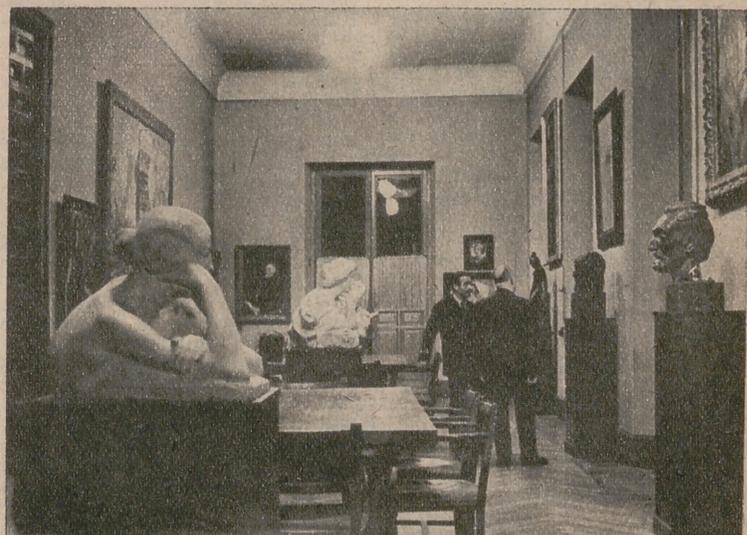
Tres horas en el Museo del Prado le permitieron a Eugenio d'Ors escribir una de sus más jugosas obras. Una hora en el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando no podía permitirme a mí, naturalmente, sino trazar este conato de reportaje, con mejor voluntad que acierto. Mi buena intención me valga... Que por lo menos sirva, tal es mi deseo, para contribuir a la divulgación de la existencia en pleno corazón de Madrid de un tesoro artístico asequible a todos y que en todos aquellos que le visiten dejará recuerdo perdurable. «Un día pasado en el Museo del Prado—escribió Edmundo de Amicis—es un año de vida en el cual se han leído mil volúmenes, experimentado mil afectos y corrido mil aventuras.» Pues de una hora pasada en el Museo de la Academia bien puede asegurarse que será de las que más noblemente hayan podido invertirse.

Vicente VEGA

(Fotografías de Morax.)



Escultura de Miguel Blay, acertada expresión de la figura femenina que «le llevába» en los primeros años de este siglo



Un aspecto de la sala de Pintura y Escultura modernas

Acaba de salir "HERÁLDICA ESPAÑOLA"



Un libro que servirá de orientación a muchos que no conocen la nobleza de sus antepasados

Se han estudiado más de seis mil apellidos de origen español

Martínez Betrón hace compatible el ejercicio del periodismo con la tarea de investigar archivos

MARTINEZ Betrón nos habla de su libro «Heráldica Española» en la sala de lectura del Club de Prensa. Junto a nosotros, la pantalla del aparato de televisión da una impresión de las inquietudes de nuestro tiempo, del humor y del arte de hoy. La palabra del autor, por el contrario, se refiere a escudos y blasones, timbres de pasadas glorias. Martínez Betrón cuenta del filón heroico y de la nobleza de cien generaciones de españoles reparadas por el mundo entero. Y explica que no ha olvidado recoger en su obra la procedencia y los blasones de esos apellidos «vulgares» de los Pérez, Gómez, Fernández..., que pronunciamos a veces con ironía.

Martínez Betrón hace compatible el ejercicio del periodismo con la tarea de estudiar archivos para ofrecer a las generaciones de hoy un panorama de su noble ascendencia. Cuando se pierden tantas cosas y se olvidan tantos conceptos, conviene realzar los títulos de nuestra casta. Como símbolo y gloria. «Heráldica Española» es el resultado de años de trabajo del autor. El libro se nos ofrece presentado por el periodista Juan Rico Martín, que ha prestado su apoyo para editarlo.

Mientras la pantalla de televisión nos presenta las imágenes de un mundo que inaugura la era del átomo con pasos vacilantes, Martínez Betrón y Rico Martín nos dan, con su obra y sus palabras, la confianza en los Pérez, Gómez y Fernández de hoy. Los forros y las cimbras, las figuras y los esmaltes de sus blasones determinarán las conductas de los caballeros españoles. Estos serán siempre fieles a una estirpe y a una civilización que no se pueden destruir con ninguna energía termonuclear. ¡Nobleza obliga!

LA HERÁLDICA, CONOCIMIENTO HISTÓRICO Y SOCIAL

CARMEN M. DEBEN. — ¿Por qué se dedica al estudio de la heráldica?

MARTINEZ BETRÓN. — En primer lugar, por curiosidad. Lo antiguo y lo anecdótico ejercen en mí poderosa sugestión. Des-

cubrir pergaminos y viejos tratados son satisfacciones que compensan todos los sacrificios del investigador. Empecé por simple afición y hoy no podría apartarme de estos trabajos. En segundo lugar, me dedico al estudio de la Heráldica por considerarla muy importante desde el punto de vista histórico y social.

ALFONSO BARRA. — ¿Qué finalidad se propuso al escribir su libro?

MARTINEZ BETRÓN. — Crear una obra de Heráldica al alcance de todos. Hacer una obra de divulgación dedicada a los no iniciados en el estudio de esa ciencia. Dar a la publicidad un texto que sirva para despertar la afición a esos conocimientos. No he intentado, de ninguna manera, dar una lección a nadie sobre la materia.

CARLOS ALVAREZ. — ¿Cómo definiría su obra?

MARTINEZ BETRÓN. — Se trata de una recopilación. He recogido en ella el relato de 350 apellidos españoles, con la reproducción de sus escudos y blasones. Al seleccionar, he dedicado especial atención a los apellidos más propagados. A los Fernández, Gómez, Pérez, Hernández..., llenos de grandeza histórica muy poco conocida. La mayoría de las familias que llevan esos nombres ilustres ignoran la procedencia y especie de sus blasones. El libro servirá de orientación a muchos que no conocen la nobleza de sus antepasados.

(Hojeamos la obra. Vemos que los García ostentan un precioso escudo con una garza natural sobre fondo de plata. La bordadura, en azul, con ocho aspas de oro. Nos enteramos, además, que proceden de la rama de Garcí-Giménez, Rey de Sobrarbe, que ayudó—¡nada menos!—al mismo Don Pelayo. Un señor se acerca a nosotros. Examina detenidamente el escudo y se aleja andando con orgullo. ¡Es el señor García!)

CARLOS ALVAREZ. — ¿Qué documentación ha utilizado para escribir su libro?

MARTINEZ BETRÓN. — He tenido que manejar una infinidad de fuentes y estudiar muchos archivos. ¡Y todo es poco!...

SE HAN ESTUDIADO MÁS DE SEIS MIL APELLIDOS ESPAÑOLES

CARMEN M. DEBEN. — ¿Hay muchos tratados españoles de Heráldica?

MARTINEZ BETRÓN. — Hay bastantes, y algunos son excelentes. Las obras de Francisco Piferrer y de García Carraffa gozan de méritos notables. La de este último investigador tiene setenta tomos, y no ha pasado de la letra P. Julio Atienza ha reseñado más de seis mil apellidos, todos de origen español.

ALFONSO BARRA. — ¿Qué clases sociales se interesan especialmente por la Heráldica?

MARTINEZ BETRÓN. — La clase media da el mayor número de aficionados; principalmente entre las familias arraigadas en pueblos o localidades pequeñas. Sin embargo, no hay que olvidar que para ser un buen investigador se requieren cualidades especiales. Se ha de poseer un cultivado sentido de la interpretación artística, dentro del marco de una rigurosa reglamentación heráldica.

ALFONSO BARRA. — ¿Se conoce su obra en América?

MARTINEZ BETRÓN. — La conocen y se reciben numerosos pedidos de ejemplares. En Hispanoamérica tienen un superior interés por estos estudios. Nos envían innumerables comunicaciones para solicitar informes. Allí la Heráldica va ligada al problema de sangre; de la historia de los apellidos se pueden deducir datos fundamentales para la Etnografía. Mi trabajo ha sido tan bien acogido en aquellos países que tengo en proyecto otro libro, dedicado especialmente a relatar

los apellidos americanos de origen español. Este estudio encierra, naturalmente, serias dificultades.

PARA OSTENTAR LOS BLASONES HAY QUE ACUDIR A LOS REYES DE ARMAS

CARMEN M. DEBEN.—¿Quién reconoce el derecho a un escudo o blasón?

MARTINEZ BETRON.—Existen para ello unas Juntas. Son las encargadas de dictaminar sobre la autenticidad de las alegaciones y las que señalan las categorías de las figuras y símbolos que se ostentan. Los heraldos, los reyes de armas, desempeñan una función importantísima. Originariamente eran quienes, en las cortes de la Edad Media, llevaban y traían mensajes trascendentales, ordenaban las grandes ceremonias y cuidaban, además, los registros de la nobleza. Actualmente vienen a ser como notarios de la nobleza. Hoy en día el decano de los reyes de armas es el marqués de Ciadoncha.

(Rico Martín ha escuchado en silencio hasta ahora. En la pantalla de televisión aparece un plano de una casa con un escudo en el dintel de la puerta principal. Entonces Rico Martín nos explica el significado de las figuras. El lebril es símbolo de gobierno de plazas de importancia. Añade que la cadena con la que el animal permanece atado a un árbol es representación de amor, castidad y templanza. Nos aclara el origen de las cimbras, penachos de plumas con los esmaltes del escudo. Dice que antiguamente se denominaban quimeras. Las utilizaban los guerreros para sembrar con ellas el pavor entre los enemigos y para hacerse conocer en el combate. Solían ser de cuero y se ataban con tres correas. Le preguntamos si aquellas cimbras o quimeras son el antecedente remoto de algunos sombreros femeninos contemporáneos. Pero Rico Martín no responde a nuestra curiosidad. Y nos quedamos convencidos de que las cimbras sirven de inspiración a los creadores de algunos modelos de sombreros. ¿Por qué no?)

CARLOS ALVAREZ.—¿Ha editado usted el libro por su afición a la Heráldica?

RICO MARTIN.—Ha sido el libro, precisamente, lo que me ha hecho sentir afición por estas materias. Antes no entendía nada de Heráldica, y ahora estoy tan «venenado» como Martínez Betrón. Es un tema apasionante.

CARMEN M. DEBEN.—¿Qué libro prefiere editar?

RICO MARTIN.—Las obras literarias de escritores jóvenes. Con mi casa editora aspiro a recoger parte de la gran producción intelectual madrileña. La industria del libro radica en Barcelona principalmente; con ella no se puede competir. Sin embargo, el escritor de Madrid necesita, en muchos casos, la empresa situada en su misma capital, que viva junto al autor los afanes de la publicación. Es necesaria una empresa editora que comprenda y sienta las inquietudes de los que empiezan. Yo me he entregado a esa tarea que, si en ocasiones no me hace rico, me ofrece, sin embargo, la alegría de alentar el



Martínez Betrón firmando una dedicatoria en un ejemplar de su «Heráldica española»

desarrollo de las letras donde éstas precisas: más amparo y ayuda.

CARMEN M. DEBEN.—¿Qué blasones elegiría para su casa editora?

RICO MARTIN.—Me conformaría con una leyenda que dijera, poco más o menos: Lo que no se gana en bienes materiales se gana, siempre, en satisfacción moral.

(Suponemos que con esa prueba de nobleza en sus fines, cualquier escritor, convertido en rey de armas, autorizaría a Rico Martín a cargar los cuarteles de su escudo con los símbolos de la honradez.)

EL LEÓN Y EL CASTILLO, LAS FIGURAS MAS TRADICIONALES EN ESPAÑA

ALFONSO BARRA.—¿Qué figuras o timbres tienen mayor categoría?

MARTINEZ BETRON.—El águila, el león y el castillo son de las figuras preferidas. Pero el número de las piezas que pueden adornar los escudos es ilimitado. Sirve cualquier emblema de las cualidades del poseedor o de su

familia, de su valor, de los sucesos en los que intervino... El timbre, pieza de la parte superior del escudo, puede consistir en una corona, mortero, celada, yelmo, cimera, tiara, capelo... La celada es el principal timbre de las armerías. Su categoría viene determinada por muchos requisitos. La celada de los escudos reales es en oro cincelado, con la visera enteramente abierta y sin rejillas. Los duques no soberanos ostentan celada de plata, de frente; forrada de gules y con nueve rejillas claveteadas. Los marqueses, por ejemplo, tienen celada de plata, de frente, forrada de rojo y con siete rejillas.

ALFONSO BARRA.—¿Qué figuras son más tradicionales en España?

MARTINEZ BETRON.—El león y el castillo. Las flores de lis, de origen francés, se prodigan en nuestras armas también.

CARLOS ALVAREZ.—¿Todo ti-

Juan Rico y Martínez Betrón encajan sonrientes las preguntas de los entrevistadores



tulo de nobleza ha de poseer escudo?

MARTINEZ BETRON.—Siempre que se otorga un título de nobleza se conceden con él los blasones representativos. La categoría de nobleza se tiene en cuenta por la corona, del yelmo. Los yelmos, a su vez, y según su posición, tienen distinto significado. Mirando al lado diestro, hidalguía; al siniestro, bastardía, y al frente, nobleza.

HAY QUIENES OFRECEN CUALQUIER PRECIO POR POSEER EL ARBOL GENEALOGICO

ALFONSO BARRA.—¿Se reconocen en la actualidad nuevos blasones?

MARTINEZ BETRON.—La Heráldica no es una cosa muerta. Siempre es posible cargar el escudo con nuevas figuras, si para ello se sigue el procedimiento establecido. De la misma forma que los griegos concedían a sus hijos los escudos en blanco, y éstos, por sus méritos los iban cargando, igualmente existe hoy esa posibilidad. Los blasones se heredan, pero también se ganan. Si reclamamos honores de nuestros antepasados, entonces la pieza fundamental para apoyar la pretensión será el árbol genealógico.

CARLOS ALVAREZ.—¿Ha estudiado usted su árbol genealógico?

MARTINEZ BETRON.—¡Aun no he tenido tiempo! Lo que sí puedo decir es que me han hecho propuestas, en determinadas ocasiones, para «suministrar» a cualquier precio un árbol genealógico.

CARMEN M. DEBEN.—¿Cuánto puede costar uno de esos estudios?

MARTINEZ BETRON.—Hallar la serie de progenitores y ascendientes es un trabajo minucioso, que exige desplazamientos y tiempo. Hay, como en todo, genealogistas con sentido de la honorabilidad y personas que intentan comerciar con la hidalguía. En todo caso, una investigación de este tipo puede suponer bastantes miles de pesetas.

ALFONSO BARRA.—¿Cree que los periódicos deberían dedicar una sección a temas de Heráldica?

MARTINEZ BETRON.—Hay muchas publicaciones españolas que tratan estas materias. Yo escribo en las revistas «Juventud», «Teresa» y «Sira» las secciones filiales de Heráldica. También en Radio Intercontinental me he encargado de un espacio semanal dedicado al mismo tema. El público demuestra mucho interés. Ahora tengo el proyecto de montar unas emisiones de esta especialidad para ser televisadas. Será el primer programa de Heráldica en el mundo de la televisión.

(Nos parece que las pantallas de los aparatos receptores se ennoblecen cuando lleven a los hogares las imágenes de los escudos de armas. Nos figuramos las palomas, las águilas y las garzas de los cuarteles surcando invisibles los aires. Acompañadas de forros de armiños y rosas en gules. La Heráldica, en vuelo por el espacio, llevará, sin duda, un poco de belleza por el mundo. Lo que ya es algo en estos tiempos que vivimos.)

(Fotografías de Mora.)

COSTA DEL SO

Por Ledesma Miranda (Especial para EL ESPAÑOL)

DE LA BAHIA A TARIFA

En la isla de las Palomas está el faro meridional de Europa



Fondeadero de Tarifa con el castillo de Guzmán el Bueno al fondo

JUNTO a los suntuosos automóviles de los mercaderes hindúes de Gibraltar, hay unos cochecitos malteses, con más de un siglo de existencia, frágiles carruajes costeros con sus cortinillas de dril tirados por un caballo; son los cochecitos de la Bahía, parecidos a los de Nápoles en otro tiempo, y a los que la población de la ribera llama graciosamente «jurelitos», aludiendo al pez menudo que recoge en las redes de los pescadores. Hemos alquilado uno de estos cochecitos que nos llevará de San Roque a Algeciras.

Quizá el aspecto de la Bahía que más asombra a Paulina Ferrand es el de la pululación incesante y animada de su abigarrado cosmopolitismo. La Bahía constituye todo un conjunto político-histórico, cuya variedad de caracteres es, en efecto, sorprendente. El cochero que arrea nuestro caballo es un siciliano con cerrado acento andaluz. Así hallaremos ingleses, holandeses, marroquíes, israelitas, hindúes... Una Babel que ha aceptado, en la confusión de lenguas y estilos, el español ceceante para intentar salir de su propio laberinto.

—A ese abigarrado conjunto llamamos «la Bahía», así, con mayúscula. Es como el asilo de esa España «traducta», resultado de acarreo y trasiego humanos, que parece de tránsito y, sin embargo, ha echado raíces. Y esa variedad de aspectos y sentidos no podía flotar en otra esencia que la del andalucismo, por su infinita ligereza que todo lo absor-

bé y asimila, sin atentar al carácter originario.

—¿Siempre ha tenido esto el mismo carácter?—pregunta Paulina.

—En otro tiempo la Bahía estaba sembrada de posadas y ventorros, y el mundo de judíos, ingleses, italianos y musulmanes que poblaba la ribera acababa entregándose al fandango y a la copla en los bailes de candil. Hoy quedan menos ventorros y menos coplas, el auto del llanito enriquecido corre la cornisa y licencia poco a poco al «jurelito» trotador, como la samba al bolero y el whisky a la manzanilla de Sanlúcar.

LA CIUDAD DE CARTEYA

Son varios los riachuelos que afluyen a la Bahía, formando esteros y médanos. Inmediato a San Roque discurre el Guadarranque. En una de las laderas hay los restos de la antigua Carteya, la poderosa ciudad fenicia dueña de la más importante flota de Occidente y superior y más nombrada que la misma Cádiz. Un acceso a Carteya es el de la finca de Guadacorte, antaño de Larios y hoy del marqués de Butte. Se halla en una tupida selva de eucaliptos que orilla el Guadarranque, hasta cerca de su delta, y cruzando el río, en una barca, se llega a la finca del Rocadillo. La ciudad de Carteya está enterrada bajo las colinas y los cimientos del caserío, en las



Adarves y almenas del castillo de Tarifa

inmediaciones del mar y del río. Con frecuencia, un labrador que está arando aquellos predios se detiene porque la reja ha tropezado con la materia dura de un trozo de basamento o de solería. Los zagales coleccionan monedas fenicias, griegas y romanas, que venden a los mercaderes y anticuarios. Bajo la casa del Rocadillo está el llamado Baño de la Reina. En una eminencia próxima (la acrópolis de la ciudad) se halla el recinto cuadrado de la llamada Torre de Cartagena (corrupción, sin duda, de Cartayena o Carteyena), con sus recios murallones púnicos sobre los que hay la iniciación de una torre a uno de sus ángulos. Desde el murallón del castillo se domina la Bahía, la embocadura del Estrecho, la costa de Africa y las dunas del Guadarranque y del Palmones. Si pensamos que, desde Puente Mayorga a la playa de Palmones, no hay metro de tierra donde no exista huella de esa monumental Palmira del foso heracleano, concebiremos fácilmente que ésta pudiera ser un día el gran asilo y fondeadero de toda la navegación antigua de Occidente, y que la flota romana, llamada por la ciudad de Cádiz para sacudir el yugo de la tiranía cartaginesa, anclase cerca de sus ciclópeos muros.

ALGECIRAS

Múltiples cortijos y caseríos, al lado de grandes fincas y vinculaciones se extienden por todo el hemicírculo. Los árboles de las heredades —el ciprés, el eucalipto y la palmera—, cuyos linderos son, a veces, murallas de nopales, se alzan, en heroica lucha, con la meteorología adusta del Estrecho. Los atroces levantes abrasan las cumbres de los árboles y doblan los fustes de las palmeras. La

Torreón del castillo de Guzmán el Bueno

gran avenida del mundo está continuamente visitada por los huracanes. El choque de dos mares la entrega a perpetua lucha. La mayor presión es la del Atlántico, pero el levante representa la decisión del lago Mediterráneo por abatir al gigante del Atlas y la resistencia de éste a dejarse sojuzgar.

Otro de los ríos de la Bahía, el río Miel, sitúa al pueblo de Algeciras. Si La Línea aparece agazapada en el Peñón, como un molusco adherido a la grisácea roca, Algeciras, al extremo Oeste, hace frente a Calpe y se adelanta a él desde su Isla Verde.

Algeciras es un pueblo montañés, de aire africano, cuyos primitivos pobladores, fenicios de la Mauritania, fugitivos de la dominación romana (igual que los de Tarifa), no hicieron sino reconocer, en los moros invasores, a amigos y paisanos. Mas en la actual ciudad predominan los rasgos de la Historia moderna sobre la antigua, la claridad y regularidad dieciochesca de sus calles, edificios y balconajes sobre la ciudadela tortuosa y el zoco abigarrado.

Hemos despedido el cochecillo. Llegamos a Algeciras al atardecer. Visitamos el puerto, subimos al mercado... Nuestros pasos nos llevan al delicioso parque que lleva el nombre del general Castaños. Al descender ponemos rumbo al hotel Cristina, hermano gemelo del Alamar de Marbella, con sus alamedas festoneadas de esbeltas palmeras y plataneros y sus taludes de alhelíes y geranios. Entre los árboles se atisba el Peñón y la entrada del Estrecho.

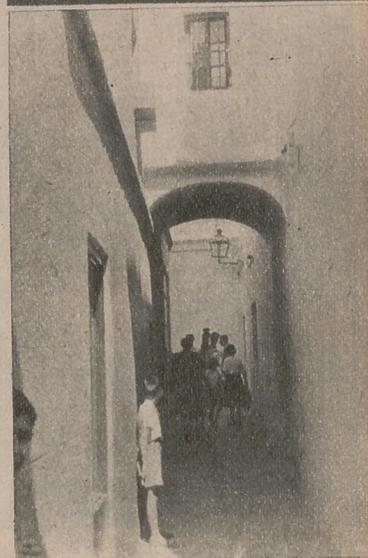
Allí, en la terraza del hotel Cristina, donde hemos tomado un refrigerio, ha empezado a anochecer...

LA CORNISA DE PELAYO Y LA COSTA DE AFRICA

A esta hora de la mañana concurren los primeros coches de



Calle de San Francisco, una de las más típicas de Tarifa



El típico callejón del Lorito

línea, ante los bares y cafés recién abiertos, en la calzada del muelle. Las luces del Peñón se han extinguido como si el gigante descabezase un sueño matinal. El faro de la isla Verde ha suspendido su diálogo con el de Calpe, en Punta Europa. Y en el muelle pesquero algunos faluchos derraman sobre el agua inmóvil la llama de sus linternas. Nos hemos acomodado en nuestros asientos del autocar de Cádiz. Nos detendremos en Tarifa, término de nuestro recorrido por la Costa del Sol.

El coche cruza el puentecillo del río Miel, a su desembocadura, y comienza a ascender al estribo de la sierra de las Utreras. Ahora damos la espalda al Peñón y a la Bahía y corremos hacia el Atlántico. Desfilan a nuestro paso encinas y chaparros, jarales y lentiscos, el último mirto mediterráneo, el solitario ciprés, el olivo y el pino marítimo. Pronto salimos del corredor montañoso, que ha tapiado, a Occidente, el paso del Estrecho, a la visión de la «gran avenida del mundo»



Jardines sobre el paseo del Generalísimo Franco. Al fondo, un pedazo de la antigua muralla de Tarifa



Antigua vivienda tarifeña

bañada por el primer sol de la mañana. Visto el Estrecho desde la cornisa de Pelayo, parece hundirse en un gran foso. La línea montañosa de la costa africana asciende y desciende como un oleaje petrificado que se inicia en Abyla para acabar en el cabo Espartel, donde el fao de Tánger se enfrenta al de Tarifa. Vamos como en picado sobre Tari-

fa, vértice de Europa, ménsula del mundo conocido, que parece sostener, por un prodigio de equilibrio, el edificio de una civilización milenaria.

TARIFA, ETERNA SEDUCTORA

Con sus murallas de ocre y sus verdes árboles, como una adivinación de España, Tarifa ha jugado en la Historia el papel de eterna seductora. Y ha avanzado, promisoramente, sobre el callejón del Estrecho hasta casi tocar con su mano, esa mano que se cierra en la isla de las Palomas, las rocas de Tánger. Después ha defendido su independencia, su recato y su misterio.

Hemos llegado a Tarifa en las primeras horas de la mañana. Trasponemos la puerta de Jerez, que se abre en la muralla. Tarifa está rodeada de murallas. Vista, hace unos momentos, desde la altura, cuando el coche avanzaba por la carretera de Cádiz, era un pueblo marroquí con sus alminares y con sus palmeras. Al descender, se pierde la visión panorámica y la ciudad queda enclaustrada entre sus almenas.

Sabemos que al llegar a Tarifa nos hallamos en el punto más «estrecho» del Estrecho. Desde la escollera de la isla de las Palomas no hay sino catorce kilómetros a la costa africana.

Es opinión de geólogos y cosmógrafos que el Estrecho aun fué más «estrecho» hace mil años. ¿Ha ganado con los años «una mitad de anchura» como asegura don José Armengol Triviño, historiador de Tarifa? ¿Acaso cuando Tarif-ben-Malek, que le dió nombre, puso su planta en ella, el salto desde Africa sólo había sido una pirueta de cinco o seis millas? ¿Subsiste aún, como un impulso «retardado», la fuerza orogénica que disgregó los dos continentes y ha simbolizado la gran hazaña de Hércules? El hecho es que los antiguos cosmógrafos y viajeros y especialmente el «tarifeño» Pomponio Mela («De situs orbis») cifraron en cinco a seis millas la anchura del Estrecho por esta parte. Tarifa había sido población fenicia y, después, romana. Edrisi, el geógrafo árabe, describe sus murallas púnicas en el siglo XII. El carácter de trasiego entre las dos orillas que señalábamos aludiendo a Carteya, se acentúa en Tarifa, cuya primera población histórica fué la «otra Tánger» («Tingis Alte-

ra»), aquel haz de labriegos africanos que escapó al hemiciclo de montañas, donde apaciblemente vivía, y cruzó a Tarifa, a la muerte de su príncipe, huyendo de un Gobierno romano. Estos acababan honrando a César, que concluía la paz con España, y llamando a Tarifa «Iulia», «Iulia Traducta» o Iulia trasladada, en los años de la paz venturosa. Cuando los marroquíes, al mando de los caudillos árabes, entraron en Tarifa, no hicieron sino reconocer en sus moradores a hermanos de raza que conservaban muchas de sus antiguas tradiciones.

LOS MIRADORES DE LA CIUDAD

A esta hora de la mañana aun estan cerradas las puertas de los comercios, mas las campanas de San Mateo y San Francisco, que tocan a misa, llaman a los fieles y poco a poco renace la ciudad. Es una hora de indecible encanto en la que el sol, aun tibio y suave, ilumina los cubos y murallas, las almenas del Alcázar y las palmeras de las plazuelas solitarias. Acudimos a San Mateo una de las dos iglesias parroquiales, con su noble traza ojival y sus tres espaciosas naves. Oimos la misa entre los fieles de Tarifa y asegura Paulina que el profundo e íntimo recogimiento del santo sacrificio, en estos pueblos de la vieja España, no tiene semejanza en otros lugares.

Salimos al parque a contemplar la costa africana y las trañas de pesca que navegan hacia el cabo Espartel. Desde la altura del parque divisamos la extremidad del fuerte de Santa Catalina, encaramado a su montículo, que hoy se enlaza, por la escollera artificial, a la isla de las Palomas. Entre el fuerte y la isla había antaño un pequeño desfiladero, que comunicaba los dos mares, accesible a las naves de medio calado. A Levante de nuestro mirador se alza el alcázar de Tarifa y el viejo recinto de la ciudad, con su mezquita (hoy Santa Maria), su Almedina y su Aljarranda y la línea mediterránea de la costa con la espaciosa caleta.

—Vea usted una ciudad cuyo destino fué la guerra. Nació a causa de ella, por ella se mantiene y la guerra ha hecho su propia topografía. Ella fué testigo y escenario de las contiendas civiles de Mario y Sila, hallándose en íntima relación y contacto



Calle del barrio alto de Algeciras



Nuevas edificaciones típicas en Tarifa



El faro de Tarifa en la isla de las Palomas

con la vecina Mauritania. Sobre Tarifa han saltado los primeros invasores árabes, las sectas de las reformas mogrebitas... La mezquita y el templo cristiano se han turnado aquí, en sus oficios, durante muchos siglos.

Visitamos el alcázar. Reside actualmente en el castillo una compañía del regimiento de Alava. Cruzamos el patio de armas, subimos a los adarves y almenas. Desde allí se domina la ciudad y el Estrecho. Al Norte, Este y Oeste, la ciudad se apaña junto a su protectora fortaleza... Y cerca de ésta, en el viejo recinto, está la Puerta del Mar.

Ya conoce usted la historia de abnegación y heroísmo del caballero Alonso Pérez de Guzmán en la defensa de Tarifa. La efigie del caballero leonés arrojando el puñal al traidor infante don Juan, desde las almenas del castillo, para el sacrificio de su propio hijo, constituye una de las ilustraciones conmovedoras que acompañaron en los años escolares a nuestros textos de Historia... El Rey Don Sancho comparó su hazaña con la de Abraham en el holocausto de Isaac, si bien el ángel, en este caso, no apartó de la mano de Guzmán el Bueno la daga que había de lanzar a su enemigo para que consumase el sacrificio.

LAS CALLES DE TARIFA. EVOCACIONES. LA ISLA DE LAS PALOMAS

Una vez en las calles de Tarifa (la calle del Lorito, la de San Francisco, la de la Virgen de la Luz, las Cuatro Esquinas, la plaza del Viento), experimentamos el encanto de esta vieja ciudad. Al través de los años, Tarifa nos ha proporcionado algunas gratísimas sorpresas... Se ha reconstruido con acierto el antiguo castillo, se ha hecho desaparecer el miserable y trivial caserío que ahogaba el torreón... Son espléndidas y adecuadas construcciones las Residencias de oficiales y suboficiales, con su típica traza mudéjar. Los barrios de Jesús y de la Parra han sido saneados, alzán-

dose en ellos acertados edificios en línea con las construcciones características de Tarifa.

Como en esta ciudad tenemos también buenos amigos, visitamos a su Alcalde, don Francisco Terán Fernández, abierta y noble personalidad, llena de ambiciosas iniciativas, que inspira el acendrado amor a su pueblo. Don Andrés Luis Terán, su hijo, es el cronista oficial de Tarifa, joven escritor de gran talento, a quien Tarifa debe múltiples literarios reflejos, llenos de historia y poesía.

Unos instantes de amable descanso transcurren, para nosotros, en la dulcería de la Viuda de Grosso. Agradable y «dulce» descanso, pues Paquita y Julio Grosso, encantadores amigos de Tarifa, despliegan ante nosotros el muestrario de la exquisita repostería tarifeña. No hay ambiente más íntimo y gracioso que el de estas trastiendas de los pueblecitos gaditanos, con sus piaditas hornacinas y sus románticos grabados de otro tiempo.

Paulina pregunta si aún hay damas en Tarifa que se cubran el rostro, como aparecen en algunas estampas y postales. Paquita asegura que todavía existen en Tarifa algunas viejas señoras con tales atavíos.

—No todo el mundo aquí renueva su vestuario—dice Paquita.—¿Cómo es el traje?—interroga Paulina.

—El manto se frunce a la cintura y teca la cabeza, dejando sólo un ojo al descubierto. El manto es negro, y también la vuelta del vuelo, a diferencia del de Vejer, que suele ser de colores.

Por la tarde hemos conducido nuestros pasos a la isla de las Palomas... Es un paseo agradable que nos proporciona la ilusión de caminar entre los dos mares, como los israelitas por la senda de las aguas divididas. Orillamos, al comienzo, el fondeadero

de Tarifa y contemplamos las navas pesqueras. La banda del Atlántico hace en la resaca una pequeña playa, que se une a la extensísima de los Lances. En la playa de los Lances está la almadraba de Tarifa. Los pescadores pescan el atún, la melba, la caballa y recogen todo el pescado menudo que viene en las redes. En los Baños de la Caleta hay erizos, centollas, morenas (especie de angulas), burugatos y cangrejos. Las traíñas de Tarifa van a la altura y doblan el cabo Espartel hacia la costa de Africa.

—A poca distancia de aquí desagua en Los Lances el riachuelo Salado, que nos trae a la memoria el golpe fatal de las huestes cristianas contra los merinitas. Esta gran batalla decidió ya la suerte de la Cruzada. Aparece descrita en la «Crónica de Alfonso XI», y la atalaya del Peñón del Ciervo, que se atisba desde la carretera de Cádiz, a pocos kilómetros de Tarifa, junto al memorable río, presenció el eclipse de la media luna. El Papa Benedicto XII recibió, en su sede de Avinión, los trofeos de la batalla.

En la isla de las Palomas está el faro, el más meridional de Europa, la gran santabárbara, las casamatas y cuarteles de la guarnición y los emplazamientos de la artillería de costa.

Sobre estos acantilados, con los ojos puestos en la costa de Africa, cuyas montañas cimas cundulan ante ellos, presenciamos el atardecer de este día, al despuntar la primavera. Apenas se oye el rumor del oleaje. Y llegan a nosotros, desde Tarifa, las campanas del Angelus.

—¿Cuál es la Patrona de Tarifa?

—Nuestra Señora de la Luz. Ella preside la célebre Cabalgata Agrícola en las fiestas de septiembre.

—Pues bien, rezaré un avemaria a Nuestra Señora de la Luz.

Y mi joven amiga ha elevado esa dulce plegaria a la Virgen de Tarifa, en el idioma de su hermosa patria.

LA VUELTA AL MUNDO DE LA MUJER ANTE EL HOMBRE

Los diferentes sistemas de vida de cada país crean diversos tipos de belleza femenina



Novios



Esposos



Mujeres francesas en Mont' San Michel



Jóvenes estudiantes norteamericanas

LA EVOLUCION DE LAS PREFERENCIAS FEMENINAS A UN GRAN NUMERO DE SABIOS Y MEDICOS

TANTO y tanto se ha hablado de este tema, tan numerosas han sido las observaciones que ha suscitado, que resulta difícil abordarlo con fortuna. A medida que los tiempos avanzan—se asegura—la mujer esparce trozos de sí misma por el mundo, mientras adquiere costumbres y sistemas de vida nuevos y desconocidos. En estas vertiginosas vueltas alrededor de sí mismas dejaron primero trozos de vestido, y de este modo las faldas subieron del tobillo a la rodilla y bajaron los escotes, y más tarde hasta el cabello se vió cercenado por la velocidad de los giros. Los pantalones largos se han impuesto cada vez más, los cigarrillos americanos se aferran a su mano derecha, y extrañas bebidas, que son mezclas de ingredientes más o menos buenos si se toman por separado, han decidido vivir a perpetuidad en amistad con la mujer. La transformación ha sido grande.

Es bien cierto que a muchos hombres tampoco les ha importado demasiado que el tiempo dejara esa huella no solamente externa. Sea lo que fuere, la mujer está ahí codo a codo con la vida, como en todos los tiempos. Con sus virtudes y sus defectos y su mayor o menor belleza. La mujer está ante el hombre y en su ambiente, en su latitud, en su idioma o en todos los idiomas crece, vive y se siente halagada.

Los diferentes sistemas de vida de cada país crearán diversos tipos de belleza. La desigualdad de creencias y religiones nos presentará una gran variedad de costumbres, de modos de ser. Por ello vamos a dar brevemente des-

de un ángulo objetivo esta vuelta al mundo. La vuelta al mundo de la mujer ante el hombre. Nos limitaremos a presentar los hechos dejando aparte categóricas conclusiones. J. U. le Renard escribe en su «Diario íntimo»: «Quisiera que todas las cosas tuvieran la personalidad de una gota de agua.» Si la mujer la tiene o no es cosa que corresponde decidir al lector.

EN FRANCIA, MARILYN MONROE GANA UNA BATALLA

Francia, que ha desorbitado al mundo por su frivolidad, ha perdido su tipo de belleza. La influencia americana se deja sentir sensiblemente en cuanto se le pregunta al hombre: «¿Qué mujer prefiere usted?» Marilyn Monroe acapara la atención general en un elevadísimo tanto por ciento. Cuando comenzaron a salir a las pantallas francesas películas de Rita Hayworth, Jane Russell o Betty Grable, se originó una corriente de admiración que, por lo impetuosa, podía parecer poco duradera. Los sociólogos afirmaban en 1945 que este tipo de mujer pasaría con rapidez, que se volvería a las formas clásicas de la belleza. No ha sido así. Han transcurrido ocho años, y el tipo exuberante y provocador continúa en primera posición. En lugar de eclipsarse no ha hecho más que ganar terreno. Los carteles que sostienen las paredes de Francia continúan presentando mujeres con los cabellos locos y con actitudes de «posguerra futura».

¿Cuáles son las causas de que

perduren tales preferencias? El periódico «France Soir» realizó a tal fin una encuesta con varios sociólogos franceses. «Decidimos hacer esta encuesta—escribía France Roche—porque estamos convencidos de que la evolución de las preferencias de tipos de belleza no es, como pudiera creerse, una cuestión que interesa solamente a las personas que leen las revistas de modas y van al cine. Este es un problema que interesa, entre otros muchos, a un gran número de sabios y médicos.»

La preferencia actual del hombre francés puede tener diversas explicaciones más o menos convincentes. En primer lugar ha influido la publicidad. Para lanzar al mercado cualquier producto, lo mismo cepillos para los dientes que neveras eléctricas, los fabricantes decidieron presentar sus artículos entre los brazos de mujeres de este tipo. La reacción fué natural. Los ojos se habituaron a aquellas figuras, que ganaron terreno sobre todas las demás. Sin embargo, los sociólogos dan otra explicación que consideran más exacta. Basan su tesis en razones puramente históricas. Afirman que las guerras y los periodos inmediatos a las mismas han sido siempre paréntesis de liberación. «El año 1945—dicen—no podía escapar a estas reglas.»

El triunfo de los Estados Unidos en el mundo importó de aquel país a Francia las mujeres que allí triunfaban. La efigie de las famosas «pin-up girls» se convirtió en algo indispensable para la publicidad. Las carteleras cinematográficas reproducían estas

fotografías como medios publicitarios de indudable eficacia.

Sin embargo, existe en Francia otro tipo de belleza que es también muy admirado por los hombres. Lo presentaremos siempre con ejemplos cinematográficos para mayor facilidad de comprensión. Se trata del tipo «Martine Carol o Gina Lollobrigida».

La preocupación de los hombres franceses es actualmente deshacerse de la influencia cinematográfica. Monsieur Morin, joven sociólogo francés, les inyecta tranquilidad, ya que, según él, los tipos de belleza van y vienen a espaldas de Hollywood. «Los cánones de la belleza cambian con mucha rapidez—dice—



Mujer italiana anunciando un vermouth



Belleza alemana de las regiones del Sur

Nuestros padres conocieron la época del can-can. Las piernas enfundadas en medias negras, de las antiguas carteleras, se han visto sustituidas por los bajos escotes y las revueltas cabelleras. También esto pasará.»

Los hombres franceses buscan una salida, y de esta preocupación se hacen eco los famosos modistos parisinos «capturando» nuevos modelos. La conocida Bettina de Christian Dior ya no corresponde al tipo requerido por los hombres, y de este modo el modisto, para encontrar a su nueva modelo Victoria, se fué a Saint Germain des Prés.

Un joven escritor, Roger Nimier, se ha divertido buscando la silueta perfecta de la novela contemporánea. Los resultados han sido los siguientes: puede darse como mujer preferida por los hombres franceses, en el año 1954, a la que tiene: «Cabellos cortos. Ojos grises color de invierno. Un ligero cerco bajo los mismos. Zapatos sin talón. Piernas que no tiemblen ante los kilómetros. Talle de avispa. Estampa de guerrero vencedor. Mujer que se toma el whisky como si fuera un vaso de leche y fuma sin que nunca le escuezan los ojos. Esta mujer se la viste con un «pull over» a guisa de armadura, se la pone en la calle y para la circulación.»

El retrato del escritor francés corresponde a una total fusión de la belleza conjunta de todas las heroínas de novela.

Este tipo de mujer es, evidentemente, un símbolo. La «Pin-up» americana, preferida por el hombre francés, ha ganado la batalla a las demás por razones simples y fáciles de comprender. Es significativo el hecho de que las mujeres tienden siempre a parecerse a aquellas otras a las que admiran por cualquier circunstancia. En este caso admiraban su libertad. Libertad de acción, de cuidado personal. Y ese

cuidado personal, que ha sido más bien un «descuido en el cuidarse», es lo que encandila al hombre francés, lo que dirige sus preferencias.

Lo curioso del caso es que ese tipo de belleza goza también de la complacencia de las mujeres francesas, las seduce casi con igual intensidad. Es una afirmación que puede sorprender, pero que todas las encuestas, que los agentes de publicidad han llevado a cabo en el vecino país, confirman plenamente. La afirmación se torcería, a buen seguro, si no fuera hecha delante de dibujos, de fotografías. Ante una imagen desaparece la idea de rivalidad.

LA MUJER INGLESA DEBE SABER LA CLASIFICACION DE LA LIGA

La palabra «sex-appeal», famosa en los Estados Unidos, y con la que se consigue llenar totalmente el sentido de una frase, es, paradójicamente, desconocida en Inglaterra. No tiene siquiera posible traducción. Es más, los ingleses han llegado a condenar formalmente no sólo la pabara, sino también la idea. Esta tesis nos la confirma un artículo del periodista Segonzac, en el que afirma que, después de consultar los archivos de uno de los periódicos más importantes de Inglaterra, pudo observar con claridad que de todas las publicaciones sobre este tema—que sumaban un número de catorce—, trece hacían referencia a los Estados Unidos y sólo una correspondía a Inglaterra, y era precisamente en ésta en la que se condenaba la palabra y la idea.

La palabra no existe en Inglaterra, porque los ingleses han recurrido a otras expresiones para ellos más claras. Estos nombres varían sensiblemente según sea la categoría social de los que los emplean. Es evidente que el obrero no tiene las mismas preferencias que la alta sociedad. La aristocracia, por ejemplo, se referirá a, su tipo preferido diciendo de

él que corresponde a una mujer de «clase», de valía. El funcionario o el simple empleado lo expresará de otro modo, pero buscará a una mujer que tendrá como virtudes una mezcla de dignidad y belleza exterior. El obrero más trivial dirá, en cambio, que una mujer es «su tipo» si le place.

Un claro ejemplo de las preferencias generales del hombre inglés nos lo presta el cine británico, sus actrices. La belleza explosiva, detonante, es lo último que se las exige. Vivian Leigh, por ejemplo, pese a su gran belleza, no puede compararse en modo alguno a las que presentábamos como prototipos preferidos en Francia. Otra actriz inglesa, Ann Todd, da la impresión de una estatua de hielo, con sus labios finos y su mirada carente de expresión. Por contra, Valerie Hobson tiene en su porte una aristocrata dignidad. Y quizá la más conocida de las actrices inglesas, Margaret Lockwood, no aporta a su talento ni un milímetro de atracción exterior.

Cuando un inglés decide casar se nunca se le ocurrirá decirle a su prometida: «Me gustará que cuando seas mi mujer te arreglies con sumo cuidado. Quiero lucirte. Llévarte del brazo sintiéndome rey.» No, el hombre inglés no busca este aspecto en la mujer. La pedirá, no obstante, que sea una excelente compañera, que se interese por las partidas de «cricket» y que sepa la marcha de los campeonatos de fútbol.

Esta preferencia influye notablemente en el aspecto que presentan las mujeres del país, o tal vez es el aspecto de la mujer del país lo que motiva la posición del hombre inglés.

Por las calles de Londres, a la salida del trabajo, se ven, ¡cómo no!, muchachas hermosas; pero, en una gran mayoría, no acusan mayor vitalidad, tienen una fría expresión en los ojos. No destacan por su elegancia y su distinción en el vestir. Los mismos ingleses se dan cuenta, hasta el



Patricia Medina (italiana)



Noira Shearer (inglesa)



La O'Hara (escocesa)



Esther Fernández (mexicana)

punto de que uno de sus más famosos humoristas afirmaba, definiendo la manera de vestir de las mujeres de su país, que el traje no se había inventado en Inglaterra para cubrir el cuerpo de sus mujeres, sino para dar la falsa impresión de que no había nada debajo.

Puede que en ello influya el sistema de educación británico, en el que las muchachas se enfrentan libremente con el hombre muy poco antes de estar en condiciones de contraer matrimonio. Quizá por ello, cuando las estudiantes inglesas cuelgan sus uniformes, no se preocupan lo más mínimo de presentarse seductoras ante el hombre.

Las líneas anteriores pueden hacer creer que un catastrófico caos se cierne sobre la mujer inglesa. Sería un error. Una mayoría no es un todo. En Inglaterra existen también silbidos de admiración al paso de alguna cabellera.

Marinos, soldados y obreros encuentran a la salida de los grandes almacenes a su belleza preferida: el busto enfundado en un jersey de vivo color, la falda estrecha, ajustada al talle, y rubia la cabellera, demasiado rubia para ser natural. «¡Perfecto!», exclaman los marinos y los soldados.

Las mujeres de treinta a cuarenta años gozan también de las preferencias de gran número de ingleses, especialmente en las altas esferas sociales. Esta mujer frecuente el campo en los fines de semana y los bares elegantes cualquier día laborable. Asiste a reuniones y «cocktails». Atraen al hombre, especialmente por el tono de su voz, por la naturalidad y experiencia que sus rostros reflejan.

Los ingleses afirman que gran número de estas mujeres son desconcertantes. Desconcertantes en el sentido de que su lenguaje y sus gestos no responden a lo que de ellas se pueda pensar. No les importa demasiado dirigir conversaciones que bordean los límites de la crudeza. Sus gestos son frívolos, pero seguros; se repiten, pero gustan. No obstante, su vida matrimonial es casi siempre irreprochable. Es una mujer que sigue gustando al paso de los años. En cambio las rubias simples—creo que ésta es la traducción más exacta de «dumb blonde»—, muchachas que gozaban de la preferencia de muchos jóvenes, muy bellas, casi hermosísimas, pero algo tontas, han desaparecido del capítulo de las demandas. Otro signo de la evolución de las preferencias masculinas después de la última guerra mundial nos lo da las miradas de admiración que levantan las que visten pantalones. Pantalones de origen americano, que las mujeres se ajustan para ir a las tiendas, a los mercados, y que, a pesar de lo vistos, siguen siendo aceptados por el inglés. Un cronista francés escribía, refiriéndose precisamente a este hecho, que los psicólogos podrían ver en él una clara muestra de las consecuencias del sistema escolar británico.

El hombre inglés tiene, pues, preferencias desiguales. Cada clase social alza su copa ante mujeres de distinta figura y calidad.

EN EGIPTO, EL FLIRTEO PÚBLICO SE CASTIGA CON SEIS DÍAS DE CARCEL

Francia e Inglaterra tal vez no hayan aportado al reportaje ningún dato de sensacional interés. Su relativa proximidad geográfica nos hace más conocedores de las características de los dos países. Por ello, para darle amenidad al estudio, saltaremos a Egipto, país en el que las leyes de la belleza se rigen por especialísimos cánones. Por ejemplo, la voz. La voz consigue parar la respiración del mundo árabe cuando corresponde a una mujer. En la actualidad esta voz tiene una genuina representante: Oum Kalsoum. Esta cantante egipcia se constituye en la mujer más admirada del mundo árabe. A su voz no une mayor encanto personal, cualquiera que sea el ángulo desde el que se la mire. No obstante, cuando Oum Kalsoum da un recital por radio a través de todas las emisoras del mundo árabe, la vida del país se suspende. Una especie de ola de asombro se extiende por todos los lugares públicos, y un aniquilamiento voluptuoso avanza de puerta en puerta.

En todo el Reino del Islam la mujer es asunto muy delicado. Se evita mencionarla incluso en las conversaciones corrientes. Hasta tal extremo que un musulmán jamás le preguntará a otro: «¿Cómo está tu mujer?». En todo caso, la frase de rigor será: «¿Qué tal vais por tu casa?». En conversaciones públicas no se habla más que de las mujeres de vida inmoral, las artistas o las extranjeras. En semejantes condiciones se comprenderá fácilmente que todo cuanto háce referencia a la belleza femenina y a la impresión que la misma causa en el hombre tenga que buscarse alrededor del mundo del cine, del teatro o de la danza, a pesar de que las actrices del país nunca aparecen en las películas vistiendo con procaacidad.

¡Extrañas reacciones las del hombre egipcio ante la belleza de la mujer! Asisten a cualquier representación en los cabarets y aplauden a rabiar; pero en el momento en que se encienden de nuevo las luces de la sala sueñan con el tipo de mujer que quieren por esposa. Y encarnan a la que es a la vez niña, que se baña en romanticismo, que se levanta a la salida del sol entonando cantos al alba y a la naturaleza.

Se conocen numerosos libros en los que se reseñan las perfecciones que el árabe busca en su esposa. En uno de ellos leemos:

«Buscad por compañera a una mujer ni demasiado gruesa ni demasiado delgada, pero en todo caso que tenga siempre los huesos bien cubiertos de carne. Esta mujer deberá tener los cabellos negros como el azabache, la frente esbelta, las cejas gruesas y arqueadas, los ojos negros como los de la gacela, la nariz fina y recta, las mejillas sonrosadas como las rosas en primavera, la boca pequeña, los dientes como perlas engarzadas en coral, los labios gruesos y rojos, el cuello alto, pero fuerte. Que sepa reír sin estridencias, hablar con mesura, ruborizarse con facilidad, gober-



Una belleza japonesa

nar la casa y aceptar vuestros consejos.»

El autor de este libro acaba diciendo: «Si tú, amigo, encuentras a esta mujer te volverás loco por ella. Si ella te abandona, la pena te matará.» Es evidente que resulta muy difícil encontrar una mujer así.

El árabe no tiene la facilidad de los europeos para expresar sus sentimientos amorosos. En las mezquitas, las mujeres se colocan detrás de los hombres para no hacerles caer en tentación. El flirteo público está rigurosamente prohibido. Los que infringen esta ley son castigados a siete días de cárcel y a seis meses en caso de reincidencia. El mismo general Naguib ha dictado recientemente severas órdenes a este respecto que, según ha dicho, equivale a un signo de degeneración moral.

Las costumbres y tradiciones de un país no cambian como no sea con gran lentitud. Egipto no es una excepción.

LA DANZA DE LOS VELOS Y LA MUJER TURCA

Si Egipto conserva su tradición y sus costumbres ancestrales, Turquía, por el contrario, atraviesa una época de transición y duda. La mujer turca cambia de aspecto casi a vuelta de correo. A la fuerte influencia europea ha sucedido la asimilación de las reglas americanas, a pesar de que la religión frena los impulsos de la gente. En el año 1931 los hombres exigían de la mujer que, mediante una educación física, intelectual y psicológicamente adecuada, estuvieran en condición ellas mismas de defender los intereses de su Patria. Esa era la mayor belleza que podían poseer.

En la religión musulmana, hablar de educación física femenina no es tan fácil. Recuérdese lo que el Profeta ha escrito en el Corán: «Decid a las mujeres que cubran su cuello y su cara con un velo. Que no dejen ver a nadie lo que han hecho para embellecerse; nadie, excepto su marido y su padre, sus hijos y los

demás hijos de su marido. Los hijos de sus hermanas y las esposas de sus sobrinos. Sus esclavos y sus sirvientes de corazón puro. En fin, los jóvenes que no pueden aún lanzar sobre ellas miradas de deseo.» Y añade: «Las creyentes, al andar, deben abstenerse de hacer ruido con sus pies a fin de no llamar la atención con sus encantos, que tienen la obligación de esconder.»

Estas severísimas normas «pro-féticas» ponen el veto a los árabes, que muchas veces deben juzgar la belleza de la mujer por la brillantez de sus ojos. Cuantas reformas introducen en sus costumbres están plenamente justificadas, o así lo creen, en el mismo Corán o en los demás libros sagrados. Así, muchos musulmanes se agarran con fuerza a esta historia: «Un día Asma, hija de Abubeker y hermana de Aicha, esposa del Profeta, fué hacia él vestida solamente con una túnica transparente que apenas tapaba su desnudez. El Profeta la reprochó y la dijo: «¡Oh, Asma! Cuando una mujer tiene tu belleza no debe permitir que se pueda ver su cuerpo, salvo esto y esto...» Y señaló la palma de sus manos y la cara.

Los turcos se regocijan con esa historia, según la cual el mismo Mahoma no era demasiado partidario de los velos. Esta evidencia descubrió para siempre el rostro de las mujeres.

Actualmente, la belleza de las mujeres turcas cautiva a propios y extraños. Precisamente, en 1953, fué «miss Turquía» la elegida para reina de la belleza en Europa. La mujer turca ha evolucionado con mucha rapidez, sintiendo diversas influencias. Por su parte, el hombre, ha aceptado todos y cada uno de los cambios. El hombre turco, poco tiempo atrás, gustaba de que su mujer tuviera un cierto parecido con cualquier española o italiana. Ahora la influencia del tipo americano se deja sentir seriamente. Cuando la elección de «miss Turquía» la opinión del público estaba dividida en dos partes. Una de ellas aplaudía a rabiar a la elegida, pero otra parte, en cambio, opinaba que la mujer turca de hoy no tiene ninguna necesidad de copiar modas extranjeras, que tiene en sí la suficiente belleza propia para no copiar patrones extraños. La be-

lleza que le dan las generaciones atrasadas, la belleza que tuvieron sus padres y sus abuelas. La preocupación de este sector turco es comprensible. Temen que, a fuerza de imitar al Occidente, la belleza pierda sus características nacionales.

SOLEDAD Y DESPERSONALIZACIÓN

Rusia entra también en nuestra ruta de la belleza. La Prensa francesa recoge un comentario del «Moscou Soir», en el que leemos lo siguiente: «Las mujeres rusas dicen: ¿Por qué no podemos comprar en los almacenes los modelos que aparecen en las revistas de moda? Estamos cansadas de vestirnos con telas de saco, que dificultan los movimientos y nos convierten en fardos.»

Otras reclaman libertad para poder hacer ellas mismas los modelos que presentan casas como la «Kouznetzki Most» —la más importante de Rusia— y que les son inasequibles, ya que sólo por la tela tienen que pagar miles de rublos. Están hartas de vivir en soledad. Las obras de teatro ruso no presentan jamás conflictos sentimentales, y los jóvenes no saben cómo vencer el hastío que esto les causa. En el teatro ruso que se da actualmente encontramos diálogos como éste: «Natacha, ¿cuándo nos casaremos?» Ella responde: «Querido. Si tú das con tu trabajo el cien por cien de rendimiento, si consigues ser un buen stajanovista, yo seré tu mujer. Si no, me buscaré otro marido.»

Las películas, las publicaciones, todo lo que se da en Rusia, no tiene la más pequeña característica personal. El amor existe, pero únicamente en sus pasiones. En semejante situación de ánimo no puede, en modo alguno, existir conciencia de la belleza.

En la plutocracia del régimen se registra un nuevo fenómeno. A él han contribuido dos mujeres: la señora Molotov y una danzarina llamada Galina Oulanova. La señora Molotov habiase ocupado anteriormente en cuestiones políticas cuando Malenkov era aún el lugarteniente de Stalin. Más tarde se encargó de la industria de cosméticos del país, y entonces, por lo visto, decidió dar el cambio. Lanzó al mercado jabones de tocador y perfumes e impuso la creación de diversos institutos de belleza.

Naturalmente que ésto está vedado a los millones de esclavos y de obreros que viven en la miseria más absoluta. Estas mujeres que piden concesiones son las esposas de los altos funcionarios civiles, de los mandos militares, de los directores de grandes industrias, de los diplomáticos. Son también las mujeres de los escritores famosos, las estrellas de los cabarets de Moscú.

Ni siquiera los elementales valores humanos encuentran en Rusia su sitio. Todo está atado, sujeto. También, recogido de la Prensa francesa, podemos dar un diálogo de la película rusa titulada «Los mineros del Donet». La escena presenta a una pareja de enamorados. El diálogo es el siguiente:

- ¿Me quieres?
- Sí.
- ¿De verdad, me quieres?

—Mucho.
—Entonces, ¿es cierto que me quieres...?

—Puedes estar seguro.
Por otra parte, los periódicos no publican jamás fotografías de mujeres, como no sea para presentarlas como modelo de trabajo y honra del partido. Tampoco existen ninguna clase de revistas, más o menos artísticas, que puedan adquirirse en los quioscos.

LOS ALEMANES PREFIEREN A SUS MUJERES SIN MAQUILLAJE

Alemania, tras el desastre que para ella representó la última guerra mundial, y a medida que va recobrando el terreno perdido y consiguiendo una posición estable, se preocupa más por el aspecto de la mujer. «Graciella», una de las casas de belleza más famosas de Hamburgo, confirmaba no hace mucho esta tesis. «Hace unos días —decía el comentario— se presentó aquí un matrimonio. El marido al despedirse nos dijo: «Cambien a mi mujer.»

Este simple comentario jocoso indica la preocupación masculina por el aspecto de la mujer. El efecto que inicialmente causa la mujer alemana en el ánimo del visitante es desconcertante, pero resulta normal si se tiene en cuenta el sufrimiento que pesa sobre sus hombros. No se puede pedir que la mujer alemana se preocupe exclusivamente de su tocado cuando el país necesita del esfuerzo de todos para alzar se del estado en que quedó tras la última contienda. Por ello algunos comentarios de la Prensa europea, en los que se criticaba la falta de interés de la mujer alemana por embellecerse, nos parecen afirmaciones un tanto gratuitas.

La belleza de muchas mujeres alemanas es indiscutible. Lo que ocurre es que, para demostrarlo, se necesita tener ocasión. El hombre alemán, no obstante, tampoco vive totalmente de espaldas al aspecto que desean en sus mujeres. En una estadística publicada recientemente se podía comprobar que en un 50 por 100 los alemanes opinan en contra del maquillaje de la mujer. Prefieren su belleza natural, sin afeites ni disimulos.

Este desconcierto que reseñábamos al principio desaparece en cuanto se puede penetrar en el seno de las familias que han mejorado ya su condición. Sorprende entonces sus características temperamentales, distintas a las nuestras, como es lógico. Pero uno se encuentra rodeado, salvo raras excepciones, de un ambiente cordial en la intimidad familiar.

LA «MUJER CAPITAN» EN ISRAEL

De cada país podrían sacarse múltiples consideraciones, relatar anécdotas, pero es preciso acortar. Las variaciones que a través de nuestro recorrido pueden observarse se ven aumentadas con el caso de Israel.

En el año 1935, cuando la Palestina judía no contaba más que con unas docenas de millares de habitantes, la mujer más hermosa era la que reunía más condiciones para el trabajo; la de ma-



Marujita Díaz, graciosa artista española

yor fortaleza física, la que mayor corte de admiradores tenía.

Después de la última conflagración mundial, el signo de la belleza avanzó al compás de la mujer soldado. Los jóvenes se disputaban el placer de hacer el amor a una capitana del Ejército de la «brigada judía». A las capitanas siguieron las terroristas, mujeres que hablaban de amor con una ametralladora bajo el brazo. El viento de la aventura hinchaba sus cabellos, y las estrellas que invocaban eran las de la patria.

Las exigencias actuales del hombre son ya mucho más reducidas. El israelita se limita a decir: «Quiero una mujer que sepa ser una buena madre para mis hijos. Quiero un apartamento pequeño, pero confortable, con una terraza para tomar el sol y beber con tranquilidad un zumo de naranja.»

DIEZ LITROS DIARIOS DE LECHE DE CAMELLA

Y ya el análisis tiene que precipitarse. Nos quedan de Europa los países nórdicos. Países con poco comentario, con poca anécdota. Lo mismo Suecia y Noruega que Dinamarca ofrecen al mundo bellezas estatuarias y conocidas. Se dice que la mujer sueca pierde algo de su encanto en cuanto inicia algún movimiento; que la silueta femenina, en estado de reposo, tiene real magnificencia. Esta quietud conmueve al hombre nórdico, que por naturaleza tiene un temperamento frío, y para él el estado feliz es el de la calma.

Del clima nórdico, en nuestro rápido viaje final, pasaremos al Sahara, a la mujer de los desiertos de arena. Mujer arrullada por la poesía y la meditación, con extrañísimas concepciones de la hermosura, lo que la lleva a decisiones que a nosotros nos llenan de asombro. Por ejemplo, nos sorprende que consideren decisiva la obesidad; que para conseguirla lleguen a tomarse hasta diez litros diarios de leche de camella. Los árabes consideran la edad de doce años como ideal para el matrimonio, y las niñas tienen que esquivar ya a los «don Juanes» del desierto y buscar un marido más apreciado cuanto más viejo, ya que así será mayor la dote. El «don Juan» del desierto merecería capítulo aparte. Hombre joven, vestido reglamentariamente, compone con facilidad esas frases poéticas que en malas versiones nos han llegado a través de las películas en technicolor.

Según un poeta del Sur, los tres elementos de belleza que consiguen la perfección de la mujer a los ojos del árabe son: «la obesidad del cuerpo, la delicadeza de las manos y su movimiento al andar».

No existen nuevos modelos en la moda ni institutos de belleza. Con leche de camella y un poco de suerte, las mujeres del desierto levantan un simún en el corazón del hombre.

ESTADOS UNIDOS Y AMERICA DEL NORTE ESTAN CERCA, PERO LEJOS

Y llegamos a América. Estados Unidos y América del Sur. ¡Qué vamos a decir ya de la mujer norteamericana! De sernos dado dibujar el prototipo, nos in-

clinariamos por un inmenso cuerpo femenino, con mil formas distintas y cuyo gran motor es Hollywood. Las revistas cinematográficas nos presentan continuamente el nuevo tipo de belleza. Basta hojear las publicaciones que sobre el tema salen todos los meses para tener perfecta conciencia de qué tipo triunfa y cuál pierde puntos. Por el momento, es Marilyn Monroe, quien marcha en cabeza, y los jóvenes americanos no encuentran demasiadas dificultades para encontrar un tipo similar. Mujer rubia, burbujeante, sin excesivos problemas, al menos fundamentales, sin mucha vida interior en algunos sectores, pero con ese optimismo que abre para ellos amplios horizontes.

En Sudamérica, en cambio, son otros los rumbos. Sudamérica, a pesar de su situación geográfica, siente menos la influencia de los Estados Unidos que muchos países europeos. Triunfa la mujer seria, de belleza tan parecida a la de las españolas. El hombre busca en ella a la esposa. La mujer sudamericana, con mínimas diferenciaciones en los distintos países, tiene atributos muy parecidos a nuestras mujeres de España. El hombre sudamericano conoce, claro está, a Martine Carol y a Gina Lollobrigida, y en un gran número admiran y silvan la silueta de ambas y de tantas otras. Pero el silbido cesa en cuanto se les pregunta si se casarían con ellas.

Una seriedad interior fundamental les impide contestar que sí.

Y aquí estamos de nuevo en España. La mujer española, ¿cómo le gusta al hombre español que sea su mujer? ¿Hará falta decirlo? ¡Qué fácil y qué difícil a la vez hallar una respuesta exacta! ¿Cómo calificar en su justo grado la belleza de las mujeres de España. Conocida y lodada ha sido desde todos los tiempos. Las mujeres de todas las regiones de nuestra Patria han sentido el halago de la admiración. Mujeres sin complicaciones, fijas las creencias que dirigen su conducta por el camino de las más altas virtudes. ¡Los ojos de Andalucía, la gracia de Madrid, la serenidad de Cataluña, las virtudes de cada una de nuestras regiones...! El hombre español no puede sentir en modo alguno el deseo de que su mujer se ase-



La deliciosa sonrisa de Mariella Lotty (italiana)

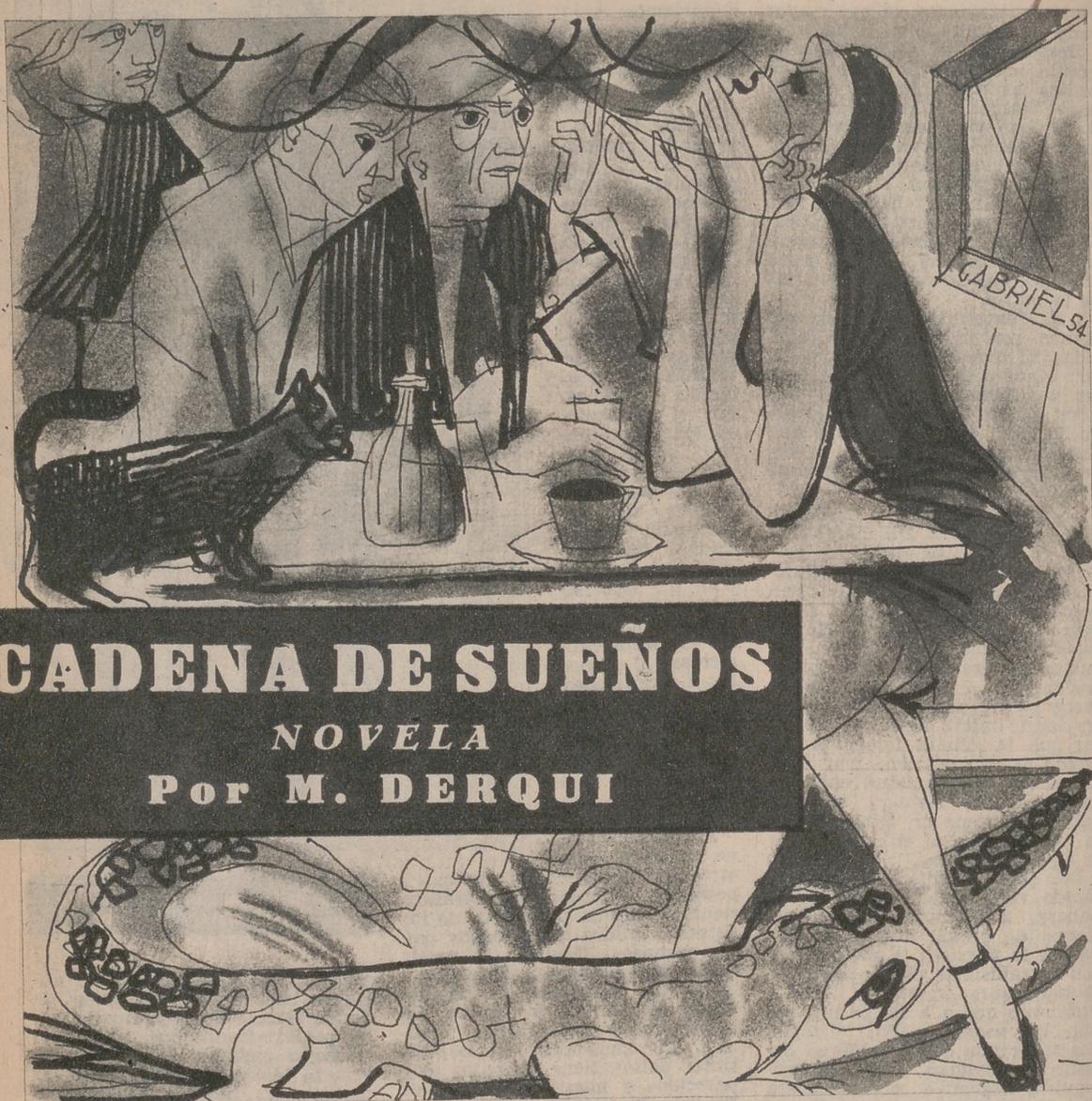
meje a esta o aquella actriz, adquiera influencias importadas de donde sea. El hombre español sabe perfectamente que, verificado el santo matrimonio, ya sólo la muerte le separará de aquel ser querido. El hombre español no le pide a sus mujeres que sepan la marcha de los campeonatos de fútbol ni que sea un arquetipo, ni que tenga aires de actriz, ni que se interese por la política. No necesita nada de esto. Le basta con un «te quiero» y la bendición del Señor para haber encontrado lo que buscaba.

Dios quiera que estas afirmaciones no asomen el más ligero conato de pedantería. Cada uno de los españoles puede hacerse la pregunta y contestarla con seriedad: «¿Cómo quiero que sea mi mujer?»

Tal vez se me diga que también existen la moda y las influencias de la misma y los institutos de belleza. Es cierto, y precisaría de mucho más espacio para centrar el tema y estudiarlo con extensión; pero se me ocurre tan sólo una vieja fórmula aritmética: «El orden de los factores no altera el producto.» La suma de las virtudes de nuestras mujeres es infinitamente mayor que la suma de los defectos, sin olvidarnos de que los hombres y las mujeres de España—también en otros países, gracias a Dios—sabemos que el mejor remedio contra el pecado es una buena confesión.

Pedro GIRONELLA PONS

(Fotos Cozina)



CADENA DE SUEÑOS

NOVELA

Por M. DERQUI

I

ENTREVISTA CON LA MUCHACHA

VERDADERAMENTE necesitamos bien poco. Un trozo de papel, una mesa, una pluma más o menos rudimentaria—puede ser un lápiz—y casi nada más. El resto es cuestión de escribir; porque la música de fondo—en microscurco—, el café o el té frío, los cigarrillos y todo lo demás que pueda imaginarse no son sino chismes accesorios. Es cierto que en muchos momentos nos gustaría saber de qué vamos a escribir; pero hasta esto, en muchas ocasiones, es lo de meons, como lo prueban la clase de temas que se abordan.

Por eso, por una especie de razonamiento subterráneo, puede decirse que todo este preámbulo no tiene nada que ver con la historia. Hubiese sido mucho más apropiado comenzar con una serie de preguntas terribles y de seguro efecto: ¿Qué era aquello tan misterioso que me amenazaba? ¿Por qué estaba en aquella casa con tales gentes alrededor? ¿Por qué mi amigo Antonio daba clase de inglés a aquellos alemanes? ¿Cuál era el título de aquella obra teatral tan macabra y por qué la actriz principal (extranjera) vestía de modo tan inmoral? ¿Qué mensaje secreto encerraba la visita inesperada de mi padre, muerto diez años antes? ¿Por qué fingía desmayos cuando los ataques misteriosos me daban tregua? ¿Es que la chica coqueta, respingona y morena, buscaba sólo soliviantarme? Si fué así, ¿a qué venía el plano de aquella cama deshecha? ¿Por qué trasladaban los muebles de la habitación? ¿Por qué se sublevaron los empleados de la oficina? ¿Por qué sonaba el extraño aparato de radio en la habitación contigua, sin que nadie le diese cuerda? ¿De dónde salió esa habitación contigua que antes no existía? ¿Por qué no

comprobé el número de habitaciones resultantes para ver si habían aumentado o disminuído?, y, sobre todo, ¿cuál era el extrañísimo y trascendente significado del chiste que mi amigo Antonio contaba a los alemanes en inglés: «Una dinamo es a un transformador como el guardián de arriba es al guardián de abajo?»

Sabíamos seguro, aunque nunca lo vimos, que el guardián de arriba era enorme, gigantesco, terrible incluso. ¿Cómo sería el de abajo que le sobrepasaba en tanto? Sólo la pregunta bastaba para aterrorizarnos; hasta mi amigo Manolo, que es robusto y sabe tanta química, se estremecía cuando la planteaban. Por eso es mucho más increíble que más tarde, a lo largo de esta historia, su tío se permitiera un chiste sobre asunto tan espantoso. ¿Era, acaso, porque lo explicaba en inglés a unos alemanes? Podría ser una excusa, pero creo que insuficiente.

Por mi parte, si antes no me hubiesen ocurrido cosas tan desconcertantes que me llenaron de terror, creo que hubiese discutido el asunto con violencia o, al menos, no lo habría aceptado con la tranquilidad con que lo hice. Pienso que quizá mi conciencia culpable tuviese la culpa de todo (o de parte por lo menos).

Digo esto porque mis intenciones, aunque me cueste confesarlo, habían sido muy impuras y casi—de esto no estoy tan seguro—mis acciones llegarán a la inmoralidad. El asunto comenzó cuando aquella chica, respingona, morena y provocativa, que ya conocía de sueños anteriores, se dedicó a meterse conmigo. No intento disculparme con esto, pues, es indudable, algo debió ver en mí que le dió la seguridad de que era terreno propicio para ejercer sus artes.

Entró sonriente—de aquella manera especial—y me llamó bobo.

Aun sintiéndolo, que debe interpretarse como que no lo lea quien se pudiera escandalizar, no me queda otro remedio que explicar fielmente el asunto.

La muchacha sonreía, picaresca y provocativa, y repitió:

—Eres un bobo, el hombre más bobo que he conocido.

—¿Sí?—contesté.

Se había acercado mucho a mí. Alzaba la barbilla y, con un vaivén casi imperceptible, movía los hombros adelante y atrás.

—¿Qué piensas?—preguntó, a mi parecer innecesariamente.

Era su voz cálida, grave y emotiva, y llevaba una falda oscura con un jersey negro, sin mangas, muy ceñido. Alzó una mano chasqueando los dedos:

—Tabaco—pidió.

La primera bocanada de humo me la echó de lleno a la cara. Yo lo había visto hacer otras veces y permanecí quieto.

—¿Por qué me miras con esa cara de idiota?—dijo un paso medio de baile y siguió—: No es necesario que digas nada; ya sé lo que se te está ocurriendo.

Acabó por acurrucarse en un butacón, sentada sobre sus propias piernas, y fumó unos instantes en silencio. De pronto empezó a dar muestras de impaciencia.

—¿Y bien?—me espetó, mirándome muy fijo.

Me acerqué despacio, a mi vez, y cuando estuve junto a ella empezó a hablar, sin volver la cabeza hacia mí. El tono era más grave, casi ronco:

—No pretendas disimular. Tú me estás deseando; me deseas hace tiempo. Porque soy joven y mi carne es firme y elástica y porque mi voz, el rojo de mis labios y mi actitud toda te están excitando poderosamente. Si te estás quieto, es sólo por miedo a que te rechace y te pongas en ridículo...

Tiró el pitillo al suelo y arqueó el busto sobre el brazo del sillón. Con los ojos entornados, susurró:

—¡Cobarde!...

Las cosas se precipitaron rápidamente. Salté hacia ella y hubo un forcejeo violento. Había conseguido aferrarla por un hombro, mientras mi boca buscaba ciegamente la suya.

Digo ciegamente porque, indudablemente, yo no debía ver nada, cuando ocurrieron las cosas de la manera que se verá.

Mis labios chocaron contra algo, que yo esperé encontrar cálido y suave; pero no lo era. El contacto era frío, resbaladizo, y producía dentera. Me irritó tanto esto que lancé una dentellada y lo agarré con los dientes. Entonces sonó una carcajada burlona y pude ver las cosas un poco más claras.

La chica estaba de pie, en el otro extremo de la estancia, y en su mano derecha llevaba un guante de goma; uno de los dedos de este guante, prodigiosamente estirado, era lo que yo mordía con furia por la punta.

Ella se reía cada vez más fuerte, y esto acabó de hacerme estallar:

—¡Miserable, desvergonzada!—barboté—. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Qué motivos te he dado para que me trates así? ¿Cuándo te he ofendido yo? ¿Es que alguna vez me he atrevido a molestarte?

Luego, más bajo y mucho más abatido, continué:

—Todo es igual siempre... Las cosas que cuelgan en los muros se desploman ante mi vista y las tardes se hacen lluviosas, tristemente grises, cuando alzo la mirada al cielo. Ya no puedo caminar sin que se me rompan los cordones de los zapatos, y los niños se asustan cuando me ven con mi traje roto y manchado de polvo. Se quedan parados, con los ojos muy redondos y abiertos, y la sonrisa huye para siempre de sus labios.

Pienso que es tiempo de resignarse; intento, incluso, convenirme de que es justo y natural que el polvo llegue siempre hasta mis tobillos o que las casas se cubran ceñudas las fachadas con negras enredaderas, impidiéndome solicitar un cobijo en ellas. No, te lo aseguro, esto no es una queja, sino una constatación de hechos; creo que nadie podría decir lo contrario porque, ¿por ventura es prueba de la dejadez de mis movimientos o el abatimiento de mis hombros? Si no sonrío, cosa que no intento negar, puede atribuirse a un carácter especial de mi humor o particularidad temperamental; de ninguna manera debe explicarse como manifestación, aunque pasiva, de protesta contra el hado. Tengo un cerebro, creo, si no valioso para la humanidad,

si para mí, que no dispongo de otro, y este cerebro es el que me arguye razonamientos y con largas y enjundiosas disquisiciones me anima a contemplarlo todo como parte de mi papel en la vida, tanto lo bueno como lo malo, y en consecuencia, todo ello aceptable e imprescindible, por obligatorio, para realizarme a mí mismo.

Si, nunca consideré ofensiva la situación de las cosas y de las personas que me rodean, y acepté la sorpresa, por desagradable que fuese, sin más vacilación que la naturalmente humana o animal, irreprimible por su misma naturaleza.

Creía haber llegado a una actitud estable, de cortés indiferencia, ante el aleteo continuo de las cosas. Pero tú, mujer, has sabido herirme en lo vivo con despiadada precisión, y todas las protestas, ya dormidas o muertas, han resucitado con mayor fuerza que nunca. Estoy llagado en el centro de mi cuerpo y cientos de millones de nervios, misteriosos y secretos, se han puesto a vibrar dolorosamente para martirizarme. Además, la lluvia está mojando mi cara con agua y lágrimas, irremisiblemente unidas sobre mí para lo sucesivo. Ya no sé qué decirte ni creo necesaria una explicación ulterior; sufro mucho y puedes figurarte por qué, pues, si mis sentidos no me engañan, tú sabías que siempre te he amado.

La chica estaba de pie, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared. Bostezó muy despacio antes de hablar:

—Me aburres...—dijo

Salió sin volver la cabeza, arrastrando mis pies descalzos contra las baldosas.

II

EL REGRESO DE MI PADRE

Mi dormitorio, con su cama deshecha y repugnante por la intimidad que mostraba, estaba atestado de muebles. Los habían amontonado junto a la ventana, en desorden, y si no muy viejos, por lo menos resultaban muy estropeados. Los barnices estaban saltados por golpes y arañazos y el relleno se escapaba por los muchos rotos de la tapicería.

Empecé a encontrar desagradable el panorama y deseé que hubiesen buscado otro lugar para guardarlos. El montón era deprimente para el ánimo y, sin querer, lancé un profundo suspiro.

Entonces oí un ruido que venía del rincón, donde se hallaba un gran armario de madera de roble. El mueble tenía las puertas entreabiertas y, aunque éstas la ocultaban en parte, pude ver a la persona que registraba tranquilamente los cajones y bateas. Así para que se volviera, al tiempo que me acercaba con cierta curiosidad.

El hombre se volvió, efectivamente, y resultó ser mi padre, muerto diez años antes.

Llevaba un batín a rayas azules y negras, y al sentir el aroma característico del masaje que usaba siempre, comprendí que acababa de afeitarse.

Mi padre, muerto diez años antes, estaba allí mirándome, ni triste ni serio, y yo traté de adivinar el mensaje que, sin duda, me traía. Alzó una mano para acariciarse el bien resurado mentón y luego la dejó caer descuidadamente, como si aquel ademán no tuviera ningún fin determinado. Era muy curioso comprobar lo poco que había cambiado y qué igual a sí mismo seguía siendo, pese a haber muerto diez años antes.

—Padre—comencé, después de llevarme la mano a la frente para saludar—, ¿cómo has venido desde tan lejos? ¿Cuál es ese mensaje, tan importante sin duda, que me traes? Ya veo que te has afeitado, según tu sana costumbre, y reconozco el batín que usabas en invierno antes de morir. Por cierto que está mucho mejor conservado de lo que se podría esperar. Pero, oye, ¿estás seguro de que el mensaje merecía la pena? ¿No resultaría luego que las noticias, quizá sin importancia o ya sabidas, no justificaban un viaje tan largo y penoso?

Hice una pausa y concluí con sonrisa condescendiente:

—Lo de que el viaje fue penoso es una suposición gratuita, que me atrevo a arriesgar vistas las circunstancias.

Por un momento me pareció ver pasar por sus ojos una sombra de fastidio. Se volvió a medias, preguntando:

—¿Me has revuelto mucho el armario?

—Me puse una mano sobre el corazón para constatar:

—Juro decir la verdad y sólo la verdad. ¿También me desilusionarás tú, mi padre, muerto hace diez años? ¿Es tan poco trascendente el mensaje?

¿Existe siquiera?... No mucho—concluí—, sólo ocupé la mitad.

Sin dar muestras de haberme oído, él siguió hablando, al tiempo que registraba una de las tablas altas.

—Yo guardaba aquí unas cuantas cosas... En realidad, muchas más de las que podías esperar. Mira, ¿sabías que estaba esto aquí?—se volvió con un bote de metal y etiqueta blanca en las manos—: Son bombones ingleses, comprados en Tánger.

Abrió la tapa y me dió a probar uno. Reconoció el sabor exquisito de los dulces predilectos de mi niñez. Del mismo bote sacó un envoltorio, que resultó ser una cantidad increíble de calcetines de seda; los fué separando uno a uno, con un tirón rápido, que hacía susurrar la seda, pero por más que sacaba, el paquete seguía igual de voluminoso, como si aún contuviera cientos de calcetines.

Sonrió por primera vez al observar:

—Y todavía quedan muchas cajas más; como para abastecernos durante largos años. Como ves, es un armario bien provisto y lleno de recursos.

—Un armario lleno de contrabando—corregí con voz campanuda.

Mi padre, que murió hace diez años, se volvió, alzando exageradamente una ceja. Esto significaba en él, hace diez años, que estaba sorprendido desagradablemente y próximo a la irritación.

—Hijo mío, ¿te has vuelto completamente tonto?

—No lo quiero Dios—repuse virtuosamente—, por lo menos hasta que me hayas comunicado el mensaje. ¿Es muy largo? ¿Se refiere a la conducta, a la economía o a la salud corporal? Habla, puesto que has venido de tan lejos.

En el pasillo, junto a mi dormitorio, se oía un gran estrépito de voces y muebles arrastrados. Me volví hacia la puerta y por un momento estuve pensando en salir a increpar a los escandalosos. Me detuve al oír la voz de mi padre, muerto hace diez años, que habló con su tono reposado y sonoro:

—Adiós...—dijo.

Cuando miré de nuevo hacia él, doliéndome ya toda la espalda y parte de las vértebras cervicales, comprobé que había desaparecido por completo.

Estuve un momento inmóvil, sin ocurrírseme nada, y luego cerré lentamente las puertas del armario, que aún estaban abiertas.

III

LA REBELION DE LOS OFICINISTAS

Un ruido espantoso me sacó de mi cavilar. Era un arrastrar de muebles pesados, de esa manera brusca y descuidada que tanto perjudica al mobiliario y, sobre todo, es causa de quejas por parte de los vecinos de abajo.

Los vecinos de abajo—los míos—son señores muy importantes y por nada del mundo quisiera indisponerme con ellos; además, me molesta que rompan mis muebles de manera tan gratuita. Otra cosa sería un terremoto, motín callejero o bombardeo atómico de la aviación enemiga; en estos casos, sacrificándome como siempre por la comunidad, nada tendría que objetar al destrozo de mis enseres domésticos. Pero éste no era el motivo del arrastrar ruidoso, y por eso salí al pasillo bastante enfadado.

—¿Qué pasa aquí?—grité con voz irritada.

Si he de ceñirme a la verdad estricta, no puedo decir que me hicieran mucho caso, y menos que alguien se tomase la molestia de contestar.

Los empleados de mi oficina, subalternos en su mayoría, siguieron su afanoso trajinar. Ahora arrastraban un sofá, más o menos «chippendale», bastante pesado y eran tales los golpes que recibía el mueble, que el barniz saltaba a grandes trozos. También ví en el suelo muchas astillas, rastro de traslados anteriores.

Mi indignación por este pillaje se sumó al orgullo herido por la indisciplina de los hasta entonces subordinados míos. Próximo al estallido cólico, me acerqué al más caracterizado de ellos, un muchacho flaco y lleno de granos, y le agarré por el brazo para detenerle en su faena destructora:

—¿Qué haces, desgraciado?—pregunté.

El subalterno me miró torciéndole la boca en forma francamente provocativa.

—Oiga—dijo—, ¿se quiere estar quieto? ¿Es que no sabe que ya es la hora de que nos deje en paz con sus monsergas?

—¡Eso, eso!—aprobaron los demás, mientras golpeaban las sillas contra el suelo.

Tuve que apoyarme en la pared de espaldas, para conservar mi dignidad. Empecé a carraspear con reticencia, durante treinta segundos por lo menos, y por fin hablé con voz que quise hacer aplomada:

—Muchachos, no seáis mezquinos en vuestras aspiraciones ni en vuestras venganzas. Formamos un equipo, un conjunto de varios cuerpos con una sola voluntad. Nuestra tarea, nuestra alta misión, está por encima de rencillas y resquemores individuales; hemos de marchar todos juntos, con la cabeza bien alta, formando un solo haz de voluntades y con fe inmarcesible en nuestro alto destino. ¡No lo olvidéis! El juicio de la Historia y la mirada de la Humanidad futura pesan sobre nosotros. Responsabilizaos con vuestra importante misión, juntad los codos, endureced el cuerpo contra la insidia y la maledicencia extraña. ¡Luchad como un solo hombre, pensando en la trascendencia universal de nuestra obra!... Hemos de hacerlo todos juntos, porque la coyuntura del momento histórico así lo espera de nosotros. No olvidéis que el hombre aislado, simple molécula, nada importante puede hacer. Necesitamos unir todas nuestras fuerzas bajo la dirección de una inteligencia rectora que, por ejemplo, puede ser la mía. Sólo de esta manera se han llevado a cabo las grandes empresas; los descubrimientos de tierras nuevas, los inventos, las grandes conquistas de la ingeniería, la química, la medicina, todos ellos han sido producto de una colaboración entusiasta, sin desmayos, como la que yo os propongo. Es como cocinar un gigantesco pastel de manzanas, integrado por muchos elementos' aparentemente dispares entre sí, pero que una sabia dosificación y un tratamiento adecuado llegan a convertirlo en un todo armónico, fragante y exquisito para el paladar. Es, en suma, el principio básico de toda democracia jerárquica y organizada, único puntal de esperanza que le queda hoy al mundo...

Los muchachos, mis subalternos, me miraron un rato en silencio, con expresiones que variaban de uno a otro rostro, pero que, a mi parecer, eran en conjunto más bien hoscas.

De pronto, como un solo hombre, con una sola voluntad, con un arranque unánime, arrojaron los muebles contra mí gritando todos a la vez:

—¡Fuera!...

Y yo les obedecí para no morir aplastado.

IV

VISITA A LA HABITACION QUE NO EXISTIA

Así fui a refugiarme en la habitación amplia que, nada más entrar, me produjo tal sensación de extrañeza.

Era una estancia grande, en la que sonaba una música apacible, de amplios movimientos armónicos, cuya resonancia era un gratisimo consuelo para un corazón tan apenado como el mío. En el centro, más bien hacia la pared de la izquierda, había un complicado artilugio de cables eléctricos, gigantescos aisladores y discos metálicos, muy pulidos, que no sé por qué, me recordaron un gabinete de rayos X. En realidad se trataba de un aparato de radio-gramola, tan perfeccionado que no necesitaba cuerda, que había sido construido por mis amigos Manolo y Luis, grandes aficionados a la música y licenciados en ciencias físico-químicas. La música, directamente retransmitida de «París-Inter», seguía sonando con maravillosa calma, toda pureza y nitidez, por lo que supuse debía ser una zarzuela de Bach o bien un cuarteto de ese Vivaldi que está tan en moda.

—Tú—comencé dirigiéndome a la música—, que vienes de tan lejos ¿has pensado alguna vez en el oído que te ha de recibir? ¿Sabes si es un oído amistoso, bien dispuesto a escucharte, o por el contrario sólo la irritación y el fastidio es lo que vas a despertar? ¿Cómo puedes, tan a ciegas por la distancia, determinar con certeza la amplitud de vibración que has de emplear para producir en ese oído anónimo, la resonancia grata y confortadora? Aún te pido más; dime cómo supiste que yo entraría aquí y cuál era el estado de mi ánimo, que tan justa y consoladora resultase para mi capacidad auditiva y mi miseria espiritual respectivamente.

La música me contestó suavemente, con una simpatía tan amistosa, que este hecho insólito me animó a salir a la calle.

* * *

Debo decir que continuaba extrañado. Había al-

go que me tenía con el ánimo absorto y el pensamiento perdido entre mil marañas nebulosas. La sensación se agudizó al cerrar la puerta de aquella habitación y después del chasquido de la cerradura, estuve un lapso de tiempo, indeterminado aunque supongo largo, que poco o nada percibí del mundo en torno. Surgía en mí la acuciante sospecha de un misterio cercano, al alcance de mi mano temblorosa, pero que al no poderlo desvelar todavía, me llenaba de absurda congoja. Y me acercaba más y más al secreto, lo sentía, y con ello aumentaba mi desazón de tal manera, que hube de hacer grandes esfuerzos para que las lágrimas no llegaran a mis ojos. Por fin, de una manera paulatina y apresurada, imposible de describir, llegué al convencimiento de que la explicación era aquella misma habitación, o mejor dicho, el hecho de que se encontrara en aquel lugar, pues si mi memoria no me era infiel, jamás existió aquella estancia en mi casa. Revisaba la colocación de las habitaciones, de memoria, y nunca me salía la cuenta; primero mi dormitorio, luego la salita donde tuvo lugar la entrevista con la muchacha descarada y, por último, aquel cuarto del que sacaban muebles los indisciplinados subalternos de mi oficina, y ya no había más puertas en aquel tramo de pasillo.

Me retorcí los dedos hasta hacerme daño. Sin embargo, era innegable que yo había abierto la puerta y penetrado en la habitación que no existía. Una estancia amplia, se recordará, en la que sonaba una música maravillosa.

Clavé mis uñas en las palmas de las manos hasta que brotó sangre.

La habitación que no existía, a pesar de todo, estaba situada—en la memoria y en otros lugares inaccesibles—justo entre mi dormitorio y la salita en que hablé con la muchacha aquella. Esto era tan cierto como que, hasta entonces, sólo un delgado tabique había separado al dormitorio de la salita.

Me mordí los labios con fuerza, sin apenas sentir dolor.

Había dado con el misterio—ahora lo palpaba—, pero era impotente para explicarlo. Mi extrañeza se trocó en franca angustia, y sin rencor alguno, debí hacer constar que nadie vino a tenderme una mano amiga.

Por eso seguí solo, con mi corazón oprimido y solitario, siendo el único hombre en la Historia—por lo menos, que se pueda recordar—que había entrado en la habitación que no existía. Una estancia amplia, según dije, en la que sonaba una música llena de calma y que, a pesar de todo, no existía en el plano de la casa.

V

EL AHORCADO «HOY»

De pronto, tan distraído en mi tristeza estaba que no advertí nada; me encontré detenido delante del ahorcado.

Parece conveniente una advertencia y una pausa para reposar.

.....

Estábamos—ustedes conmigo—detenidos ante el ahorcado, y digo, ya que viene a cuento, que de la manera en que se precipitarán los sucesos subsiguientes no quiero, en manera alguna, hacerme responsable. Podría suponer, hipotéticamente, no digo que lo haga así, que el dinamismo o la precipitación vinieron junto con los visitantes de ultramar, por ser aquellas tierras en las que, al parecer, se da tan espontáneamente como el maíz, la batata o el indio piel roja. También es cierto que simultáneamente las cosas se tornaron mucho más confusas, y por esto mismo no debe culparseme de que la narración pierda la claridad realista y justeza de expresión de que ha venido gozando hasta ahora. Piense el que leyere que, ante todo, el primer perjudicado fui yo mismo, puesto que padecí personalmente las consecuencias, y, sin que esto sea adelantar acontecimientos, puedo decir que aquello fué, en definitiva, la causa de que termine el relato en la terrible situación en que me hallo.

.....

La cuerda, una sogá embreada de cáñamo, estaba cortada en dos trozos, que se unían por un pegote de argamasa. Me pareció un procedimiento ingenioso para reparar la rotura, aunque poco duradero. Mi amigo golpeó con los nudillos para



probar la resistencia, y al mover la cuerda el ahorcado balló desordenadamente en el aire.

Colgaba con la lengua fuera, un trozo de carne tumefacta, casi negruzca, y tenía los labios y los cercos de los ojos muy morados. «Cianosis», nos explicó luego mi amigo Antonio, que es licenciado en Medicina y Cirugía. Era una mueca retorcida sobre la absurda corbata de sogá y un cuerpo convulso, con los brazos y piernas distorsionados. Resultaba grotesco y daba náuseas, y también se caba la boca y daba dolor de cabeza, y las piernas se quedaban extrañamente flojas y uno se preguntaba qué era aquello, por qué estaba uno allí y qué hacía uno que no se marchaba corriendo a otra parte.

Encima de todo había un gran cartel, con las letras rojas, que decía: «Hoy».

Mi amigo llegó poco a poco de muy lejos, porque, aunque juntos físicamente, el ahorcado nos separaba mucho, y entonces habló:

—Esos nos lo explicarán—dijo, señalando a un lado.

Había un bar y en él un matrimonio mixto cenando. El marido era amigo nuestro y se llamaba Luis, y ella era extranjera. Estaban cenando allí porque era ésa una de sus costumbres, aunque a mí me pareció que el lugar era oscuro y poco agradable.

El marido, por encima del hombro, nos explicó:

—Es anuncio de la función que dan en aquel teatro de más abajo. Una obra moderna, muy realista, basada en los procedimientos del «Gran Guignol».

Y siguió cenando con su mujer extranjera.

El ahorcado era un anuncio.

—Entonces—aunque esto no tenga gran valor—podíamos haber jurado que lo presentíamos ya. El ahorcado era un anuncio.

El cartel decía «Hoy», y mi amigo y yo nos fuimos a ver la función en el teatro de más abajo, que era al aire libre. El escenario lo formaban un par de tiendas sin alójar y el público se colocaba en la acera y parte en el arroyo, frente a ellas. Era una especie de embajada cultural de arte moderno.

No sé por qué, sentí un escalofrío cuando caminaba hacia allí.

Cuando llegamos estaba terminando la función, pero eran unos actores tan buenos que entendimos todo el argumento. Resulta que la muchacha del castillo se sublevaba contra el opresor y todos le perseguían; pero algunos le ayudaban y luego la traicionaba el galán que creíamos era su novio, hasta que la salvaba uno que iba vestido de tonto toda la función, con un gorro blanco y el traje muy roto, y que era el único bueno que la quería de veras y hacía que ganase a todos, y ella lo reconocía así en una arenga final en la que fustigaba a sus vencidos enemigos, y se abrazaban ella y el tonto, que, por lo que decía, no lo había sido nunca, sino que fué un truco para despistar a los traidores y sorprenderlos, como efectivamente ocurrió.

—Fijate—me dijo mi amigo y señaló hacia la protagonista.

La actriz, una famosa «vedette» extranjera, vestía un traje masculino de aspecto medieval, de mallas ceñidas. Nosotros nos reservamos nuestra sorpresa, pero no así la gente que nos rodeaba, que empezó a murmurar contra la indecencia del atuendo. La protesta llegó a hacerse general y tan airada que hubo de intervenir la delegación cultural para explicar que se trataba de arte moderno, una obra experimental muy avanzada, que no podía comprender el público.

En vista de eso se disolvió todo el grupo y mi amigo y yo decidimos irnos a tomar café, porque con motivo de los horarios modernos resultó que era mucho más temprano de lo que creíamos.

Así que nos fuimos a tomar café, como digo, y empezaron a ocurrir otras cosas tan curiosas como las que llevo escritas.

VI

AUMENTA EL MISTERIO

Ha llegado el momento en que, queramos o no, nos vemos obligados a hablar del guardián de arriba y del guardián de abajo.

«Mi buen amigo Pancracio—Pancracio Barrenechea—, cómo te recuerdo en este momento. Es una hora vacía de la tarde; todos se han marchado en cumplimiento de misiones desconocidas y sólo nos queda, como un vacío en torno, la gris

tonalidad del crepúsculo. Te veo alto, nudoso, fuerte como un roble de Legarramundi—el viejo bosque de las sorguñías—, con tu boina muy echada sobre los ojos picarescos de viejo itzaitarra. Recuerdo tus grandes zancadas, que tanto me costaba seguir en nuestros paseos vespertinos. Verdientes del Mendimiya, veredas tortuosas de Trecomurdi, remansos verdosos del Eguzka, viejos campos de los vascones, que tantas veces recorrimos juntos... Todos están ahora muy presentes, porque los llevo grabados en el corazón y no hay galerna del Noroeste capaz de arrancarlos de allí. Como tampoco se borrará nunca la risa chispeante, dorada como el sagardúa en el cuenco, con que nos saludaba Marichu al regreso de nuestras correrías. ¡Cuántos años pasados, de mutillá alegre y despreocupado, se me hacen cercanos en un momento! Tú, Pancracio Barrenechea, Marichu la de Azrralar, el viejo Chapalagarra, la santera de Enarrendo y tantos otros, tan lejos en el tiempo y tan cercanos en el pensamiento. A todos os recuerdo en mi soledad presente, pero a ninguno como a ti, mi buen Pancracio; a tu sonrisa resabida y tu gesto de *cashero* somarda. Recuerdo tus ojos grises, las cejas peludas que los emboscaban, tu inseparable paraguas negro y las mil arrugas maliciosas de tu rostro.

»Y recuerdo la expresión de terror que te aparecía cuando tu curiosidad vascongada te impulsaba a hablar del guardián de abajo...»

Si, lector, ya entonces nos estremecía pensar en aquel terrible guardián de abajo. Porque sabíamos, aunque, gracias a Dios, nunca lo vimos, que el guardián de arriba era espantoso de aspecto. Todo el folklore de nuestro viejo país está lleno de alusiones más o menos directas a esa presencia terrible del guardián de arriba; es algo que desde la infancia pesa de tal manera en nuestra conciencia, que a ello se debe la parquedad y laconismo de nuestra raza. Incluso nuestro idioma semibárbaro, duro y cortante se debe a ese conocimiento remoto. Quizá sin saberlo nuestro pueblo se ha estado preparando durante miles de siglos, para el día en que comparezca ante el guardián de arriba. No es lo romo de nuestro espíritu, como dicen los malintencionados, lo que nos hace así, sino la certeza inevitable de esa suprema entrevista.

Siendo esto así, ¿os podéis imaginar nuestro horror cuando nos dijeron que el guardián de abajo sobrepasaba incalculablemente al de arriba? Todas las espaldas de mis coterreños se encorvaron sobre la tierra, aplastadas casi, y por los rostros de las mujeres las lágrimas corrieron durante muchos días y noches consecutivos. Si nuestros ritos os parecen fanáticos y el color de nuestras ropas sombrío, recordad siempre esto. Estamos tratando de ganar tiempo, porque ¿quién nos asegura que, en definitiva, no acabaremos cayendo en manos del guardián de abajo, tanto más espantoso que el terrible guardián de arriba?

Y, con todo, he aquí que aquella misma tarde oí hablar de estas cosas con una despreocupación escalofriante.

Entramos en el café, cuando nos dimos cuenta que era mucho más temprano de lo que habíamos supuesto. Era uno de esos cafés, formados por varias galerías que son fachada a la calle, a los que se ha de subir por las incómodas escaleras exteriores, de barrotes de hierro, que tan poco espacio dejan para asentar el pie. Así, un tanto sofocados, subimos dos pisos, porque todas las mesas estaban ocupadas, hasta que en el tercero vimos a nuestro amigo Antonio sentado con unos extranjeros.

Su sobrino Manolo, que era mi acompañante, y yo nos quedamos sorprendidos cuando comprendimos que lo que hacía era darles clases de inglés. Hasta que, mirándoles más despacio, nos dimos cuenta de que los extranjeros eran alemanes occidentales, y aquello nos pareció muy natural.

Antonio, al vernos, nos hizo un saludo alegre con la mano, pero no interrumpió la tarea. Agitaba la cucharilla, golpeaba un vaso o la garrafa, movía los platos y las tazas o sacaba y escondía un lápiz, todo ello con velocidad pasmosa, mientras de su boca salía un chorro ininterrumpido de palabras:

—...*quítcheirile, veissó, quereife, pleitó, lépeiz...*

Se detuvo un instante para recobrar el aliento y, volviéndose a nosotros, explicó:

—Se trata de un método nuevo, el García, para aprender sin esfuerzo. Estos alemanes han adelantado ya mucho.

—Ya, ya—aprobaron los aludidos con una sonrisa de oreja a oreja.

Hubo un silencio embarazoso, que fué cortado por el alarido desgarrador de una sirena en la calle. Todas las cosas se hicieron más concretas subitamente, como si el aire pesado de la tarde se hubiera solidificado de repente.

Antonio se puso en pie, muy serio y tan pálido que parecía demudado, y con voz seca anunció:

—Ahora un chiste, para amenizar la clase.

Y, ante el espanto helado de Manolo y mío, explicó:

—E *dinamo ts e e transformator*, as el guardián de arriba es al guardián de abajo.

Desde muy lejos, interminable, nos brotó un suspiro a Manolo y a mí. Nuestra vista se había nublado, no sé si de lágrimas o simplemente de miedo, y, sin embargo, los alemanes no entendieron la comparación. Estaban sentados muy rígidos, con las cejas fruncidas por el esfuerzo, y era tan absoluta la incomprensión que se pintaba en sus caras que fué como un revulsivo para mí.

Me acerqué rápidamente, trémulo de espanto y de furor y les increpé:

—¿No comprenden? E *dinamo*, el guardián de arriba, e *transformator*, el guardián de abajo. ¡Si está clarísimo!...

Los germanos movieron la cabeza negativamente mientras yo me mordía los puños de rabia. Manolo se había arrodillado y, dándose grandes golpes de pecho, lanzaba quejidos lastimosos. Antonio permanecía en pie, pero yo vi su rostro palidísimo y las gruesas gotas de sudor que le resbalaban por él.

—Parece una pesadilla...—murmuró muy bajito. Uno de los alemanes intentó pronunciar:

—El cuartían...

—¡Calle, desgraciado!—le interrumpí—. ¿No sabe que esas palabras no las puede pronunciar un extranjero? *Ferboten!* ¡Sólo nuestra raza, achaparada y pluscuamperfecta, goza de este terrible honor!

Los alemanes parecían muy sorprendidos con sus grandísimos ojos azules y yo descendí:

—Se lo explicaré...

—¡No!—me cortó Antonio—. Seré yo quien lo explique.

Pero fué, en definitiva su sobrino Manolo el que empezó:

—*Per me si va nella città dolente. Per me si va nell'eterno dolore. Per me si va tra la perdula gente...*

—*Giustizia mo sse*—siguió Antonio— *il mio alto fattore. Faccemi la divina potestate, la somma sapienza, e'l primo amore...*

—*Dinanzi a me*—añadió yo— *non fur cose create. Se non eterne, io e'erna duro: Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate...*

—Y el guardián de arriba...—dijo Manolo.

—... y el guardián de abajo...—siguió Antonio.

—... están separados por una puerta así por la que hemos de pasar—terminé yo.

La reacción de los alemanes fué muy extraña.

—¡Kolosal!—gritaron al tiempo que aplaudían a rabiar.

Nosotros tres lanzamos un gemido de desesperanza, temiendo lo peor. Pero todo estaba tranquilo en la tarde y siguió en suspenso, como una terrible pausa llena de significaciones.

Antonio, con la cabeza hundida entre sus brazos, habló con voz sorda:

—Nuestra raza, desde siempre, ha sido poseedora de ese secreto. Un secreto horrible, como un cáncer que nos devora las entrañas. Trabajamos,

amamos y sufrimos e incluso, a veces, en esos tonos tristes que pueblan nuestras montañas, nos reunimos en grupos para cantar. En apariencia somos solamente melancólicos o un poco taciturnos; pero la explicación es siempre el terrible conocimiento que nunca nos abandona. En los dolores y en las alegrías, día y noche, despiertos o en nuestros sueños, en la soledad o en compañía, la sombra de ese terrible guardián de arriba, ese a quien, no sabemos cuando, hemos de ver frente a frente, pesa sobre nosotros de manera angustiosa. No hay tarea, entretenimiento o acto sea cual fuere, que nos haga olvidar. Y surgiremos ante él, en un futuro próximo o remoto, pero cierto, y nos encontraremos desarmados, inermes como niños recién nacidos. Y él, entonces, nos mirará...

—El nos mirará—siguió Manolo, que se había sentado en el suelo— y nosotros contemplaremos toda su faz terrible, sin ningún velo. La visión se desplomará sobre nuestra pequeñez, como una catarata inmensa de sensación y de poder. Temblaremos... temblamos ya pensando en ese momento, y durante siglos, nuestra raza ha temblado con sólo imaginarlo. En realidad, todos nuestros actos, nuestras costumbres, todas las palabras que hemos pronunciado y que pronunciaremos hasta entonces, y todos nuestros pensamientos, están subordinados directa o indirectamente a la consideración de esa entrevista. Nuestra vida ha sido dura, creíamos que difícilmente podía ser peor, pero ahora...

—Ahora es mucho más espantoso—continuó—; como una horrenda pesadilla, inacabable. Porque, antes, nos quedaba una seguridad que nos la hacía soportable. Esto era suficiente para consolarnos de todas las miserias. Creíamos que después del pavoroso momento, y aunque la angustia fuera terrible, todo se arreglaría luego de la mejor manera. Mas he aquí que el mundo ha vacilado, sacudido en sus más hondos cimientos, y ante

nuestros ojos desorbitados es como si los ríos corrieran al revés, las montañas caminasen o la posición inalterable de los astros cambiase continuamente. Los hijos desconocen a los padres y éstos a sus esposas, y tú y yo nos confundimos en un otro extraño e incomprendible, porque nuestro cuerpo nos resulta algo desconocido e independiente, cuyas reacciones nos es imposible prever. Y es que, en el tremendo embrutecimiento de nuestra vida, habíamos olvidado al otro; a aquel cuyo horror sobrepasa en tanto al guardián de arriba. Aquel ante el cual, posiblemente, tengamos que comparecer a continuación. Aquel cuya misión es infinitamente más horrible, porque es perdurable, por los siglos de los siglos, en la misma intensidad de congoja. Habíamos olvidado, digo, al guardián de abajo...

Dos de los alemanes lloraban copiosamente, a la germana,

mientras el tercero silbaba, en sordina, temas del «Ocaso de los dioses». Antonio volvió a levantarse y con voz tensa anunció:

—La clase ha terminado.

Hubo un silencio tremendo, aunque breve, y súbitamente estalló un trueno horrisono:

—¡El cuartían, el cuartían!...—gritaron los alemanes mientras huían despavoridos.

Nosotros también corrimos, manteniéndonos Unidos instintivamente, y atravesamos calles y plazas entre un tumulto infernal. Todo el mundo se mo-



via precipitadamente, como nosotros, y de todas las gargantas se escapaba un grito unánime de terror:

—¡Ya vienen, ya vienen!...

Una turba enloquecida nos arrastró, separándonos momentáneamente, y por fin nos encontramos reunidos en un piso lleno de gentes extrañas, a quienes, sin embargo, no pareció sorprender nuestra presencia. Los gritos de la calle se apagaron bruscamente, como si una mano gigantesca tapase todas las gargantas, y nosotros nos encontramos atónitos, casi pasmados, entre el ir y venir incesante de las gentes de la casa.

Eran muchachos jóvenes en su mayoría, chicos y chicas, parecían preparar una fiesta o algo por el estilo. Mis amigos se fueron a ver si averiguaban de qué se trataba, y yo me quedé solo en el extremo en que el pasillo se ensanchaba formando una especie de recibidor.

Me sentía muy inquieto, como si me amenazara un grave peligro, y no pude menos de lanzar recelosas miradas a mi alrededor. Había algo ominoso en el ambiente, y las voces incomprensibles y las risas apagadas que me llegaban de lejos contribuían a aumentar mi desazón. El tic-tac de un reloj sonó acuciante junto a mí.

A mi izquierda había una puerta tapada por una cortina, y cuando la estaba mirando muy fijo, la tela osciló suavemente. Una sensación de peligro inminente se apoderó de mí. Recuerdo que pensé: «Es un plan preparado con diabólica astucia. El asesino se las ha arreglado para que me quede a solas en esta casa llena de gentes que es mueven sin parar, y ahora me matará sin que nadie pueda saber quién ha sido.»

Un sudor frío bañó todo mi cuerpo, y cuando la cortina volvió a oscilar no pude contenerme y lancé un penetrante alarido de terror.

Al instante todos me rodearon, más o menos sorprendidos, pero prodigándose frases de consuelo para reconfortarme. Yo les dejé hacer, pero sin fiarme mucho porque, estaba seguro, uno de ellos era el asesino.

Una chica más bien pelirroja me cogió la mano mientras me preguntaba con gran solicitud:

—¿Cómo se ha atrevido a quedarse a solas? ¿No sabe que el asesino le anda rondando y en cuanto pueda cogerle le matará? Es usted muy valiente —añadió mirándome a los ojos—, si es que así pretende desenmascarar al criminal; pero no debía arriesgarse a tanto...

Se acercó un hombre de edad mediana, y después de escucharme un rato en silencio, observó con voz pedante:

—Yo soy el detective, ¿sabe?, y todo esto no acaba de convencerme. Es raro que usted, precisamente la persona que ha sido amenazada más directamente por el asesino, se arriesgue de esa manera. Empleo a sospechar que usted sabe más de lo que dice... Quién sabe si no será el criminal y todo este atentado lo ha fingido para desviar sospechas.

Lo miré muy fijo, sin responder, aunque mostrándole todo el desprecio de que soy capaz.

Los demás emitieron teorías más o menos contradictorias, cada cual la suya, pero hablaban con tal indiferencia como si se tratase de un hecho objetivo y por pura fórmula, que no pude menos de sentirme ofendido. Se había entablado una discusión académica sobre los motivos que movían al asesino para causar tal trastorno, y llegaron a cl-

vidarse de tal manera de mí, la presunta víctima, que incluso aludían a la posibilidad de que triunfase en la próxima tentativa, como a un motivo más de especulación, pero sin tener en cuenta para nada mis sentimientos personales. Mi indignación creció de tal manera que me impulsó a cometer una estupidez.

En el momento en que se hallaban más enfriados en sus argumentos, y como viera que no reparaban apenas en mí, lancé un gran aullido y me dejé caer al suelo como un peso muerto. La estratagema dió en parte el resultado apetecido, pues las conversaciones cesaron al instante y todos acudieron a mi alrededor.

Empero, después de algunos comentarios de extrañeza, al no encontrarme ninguna herida, decidieron que era necesario realizar un registro en la casa y todos me abandonaron.

* * *

Me he quedado solo, tumbado en el suelo, con los ojos cerrados, y un terror creciente agarrota mi corazón. Porque comprendo que todo ha sido urdido por el asesino, que ha descubierto mi fingimiento y así se aprovecha de él para conseguir que me dejen solo y terminar de verdad conmigo. No puedo quejarme porque es mi propia tontería la que le ha dado armas a mi enemigo, y al miedo se une una humillación tan profunda que casi me hace llorar.

Durante un rato permanezco en el suelo, sin acertar a moverme, hasta que mi ansia de escapar vence a la paralización de mis miembros. Me pongo en pie de un salto y, gritando y

llorando, corro a buscar a los otros. Necesito su compañía, ver sus rostros y oír sus palabras para escapar al frío horror de mi pesadilla.

Pero la casa se ha quedado extrañamente desierta. Todas las puertas que dan al pasillo están cerradas con llave, y por más que golpee en ellas con todas mis fuerzas nadie viene a abrirme. Sin embargo, para mayor desesperación, oigo cuchichear al otro lado e incluso alguna carcajada furtiva de tono infinitamente burlón.

La soledad, la terrible indiferencia de todo lo que me rodea, y ese algo presentido que noto en el ambiente acaban por desatar mi pánico. Corro enloquecido por el pasillo, arriba y abajo, sin conseguir escapar porque todas las puertas están cerradas, e incapaz de defenderme en mi estado de suprema debilidad.

Por fin, extenuado, me he escondido en un rincón, protegido en parte por una nevera de hielo. Acurrucado, con el papel sobre mis rodillas, trato de relatar esta horrible historia, llena de enseñanzas, a través de la cual he llegado a mi triste situación actual.

Siento que mi fin está próximo; el asesino ronda sin descanso, y tarde o temprano, por la espalda o desplomándose sobre mí, la maza golpeará mi cabeza por última vez. Nada puedo adivinar salvo la terrible certidumbre de este hecho y la inutilidad de todo cuanto haga por evitarlo.

Y con la garganta seca, resollando, dolorido por mi incómoda postura y trémulo de angustia, escribo y escribo como un poseído.

Hasta el fin...



CONSULTA A LAS ESTRELLAS

¿HAY HABITANTES EN MARTE?

La astrología horaria, que pocas veces se equivoca, dice que sí

OPORTUNIDAD DE LA PREGUNTA

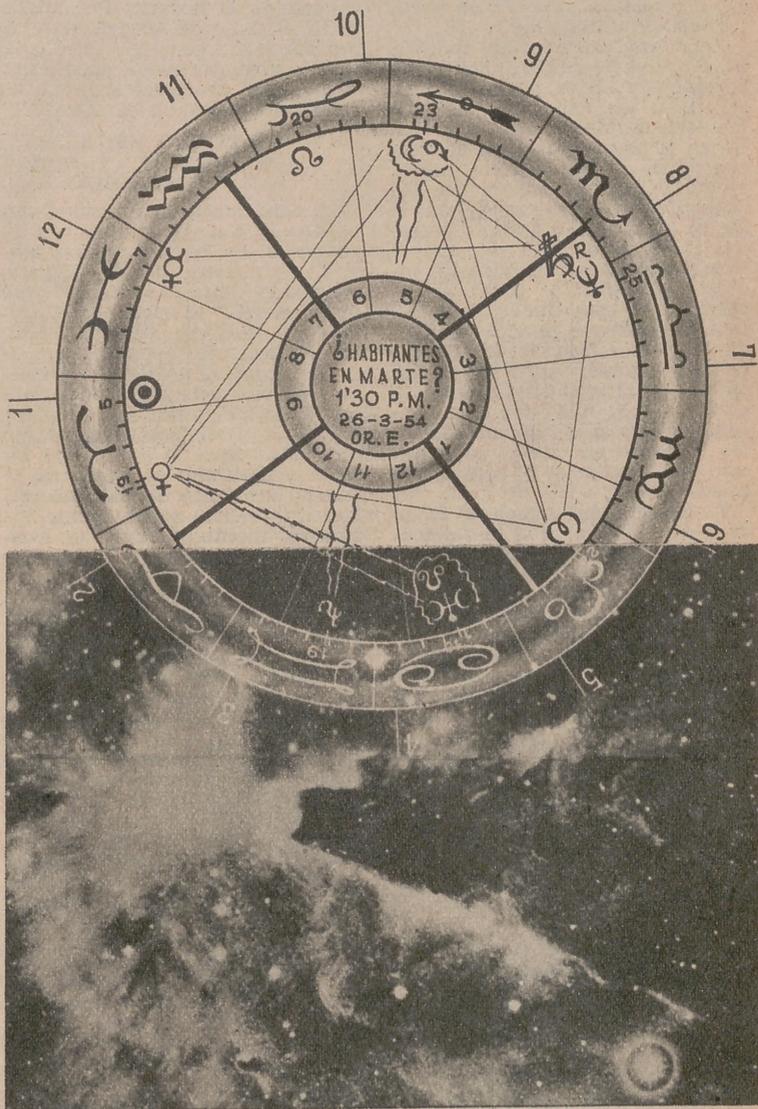
Al parecer es el nuestro el único planeta confortable del sistema solar

MIENTRAS la astrología radical relaciona las características cicloastronómicas del momento y lugar del nacimiento con la psicología y predestinación del nativo, la llamada astrología horaria se basa, análogamente, en la afinidad que siempre existe entre los ciclos cósmicos y cualquier decisión humana.

El fundamento de la astrología horaria puede comprenderse fácilmente. Supongamos que hemos sembrado una semilla en una tierra apropiada y queremos averiguar si prosperará o no. Bastará sencillamente que conozcamos la época adecuada para la siembra y que «miremos al almanaque». Otro ejemplo: En un mes de mayo, alguien aterriza en un lugar que desconoce hasta el extremo de ignorar si se encuentra en una latitud austral o boreal. Pero las amapolas y margaritas que le rodean le indican que ese mes de mayo es primavera y que, por consiguiente, se encuentra en una latitud nórdica, es decir, sin las estaciones cambiadas.

La dificultad práctica de la astrología horaria se halla en el momento elegido. La pregunta debe ser clara, espontánea y, sobre todo debe responder a un deseo auténtico y pleno de conocer esta misteriosa respuesta de las estrellas.

Yo he podido hacer esta pregunta sobre si hay o no hay habitantes en Marte muchas veces en mi vida, máxime teniendo en cuenta mis muchos años de investigación astrológica, así como mi curiosidad por este tema. Pero la realidad es que nunca se me había ocurrido. Sin embargo, el 26 de marzo de 1954, a la una y



media solar (deducida la corrección de Greenwich), sin saber por qué, una imprevista asociación de ideas despertó en mí la decisión, tan espontánea como vehemente, de «consultar a las estrellas» a propósito de esta apasionante interrogación humana.

Antes de interpretar el horóscopo que encierra la respuesta quiero subrayar que, hasta ahora, todas las respuestas que he obtenido por medio de la astrología horaria, dentro de las limitaciones impuestas por el libre albedrío, han sido muy útiles para mi propia orientación y han respondido sorprendentemente a la realidad.

A título de curiosidad, citaremos que ya en el siglo XVII Wil-

liam Lilly, con ayuda de la astrología horaria, en 1651, predijo la gran peste de 1665 y el enorme incendio de Londres del año siguiente.

EL SOL ES UNIFICACION, EXPANSION Y VIDA

La astrología horaria ha servido para averiguar, incluso, el paradero de una persona extraviada o las características de un ladrón. Pero, volviendo a nuestro tema, analicemos a continuación el croquis del horóscopo adjunto.

El Asc., o sector número uno, es el que señala el tema mismo de la pregunta, es decir, el signo que toca dicha cúspide ascen-

dente, el astro dueño o gobernante de ese signo y los astros que puedan ocuparlo. Vemos que este signo es Leo, reino del Sol, cuyo significado clave es la unificación, la expansión y la vida. Luego, en principio, la vida existe en Marte. Por añadidura, el Sol se encuentra localizado precisamente en Aries, domicilio de Marte.

El tema de la consulta se estudia también en el sector de similar significado. En todo horóscopo la casa nueve se relaciona con el extranjero, con lo lejano, con la filosofía y las grandes curiosidades. Pues bien, en la cúspide nueve están Aries y el Sol. La respuesta afirmativa no puede ser más contundente.

Pero hay mucho más todavía. El Sol, representativo del tema, pertenece a Marte, por encontrarse en su domicilio de Aries. ¿Y dónde está Marte? Marte se halla en el sector quinto de la creación y de los hijos, en el sector de la VIDA. Por añadidura, se encuentra en conjunción con la Luna, que es la polaridad receptiva o negativa de la vida, mientras el Sol es la polaridad expansiva o positiva. Y como consecuencia de este dualismo, podemos deducir que la vida marciana—en el sentido de la pregunta—es también, como la humana una vida dualística, sometida al bien y al mal, con imaginación y emociones lunares. (Máxime teniendo en cuenta la oposición de Júpiter a la conjunción Luna-Marte.)

El planeta que ocupa el signo de Leo es Plutón, el último descubierto, y por consiguiente, el más desconocido por los astrólogos. Parece relacionado con todos los procesos de renovación y con el subconsciente colectivo. Su presencia en el signo de la consulta y su trigono con Marte, dueño de la casa novena en Aries también representativa de la consulta, es

Otra respuesta directamente afirmativa y que posteriormente analizaremos al esbozar la psicología marciana.

En todo horóscopo, junto a las casas terrestres que parten del Angulo Oriental o del Asc., se deben estudiar también las casas solares, que parten de la posición del Sol considerado como Ascendente o sector solar número uno. En este horóscopo, por hallarse el Sol en los primeros grados de Aries, las casas solares coinciden sensiblemente con las casas celestes o signos. Por lo tanto, el Ascendente, situado sobre los nueve grados de Leo, se encuentra en el sector solar número cinco, sector que, como ya dijimos, es significativo de la vida. Y, por otro lado, en el sector solar noveno, que es Sagitario, encontramos al propio Marte en conjunción con la Luna. Es decir, las mismas respuestas afirmativas y expresadas con idéntica fuerza y claridad.

Los lectores que posean algunos

conocimientos astrológicos no dejarán de comprobar la absoluta objetividad de mis interpretaciones, o lo que es lo mismo, la OPORTUNIDAD de mi consulta. Como he comprobado a través de las efemérides, en ningún otro momento de mi vida podía haberse producido una respuesta tan clara. Téngase en cuenta que si el Asc. representa en principio el tema de la consulta, el Descendente o casa séptima refleja al propio consultante. Ahora bien, yo tengo mi horóscopo radical en los primeros grados de Acuario, probablemente en exacta COINCIDENCIA con la cúspide siete de este tema horario. Por añadidura, el signo de Acuario está correlacionado con la astrología, que es precisamente el medio utilizado para averiguar si hay o no seres racionales en Marte.

SATURNO SEÑALA INQUIETUD, TENSION, PESIMISMO

La casa cuatro se relaciona con el hogar; con la patria, con la geografía. Es, pues, la representativa de nuestro propio planeta. Volviendo a nuestro croquis, ¿qué tenemos ahí? El signo de Escorpio y el adverso Saturno retrógrado. Escorpio, segundo domicilio de Marte, es un signo de muerte y de violencia. Saturno señala inquietud, tensión, pesimismo, ambiente insatisfactorio, así como una vida contraria a nuestras íntimas y naturales aspiraciones. El trigono armónico de Saturno con Mercurio señala lógica, genio inventivo, mecánica; pero la localización de Mercurio en el sector octavo que es el de la muerte, así como el mismo Escorpio, que es la casa celeste de igual número, denuncia el lado destructivo, peligroso o diabólico de esta inteligencia. Por otro lado, la casa solar número cuatro, también representativa de nuestro planeta,



Retrato de Nostradamus, el célebre y discutido astrólogo

se halla en el sector terrestre número doce, el peor de todos. Por si fuese poco, ahí se encuentra también Urano, y en conjunción con el maléfico Nodo Descendente de la Luna, llamada también por los antiguos astrólogos Cola del Dragón. Está también en inarmónica cuadratura con Venus, la estrella de la armonía y del amor, significativa de imprudencia, peligrosidad y de posibilidad de graves accidentes, así como intransigencia y violentas luchas. Pero, sobre todo, Urano es el planeta de la electricidad y de la energía atómica, así como de la soberbia.

El dueño de esta casa solar número cuatro, que es Cáncer, es la Luna, que facilita las emociones y la vacilación; pero lo interesante no es eso, sino su íntima conjunción con Marte. Por otro lado, como Escorpio es el segundo domicilio de Marte, también por el sector terrestre cuatro aparece conexión con nuestro planeta.

¿Quiere esto decir que nos observan y que incluso podrán influir sobre nosotros?

Aunque esto es alejarse del tema estricto de la pregunta, mi impresión es afirmativa.

Analicemos ahora la psicología marciana. Señalemos primero los defectos. La conjunción Luna-Marte revela decisiones precipitadas o improvisadas, vehemencia, reacción fulminante y violenta a toda ofensa, dificultad para asociarse. La oposición de estos dos planetas con Júpiter indica cierta incompreensión para las ajenas exigencias, prodigalidad, vida afectiva irregular, voluntad intermitente, ambición. Por otra parte, el Sol en Aries y el Asc. en Leo denuncia ímpetu, espíritu de dominación, arrogancia, exagerado sentimiento de soberanía, tendencia a la conquista.

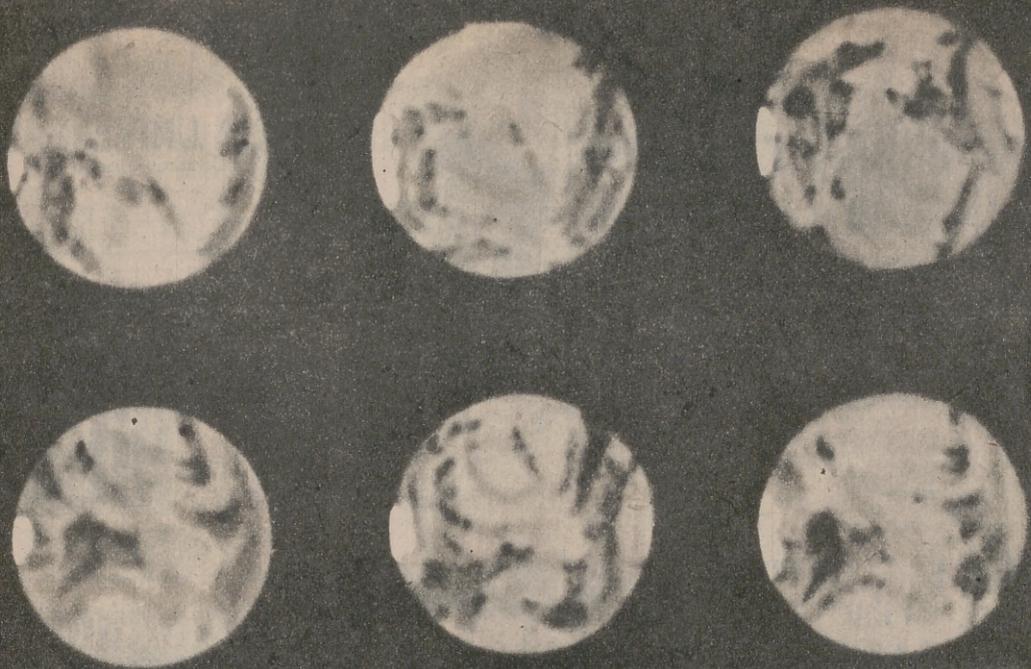
Veamos ahora las virtudes. En primer término, Leo señala lealtad, generosidad, esplendidez, sentimientos hospitalarios y protectores, magnanimidad. El Sol en Aries acentúa la esplendidez y señala valor, actividad y combatividad, así como aptitudes marcadamente deportivas. El Sol en el sector noveno también refleja grandeza de alma, altísima inteligencia, esto último de acuerdo con otros factores del conjunto, así como cierta tendencia a la conquista espiritual del mundo. La armonía de la Luna con Venus revela su lado musical y artístico, y la de Marte con Venus, altruismo y sensibilidad amorosa, aunque esto último con excesiva tendencia al apasionamiento. Plutón indica dotes de mando, adaptación, gran inventiva, espíritu de superación y colectivismo, así como de aventura.

EN MARTE APENAS HAY AGUA

El predominio de los signos de fuego, entre otros factores, acusa un gran espíritu militar, formas tradicionales y monárquicas de gobierno tal vez conciliadas con el socialismo plutoniano, así como una sólida fe y gran espíritu religioso.

Ante este pequeño panorama psicológico, al margen de las diferencias que haya entre unos y otros, podemos deducir que sus defectos se habrán corregido y que actualmente destacarán sobre todo las virtudes, ya que Marte es un planeta mucho más viejo que la Tierra. (En el croquis vemos a Saturno, astro del tiempo y la vejez, en el sector cuarto, que también se correlaciona con la vejez o el final de la vida y este astro se encuentra sin ningún mal aspecto, en armónico trigono con Mercurio, astro de la inteligencia y de la adaptación.)

Una última interrogación que probablemente estará en la mente de muchos lectores. ¿Tienen que ver algo con los famosos y discutidos «platillos volantes»? La ausencia de un aspecto directo de Marte a los puntos representativos de la Tierra no insinúa una respuesta afirmativa, al menos de un modo directo. Pero sí es posible una interpretación analizando las condiciones de vida que refleja el horóscopo. La Luna, que astrológicamente se correlaciona con el agua, está conjunta, como dijimos, con Marte mismo; pero opuesta a Júpiter y en un signo de FUEGO que es Sagitario. En el signo de agua Escorpio está el seco Saturno; en Cán-



Fotografías de Marte en diferentes fases. Se observa en ellas la extensión variable de los casquetes polares

cer, otro signo de agua, se halla la Cola del Dragón y Urano, también seco y en cuadratura con Venus, representativo del bienestar. Sólo queda, en el tercero y último signo de agua, que es Piscis, Mercurio, es decir, la inteligencia y la adaptación, así como la inventiva y la mecánica, por su armónica asociación con Saturno. ¿Qué podemos deducir de todos estos efectos o correlaciones cíclicas? En primer lugar, que en Marte apenas hay agua. (Añádase a los datos anteriores la localización de Saturno en el sector cuatro, que representa la tierra misma de Marte, por decirlo así, condenado en el signo de la muerte que es Escorpio.) Esto está plenamente de acuerdo con el análisis espectroscópico, que revela que Marte es casi totalmente desértico y que la nieve de sus casquetes polares sólo alcanza unos veinticinco centímetros. ¿Quiere esto decir que Marte es ya un planeta muerto donde sólo cabría encontrar ruinas y momias de una antiquísima y misteriosa civilización y que la respuesta de las estrellas, al margen del tiempo, sólo ha revelado un pasado remoto?

Si aceptamos la realidad de la astrología horaria, por muy misteriosa que nos parezca y a la cual yo debo extraordinarios aciertos, hay que eliminar esta suposición. En primer término, el horóscopo revela las condiciones de extrema sequía y, por otro lado Saturno, astro de la vejez en la cúspide cuatro, o de la vejez o fin de la vida, refleja que nos «habla» de una existencia inteligente muy antigua, pero actual.

La adaptación e ingenio de Mercurio, amenazado de muerte en la casa octava y en armónica conexión con Saturno, con maravillosa elocuencia nos recuerda los famosos canales de ese planeta aun sin una clara explicación, e insinúa la probabilidad de que hayan sido construidos PRECISAMENTE para aprovechar la escasez de agua. Esto puede explicar también el que hoy en Marte no haya ciudades populosas, tan difíciles de abastecer.

Pero queda otro problema: el análisis espectroscópico demuestra que no hay oxígeno en la atmósfera marciana, al menos en cantidad apreciable. Pero como esta pérdida de oxígeno tuvo que

producirse paulatinamente a través de milenios, es lógico pensar que antes lograron resolver el problema con oxígeno artificial, como seguramente será también su alimentación.

Por una ley fundamental de compensación, precisamente estas difícilísimas condiciones de vida habrán estimulado el progreso marciano hasta los límites de resolver el inmenso problema técnico de la navegación interplanetaria. Esas mismas condiciones de vida «sobrehumana» habrán facilitado una auténtica fraternidad entre ellos mismos, esa camaradería que sólo es sincera en el dolor. Por otro lado, han tenido lógicamente que pensar mucho en la posibilidad de buscar refugio en otro planeta más fértil y risueño, es decir, en emigrar al nuestro, al parecer el único confortable en nuestro sistema solar.

En resumen, y de acuerdo con todo esto, creo sinceramente en la probabilidad de que sean los marcianos los tripulantes de algunos de los «plátanos» y que están estudiando una emigración más o menos próxima.

Fernando SESMA

PAGINA DE POESIA

POR

Angel VALBUENA PRAT

Con este título y firma se abre la primera página del número 26 de POESIA ESPAÑOLA.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5, Madrid



El TESORO de la JUVENTUD

LA UNICA OBRA QUE INSTRUYE Y DELEITA A NIÑOS Y JOVENES

Basada en los más modernos principios de enseñanza, esta obra reúne todos los conocimientos y los explica de la manera más sencilla, práctica y natural.

La lectura de «EL TESORO DE LA JUVENTUD» resulta instructiva e interesante por igual, tanto para los niños de siete u ocho años de edad, como para las personas mayores.

Los conocimientos que encierra «EL TESORO DE LA JUVENTUD» están pedagógicamente clasificados en las siguientes catorce interesantes secciones: LA HISTORIA DE LA TIERRA - EL LIBRO DE ESPAÑA - EL LIBRO DE NUESTRA VIDA - COSAS QUE DEBEMOS SABER - EL LIBRO DE LOS POR QUE - HOMBRES Y MUJERES CELEBRES, LOS DOS GRANDES REINOS DE LA NATURALEZA - LOS PAISES Y SUS COSTUMBRES, HISTORIA DE LOS LIBROS CELEBRES - JUEGOS Y PASATIEMPOS - EL LIBRO DE LA POESIA - EL LIBRO DE HECHOS HEROICOS - LECCIONES RECREATIVAS - EL LIBRO DE NARRACIONES INTERESANTES.

17 HERMOSOS TOMOS - 6.200 PAGINAS - MAS DE 6.500 ILUSTRACIONES. COMODOS PLAZOS MENSUALES DE PTAS. 130--



ENCICLOPEDIA PRACTICA JACKSON

La Universidad en su propio hogar

Una obra que comprende el plan más avanzado y práctica de enseñanza autodidáctica. Cada uno de los 61 cursos que la integran es un maestro siempre dispuesto a satisfacer los deseos de superación del lector, y los SESENTA Y CINCO EMINENTES PROFESORES que han redactado los 61 cursos que comprenden los 12 sugestivos volúmenes de la «ENCICLOPEDIA PRACTICA JACKSON», han sabido hacerlo con un estilo claro, preciso, brillante, que se lee con absorbente interés. Puede Vd. adquirir esta magnífica obra, en cómodos plazos mensuales de 150— Ptas.

Grandes novelas de la

LITERATURA UNIVERSAL

20 HERMOSOS VOLUMENES - 41 OBRAS MAESTRAS DE LOS MAS FAMOSOS ESCRITORES - MAS DE 9.500 PAGINAS DE AMENA LECTURA.

Un panorama completo de las grandes literaturas con sus obras más esenciales y representativas. Escogidas con el más exquisito cuidado, atendiendo a la variedad de temas y estilos, a la debida proporción entre las diferentes literaturas —española, francesa, inglesa, rusa, etc.— tanto como al sentido moral de las obras mismas. Las traducciones de obras extranjeras se han hecho expresamente para esta colección, escrupulosamente cuidadas con arreglo a los textos originales más autorizados.

Ofrecemos esta colección en pagos mensuales de 85 Ptas.



HISTORIA SAGRADA y JESUS EN SU TIEMPO

Dos bellos volúmenes lujosamente encuadernados en media piel, de más de 500 páginas, impresos en papel couché y con gran profusión de ilustraciones y láminas en color fuera de texto. En estos dos obras, que se complementan entre sí, ha sido reunida la clara documentación del historiador, la profunda sagacidad del erudito, el fervor del católico militante y la brillantez literaria de un artifice de la prosa.

Por Daniel Rops.

Suscripción a ambas obras en plazos mensuales de Ptas. 75— cada una.



HISTORIA UNIVERSAL

Por el profesor JACQUES PIRENNE

La obra que ha producido honda impresión en los medios intelectuales del mundo entero y que ha sometido a revisión numerosos conceptos fundamentales del pasado. Una concepción original y fidedigna de la Historia, con una visión audaz y modernísima de la vida de los hombres y de los pueblos, que constituye el más apasionante relato de la gran epopeya humana.

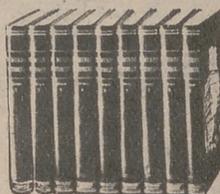
La obra completa constará de ocho grandes volúmenes. Publicados los cuatro primeros, que constan, cada uno, de más de 500 páginas, con gran profusión de ilustraciones, y láminas a todo color.

Suscripción a la obra completa, 125— Ptas. mensuales.

EL MUNDO PINTORESCO

Un viaje panorámico, lleno de colorido, a través de todos los países del mundo.

Una obra en la que se muestra, en toda su original polí-cromía, la vida de todos los pueblos y razas, de todas las religiones y costumbres en todos los rincones del globo, dando una visión exacta de todo cuanto forma el inmenso panorama de la vida del hombre en todas las latitudes.



9 volúmenes, lujosamente encuadernados; con 2.232 páginas, más de 2.000 fotografías y 200 láminas en tinteclor.

En plazos mensuales de Ptas. 110—



CLASICOS JACKSON

20 MAGNIFICOS VOLUMENES - 9.000 PAGINAS DE TEXTO - 100 AUTORES CLASICOS. 130 OBRAS.

Una colección de Clásicos Universales de valor excepcional, por la calidad de las obras y de los autores, por la fidelidad de los textos y de las traducciones y, lo que es aún más importante, por contener todos los elementos necesarios para que su lectura sea comprensible, amena e instructiva para toda clase de personas, posean o no formación universitaria.

Cuota mensual de 100 Ptas.

EL ARTE CULINARIO MODERNO

La mejor cocina francesa y extranjera.

Este libro de 750 páginas, conteniendo 3.500 recetas y 380 ilustraciones (325 de ellas a todo color), es una verdadera enciclopedia de la mesa y el breviarío del culto de la buena comida. Condensa lo esencial de todas las cocinas, la alta cocina, la cocina casera, la cocina regional y la cocina improvisada. Obra indispensable al profesional, resulta asimismo, de una utilidad insuperable a toda ama de casa por novicia que sea en la cocina. Adquirírala cómodamente en pagos mensuales de 40 Ptas.



Por Henri Paul Pellaprat.

NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA

En cinco gruesos volúmenes, contiene positivamente igual cantidad de texto en número de palabras y letras que otras Enciclopedias en doble número de volúmenes y que, merced, en gran parte, al elevado tiraje y a otros factores técnicos, se ofrece a un precio que no excede del normal de una obra en tres o cuatro tomos.



O.E.S.T.E

Se la ofrecemos en cómodos plazos de ptas. 75— al mes.

EDITORIAL EXITO, S. A. - Paseo de Gracia, 24 - BARCELONA

Sírvanse enviarme GRATIS y sin compromiso el folleto en colores y detalles para la adquisición de las obras:

Nombre
 Edad Profesión
 Domiciliado en
 Localidad Provincia

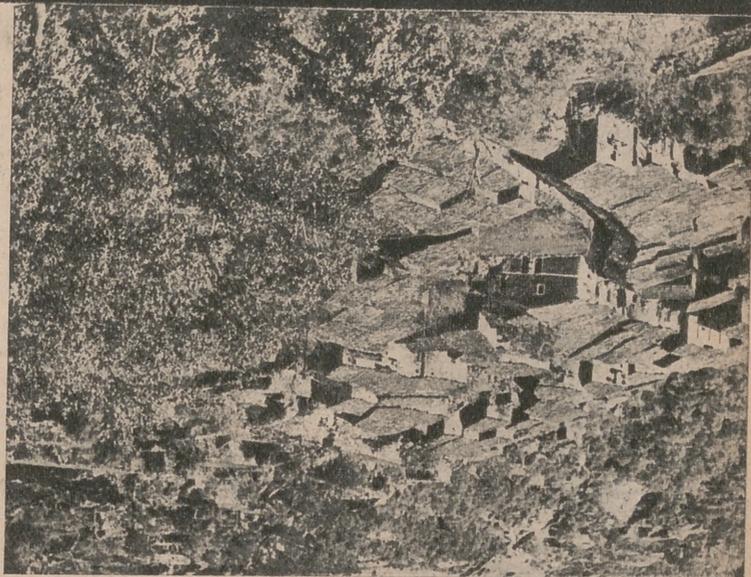
ESPAÑOL 5/75

EDITORIAL EXITO S.A.
 PASEO DE GRACIA 24 - BARCELONA

Toda la obra contiene:
 7.000 páginas.
 36.000 ilustraciones.
 400.000 artículos.
 2.000.000 de excepciones.
 15.400.000 palabras.
 89.500.000 letras.

EL ARBOL SALVA A LAS HURDES

**DIECISEISMIL
HECTAREAS
HAN SIDO
REPOBLADAS
DE PINOS POR
EL PATRIMONIO
DEL ESTADO**



Vista del poblado de Martiandrán, pedáneo de Nuñomoral

El tema de Las Hurdes no ha carecido, por desgracia, de algún que otro explotador literario que cargó las tintas para hacerlo más sensacional. Pero nosotros no queremos seguir las huellas de quienes lo exageraron. Deseamos informar a nuestros lectores con toda la objetividad que permite una cuestión que no puede tratarse sin realismo y cuyo dolor tradicional se mezcla ahora con el gozo del remedio definitivo.

A QUI en Las Hurdes ocurre lo contrario de otros muchos lugares agrícolas de España, donde sobra tierra y falta agua. Aquí sobra agua y falta tierra de cultivo, y las parcelas deben hacerse a contrarroca, en lucha con la montaña estéril. Existen alquerías, o pequeñas aldeas «jurdanas», donde la construcción de una parcela de cultivo exige la prestación personal de todos los vecinos, y sólo cuando ese magnífico hombre de la sierra dice «yo haré un campo» puede expresarse después en frase muy parecida, pero con el verbo arar («yo aré un campo»).

A espuertas debe llevarse la tierra a los entresijos de la roca. Jamás habíamos visto que el hombre (que el Creador hizo de barro) tuviese que hacer la tierra a bolitas sobre el rocal. Eso es como empezar la agricultura desde el cero absoluto; desde la aridez pelada de la roca; desde el hacer la tierra que permita el pan

EL «JURDANO» ES UN HOMBRE SIN RENCOR

Estamos en el mismo corazón de Las Hurdes, esa zona montañosa que, como un Tibet extremo, permaneció tanto tiempo cerrada a la civilización, a la comodidad, pero no a una cultura natural de un tipo humano de tan buenos sentimientos que sus habitantes parecen, en vez de primitivos actuales, más bien el hombre nuevo de un mundo sin rencor.

El valle del río Ladrillar, al Norte; el del río Jurdano, al centro, y el del río de los Angeles, al Sur, forman como tres valles de lágrimas que los «jurdanos» tienen para su uso particular.

Las Hurdes constan de cinco

Ayuntamientos: Pinafranqueado, Nuñomoral, Ladrillar, Caminomorisco y Casares de las Hurdes, además de muchas alquerías o pequeñas aldeas, cuyo alcalde pedáneo depende de alguno de los cinco municipios. La extensión de Las Hurdes es de unos seiscientos kilómetros cuadrados. Treinta kilómetros de largo por veinte de ancho, comprendidos entre las montañas de los tres valles enclavados al nordeste de Cáceres, al sudeste de Salamanca y cerca de la frontera de Portugal. En lo político, Las Hurdes pertenecen a la provincia de Cáceres, y en lo eclesiástico, a la diócesis de Coria.

Los tres valles están salpicados de pequeñas alquerías o alde-

huelas de pizarra, y en cada uno de ellos funciona una factoría sanitaria. La de los Angeles, situada en el valle del río de este nombre; la de Nuñomoral, en el río Jurdano, y la de Las Mestas, en el río Ladrillar.

TAMBIEN EL «SALARIO DEL MIEDO»

Pasado el pueblo de Casar de Palomero, que vimos en fiestas con motivo de la Cruz de Mayo, la carretera descende, como en torrente, hacia el río de los Angeles, sobre el que cruza un puente estrecho. Al otro lado de vertiente el paisaje cambia, y comienzan Las Hurdes, con sus montañas de roca, entre la que se cría, en pequeños matorrales, la jara, el brezo y el jaguarzo. Un gran letrado advierte que se está entrando en Las Hurdes.



Vista del Cottolengo, tomada desde la parte norte del edificio

La carretera serpentea por los precipicios y nuestro coche resbala en el barro. Todavía virgen de asfalto, esa carretera se parece más bien a una pista de montaña. Los automovilistas de esos montes, los de los camiones y hasta los del coche tienen bien ganado su «salario del miedo».

A unos cuatro kilómetros de subida nos encontramos, a la izquierda, con la alquería de la Aceña, cuyos treinta vecinos están todos en la carretera en espera del espectáculo de que pase el coche de línea, en el que voy como único pasajero. Nos preguntan si ha sido puesta la esquila que encargaron para Plasencia. Les decimos que sí y pagan su importe.

«NO SABEMOS DE MODERNIDADES»

Otra vez en marcha, hacia Caminomorisco, el primer municipio hurdano que se encuentra por esa parte. Llegamos allí de anoche, pero los trescientos vecinos del pueblo, con el cura al frente, están en la plaza de la Casa Consistorial. Llevan candiles en la mano, como hombres luciérnagas. Unos esperan un paquete, otros una carta o un encargo. El conductor del coche de línea, Benjamín Vicente, y el cobrador, Felipe Santibáñez, hacen también de recaderos a los que esperan algo, y sirven, con su coche, de

espectáculo a los que nada esperan. Ahí está un grupo de verdaderos «jurdanos», y nos echamos a la calle. Nuestro interrogatorio se dirige al personaje más típico, un vejete pequeño, con chaquetilla de pana y sombrero negro de labrador. Es un hombre muy despierto. A nuestras preguntas contesta así: «Semos probes, señor, y estemos hechos a la costumbre. Nosotros no sabemos de modernidades». Se ha formado un corrillo en el que interviene también una cabra, que casi nos embiste con su curiosidad.

El señor cura, don Martiniano, nos presenta a un gordo del vecindario, que quiere instalar la corriente eléctrica en Caminomorisco. «Si me ayudaran, pagando todos los vecinos un año de corriente adelantado, yo instalaría la eléctrica desde Casar de Palomero hasta aquí. Pero se me vuelven para atrás».

RADIO ENTRE LAS MONTAÑAS

Después de un cuarto de hora de parada en Caminomorisco, reanudamos la ascensión hasta Pinofranqueado, en el mismo corazón de Las Hurdes, donde llegamos casi a las diez de la noche. El pueblo de Pinofranqueado es típicamente «jurdano»; un pueblo de montaña con pequeñas casas de piedra y pizarra. Nos instalamos en el «Parador», una casa de hombres sencillos que tie-

ne una habitación disponible. En la sala rural, con su amplia chimenea montañosa, está instalado un aparato de radio que funciona con baterías de automóvil.

En plenas Hurdes, y en pobre albergue de la sierra, con un receptor de batería, oímos la recensión que del número 283 de EL ESPAÑOL hace Radio Nacional de España en Barcelona, en la que el locutor lee unos párrafos de la información que enviamos desde Gibraltar.

La casa se alumbraba con candelillas de aceite, pero cuando la patrona «jurdana» se entera que nos han nombrado por la radio enciende un petromax y saca un jamón curado, además de una jarra de ese vino tinto de la sierra, fuerte como los hombres que han de beberlo. Sí, señor, hombres fuertes, en los que no hay la más mínima falta de yodo ni mella de paludismo.

Luego oímos las noticias de la emisión retransmitida, de las que un viejo, sentado a la lumbre, dice que de lo que se trata es de aumentar la contribución.

UNA NOCHE DE LOBOS

Ha empezado a llover y el aguacero suena en la pizarra del tejado con sonos casi metálicos. «Que llueva, que llueva, la Virgen de la cueva», pensamos; así no habrá cortes de corriente. Pero aquí, en ese pueblo de Las Hurdes, no existe este problema.

Es tarde ya para el horario de montaña y con un candil nos acompañan a la habitación. Nos dicen que no nos asustemos si se oye el patear de las bestias, ya que debajo del entarimado hay el establo, con caballerías y cabras.

La habitación tiene un hueco que da a la sierra, a un delicioso paisaje de alcornoques y encinas, en el que canta un arroyo. Es un ventanuco, sin cristales, que da al monte. Lo cerramos con tablas y un palo atravesado, cuando se oyen unos aullidos inquietantes, por los que nos inquirimos al posadero:

—Nada; eso son los lobos.

—Ah, bueno. Siendo así, nada.

—El otro día, los condenados se comieron una cabra que atamos por la noche ahí fuera. Bueno, que usted descance, hasta mañana.

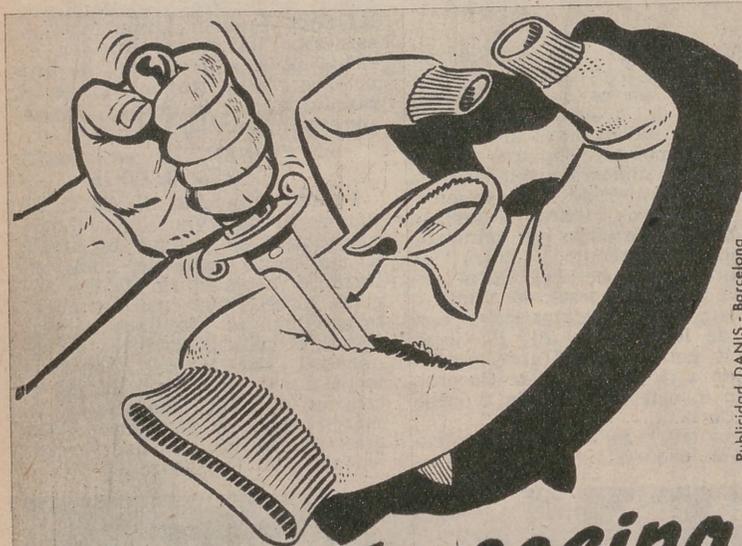
—Igualmente, hombre. A mandar.

Los lobos son una de las más fuertes preocupaciones en los pueblos y alquerías de Las Hurdes, especialmente cuando las nevadas obligan a la camada a bajar al valle. Entonces es cuando todos los vecinos salen a encender fuegos y a cantar, al son del tamboril, la oración de San Buenaventura a San Antonio de Padua:

*Si buscas milagros, mira.
Desgracias, muertes, engaños.
La lepra, el demonio, huyen;
enfermos se ponen sanos.*

*El peligro se retira,
los pobres van remedidos.
¡Que hablen los que lo prueban!
¡Que lo digan los paduanos!*

Esa misma oración la rezan los pastores que perdieron alguna cabra, o bien oveja, en la montaña. Si no se equivocan en ella es que la cosa va bien y la pieza no fué cogida por el lobo.



Publicidad DANIS - Barcelona

¿Por qué asesina su ropa?

Desde hoy, elimine de una vez los procedimientos antiguos de blanqueo que queman y destruyen su ropa. Cuidela devolviéndole la blancura y el aspecto de nueva con

alborin

El novísimo producto que blanquea y aviva los colores, sin lejía, perborato ni azulete. Completamente inofensivo! ALBORIN se fabrica en dos tipos:

PARA LANA y seda natural, ALBORIN-LANA

PARA ALGODON, Hilo y Rayón, ALBORIN paquete verde

IMPRESINDIBLE PARA PRENDAS DELICADAS!



Un producto QUISLO distribuido por COMERCIAL HIEDRA

Avda. República Argentina, 41-43 - Tel. 28 88 53 - BARCELONA

REP. EN MADRID: ENRIQUE PASTRANA. TELEFONO: 31 70 57

CULTIVOS DE TIERRA ESCARPADA

La noche estaba como para salir con el tamboril y la escopeta. Llegó un momento en que no solamente en el corral de abajo, sino hasta sobre el techo de madera, oímos unas correrías sospechosas. Ya están ahí, pensábamos, acurrucados bajo la manta, como la abuela de Caperucita. Teníamos la impresión de estar en el Arca de Noé, en medio de un temporal y con una vía de agua.

Pero aquella noche le tocó la china al sacristán, que perdió una chiva y un cabrito. Los ruidos de la techumbre supimos después que eran producidos por el correr de las ratas.

Salimos a dar una vuelta, a recorrer la vista por el paisaje maravilloso de enormes montañas; tierras escarpadas en las que los hurdanos hacen huertecillos en las laderas de los montes por medio de paredones, cuyo hueco llenarán después con cestos de tierra. Esos huertines son la única tierra de cultivo donde sembrar sus arrobas de patatas y de alubias.

FABULOSA REPOBLACION FORESTAL

En el fondo del valle se juntan dos ríos que se alimentan por una infinidad de esas cascadas que aquí llaman «chorreros». Dicen que en esos ríos de Las Hurdes abundan mucho las truchas.

No solamente el valle de Las Batuecas, sino las mismas Hurdes, tienen paisajes maravillosos de montaña, y cuando la fabulosa repoblación arbórea de pinares, que realiza el Patrimonio Forestal del Estado, comience a dar sus frutos, ese será uno de los parajes más bonitos y ricos de toda España.

Dieciséis mil hectáreas han sido repobladas en esos últimos años por todo el territorio de Las Hurdes, con un gasto anual de más de tres millones de pesetas.

LA FE DEL CARBONERO

Las grandes extensiones repobladas de pinos constituyen ahora un gran sacrificio para los pastores hurdanos que, naturalmente, no pueden llevar a ellas sus rebaños de cabrillas enanas, que se comerían el plantel. Guardas jurados del Patrimonio Forestal del Estado vigilan por las montañas para que los pastores no practiquen la táctica del pan para hoy y hambre para mañana. También esos guardas forestales vigilan, con prismáticos, la actividad de los carboneros, especialmente cuando, en los meses de verano, pueden provocarse más fácilmente incendios en el monte. Pero los carboneros tienen ahora fe en la repoblación.

El carboneo constituye una de las más saneadas riquezas de los hurdanos, que hace pocos años, en época de escasez, ganaron mucho dinero vendiendo en la tierra baja, a muy buen precio, su carbón y cisco de brezo y jara.

Desde el fin de nuestra guerra han sido construidas seis casas forestales en el territorio de Las Hurdes. Esos establecimientos, del Patrimonio Forestal del Estado, se encuentran enclavados en los montes de Mestas, Vegas de Coria, Nuñomoral, Casa-



Panorámica de la factoría de Las Mestas, convertida hoy en Hospital-Artil para ancianos

res, Pinofranqueado y Horcajo de Hurdes.

EN «JEEP» POR LOS CAMINOS DE SACA

Los guardas han izado bandera por la visita del director general de Montes, a cuya comitiva nos hemos unido para recorrer, en «jeep», los caminos forestales que llevan a las grandes extensiones repobladas de arbolado en régimen de consorcio con los cinco Ayuntamientos de Las Hurdes, ya que una buena parte de esos montes pertenecen a los bienes «de propios» de las entidades municipales.

En todos los lugares de Las Hurdes recuerdan mucho la estancia del doctor Albiñana cuando fué desterrado a la pestilente alquería de Martinandrán por el trimestre ministro de la Gobernación señor Casares Quiroga.

RECUERDO DE UN DESTERRADO

Un tabernero de Nuñomoral, el señor Quico, nos cuenta muchas anécdotas de la estancia del doctor Albiñana en este pueblo.

—Venían hasta aquí caravanas de automóviles desde toda España, pero el Gobierno de entonces privó que subiera más gente. Traían comida de todas partes, pero hasta esto privaron. Entonces sí que Las Hurdes fueron visitadas y que este pueblo salía en los papeles.

Estamos ante el mostrador de madera de la pequeña taberna con varios clientes habituales, y todos toman parte en la conversación. Cuentan que el doctor Albiñana decía que estaba aquí como en el Portal de Belén, y que todos venían a traerle regalos.

Un viejecito que viste calzones bombachos de pana, chaleco escotado con doble fila de botones metálicos y ese sombrero negro de fieltro que da a los hurdanos un cierto aspecto de etiqueta, nos asegura que el destierro del doctor Albiñana en Nuñomoral fué debido, únicamente, a que había dicho que la bandera republicana, con su tercer color morado, parecía manchada de permanganato. «Esto no se lo perdonaron nunca, y por eso lo tuvieron aquí recluido», añade.

LA UNICA DISTRACCION FUERTE

Bebemos vino tinto de la sierra y la conversación se anima. La única distracción fuerte de Las Hurdes es este rato, y ya empezamos a estar un poco distraídos.

Uno de los interlocutores coloca solemnemente su vaso vacío sobre el mugriento mostrador. Ese hombre va a decir algo importante.

—Ningún Presidente de República pisó jamás Las Hurdes. Ningún Presidente de República estuvo nunca por aquí.

(Repite, mientras nos da fuertes puñetazos en el hombro izquierdo, como si tuviéramos nosotros la culpa de que ni Pi y Margall, ni Salmerón, ni Castelar, ni Alcalá Zamora, ni Azaría hubieran visitado estas tierras.) Y continúa hablando de esta manera:

—En cambio, Alfonso XIII estuvo dos veces en Las Hurdes y mandó hacer las carreteras.

EL VINO, REMEDIO DE URGENCIA

Los «jurdanos» recuerdan mucho las visitas reales, especialmente la del mes de julio de 1922, de la que obtuvieron importantes beneficios. Toda la historia de Las Hurdes, esa historia hurdana que está aún por escribir, se divide, hasta este preciso momento, en dos grandes épocas. Antes y después de «cuando vino el Rey».

Otro de los contertulios explica:

—Estaba yo dentro de un chozo cuando llegaron muchos hombres a caballo. Desmontaron y uno de ellos me gritó: «¡Salga usted de ahí, hombre! ¡Salga usted de ahí!» Cuando estuve fuera me dió vino de una bota que llevaba colgada al hombro. El vino era muy bueno, y luego me dieron que aquel hombre era el Rey.

Y es que el buen vino es un tónico momentáneo a la terrible hambre crónica y heredada por una raza de hombres montaraces en degeneración. Luego se crearon los comedores escolares de Las Hurdes y los almace-

nes donde se repartía pan y chocolate, además de medicinas y reconstituyentes, a quienes más las necesitaban. La «Glefin» se repartió gratuitamente en cantidades industriales, así como los medicamentos de yodo con los que combatir el bocio, esa horrible papilla que acusa bajo el rostro el mal funcionamiento de la glándula tiroidea. Hasta se ensayó, con dudoso resultado, el echar soluciones de yodo en los pozos y aguadas de Las Hurdes.

AMBIENTE PASTORIL Y VISITA PASTORAL

El pueblo de Nuñomoral tiene el inconfundible aire pastoril de los pequeños Ayuntamientos, aldehuelas y caseríos de Las Hurdes. Fueron los pastores los que repoblaron este territorio e imprimieron carácter a la habitación, que es muchas veces conjunta entre hombres y bestias, siempre inspiradas en esa ternura de majada que gusta de dormir al aliento de los animales.

Los Panadero, distinguida familia nuñomoralense, tuvieron la amabilidad de cedernos la mejor habitación de que disponían. Sobriamente amueblado, nos dijeron que era aquél el «cuarto del obispo», en recuerdo de alguna estancia episcopal cuya fecha no precisaban. Estábamos ya entre el sueño y la vigilia, en ese duermevela en el que resultan tan indefinibles los límites del subconsciente, cuando un ruido de pasos por la habitación nos hizo despertar. Una simpática y barbuda chiva se nos había acercado al oído, como para decirnos algo sobre el gran heroísmo de los obispos de Coria cuando por la cristiandad de Las Hurdes realizan su auténtica y sublime visita pastoral.

VIVIENDAS SIN TRASPASO

Es más fácil construir en Las Hurdes una pequeña casa de pizarra que una gran vivienda de aspecto moderno. La escasez de terreno llano y la necesidad de su aprovechamiento para la pequeña agricultura explica lo reducido de esa habitación humana.

El principal elemento de construcción es la pizarra, mucho más barata que fácil de lograr en los escarpados montes, donde se encuentran en asombrosas cantidades y en planchas tan grandes como hasta ahora jamás habíamos visto.

Construir una de esas viviendas es en las alquerías hurdanas cuestión de tres o cuatro días, y casi todas se hacen en el momento en que sus futuros habitantes van a contraer matrimonio. Los amigos del novio se reúnen para ayudarle a juntar piedra y planchas de pizarra. Se hacen cuatro paredes de gruesos muros de piedras unidas por barro y cal. Alguna vez se emplea ahora el cemento como argamasa. Grandes troncos son colocados después en forma de vigas enlazadas por travesaños más delgados, y sobre todo esto se colocarán las grandes planchas de pizarra escogida. Luego se dividirá esta pequeña casa en dos compartimentos fundamentales: uno para las personas y otro para los animales. Este es el modelo más sencillo. Pero hay también casas con el corral en el sótano y otras que tie-

nen hasta un pequeño desván. Vimos una vivienda cuyo techo parecía ser de encañizado, hacia el que subía el humo del hogar. Luego supimos que mientras se cocinaba abajo, por un sistema automático, se estaban ahumando los jamones en el desván. En Las Hurdes hay que aprovecharlo todo, y ni el humo se desperdicia.

AMOR Y APEGO A LA TIERRA

Los hurdanos o jurdanos no sienten el impulso de la emigración. Aman mucho a sus montañas y lugares. En tiempo de siega suelen desplazarse a ganar jornales a los campos de Salamanca o Cáceres, pero terminada la faena vuelven a sus pueblos con todo el dinero ganado en las labores agrícolas. Algunos habitantes de Las Hurdes estuvieron incluso en América, pero todos vuelven diciendo que prefieren vivir en su querido territorio «jurdano». Hasta cuentan que hubo una numerosa emigración a América cuando empezaba a construirse el canal de Panamá; pero todos volvieron, y aun ahora existen hurdanos que han recorrido muchos países y cuentan que vieron lugares mucho más «miserios» que Las Hurdes.

Antiguamente este territorio dependía del señorío del duque de Alba, y la primera historia o leyenda que se tiene de él es de que servía de refugio a quienes huían de las iras del duque. Se dice que esas montañas servían de escondite a los amantes; pero un país no se puebla solamente con amantes en huida, que escapan de la cólera de su señor temporal. Existieron otros refugiados de carácter menos noble, y que al internarse por esas montañas, antes incomunicadas, ponían en verdaderos aprietos a la Santa Hermandad.

Quizá el carácter un poco receloso que puede notarse aún en algunas alquerías de Las Hurdes sea debido a la influencia de esos refugiados.

ESPANTOSA CRIA DE INCLUSEROS

Referente a este aspecto de los niños hurdanos, vamos a contar algo que más valdría que silenciásemos, corriendo un tupido velo, como vulgarmente se dice. Se trata del caso de los llamados «pilos». Hubo en tiempos pilos «de pan» y pilos «de leche» en las Hurdes. El pilo era, en el lenguaje del país, el hospiciano, el inclusero que se mandaba a aquellas montañas para que se criara y se hiciese un hombre. La bondad natural de la mujer hurdana hacia que criase con mucho interés al «pilo» o «pilingo» que le había sido adjudicado por la absurda Administración de los hospicios de Ciudad Rodrigo o de Plasencia, muy contenta de su hazaña de mandar a aquellas criaturas a criarse entre las montañas. Por un montón de reales al mes, pagados muchas veces con retraso, la sufrida mujer hurdana nutría al inclusero con detrimento de su salud y la del lactante, llegando incluso a descuidar a sus propios hijos. Esos «pilos», víctimas inocentes de las miserias morales y físicas de quienes les habían engendrado, fueron los agentes transmisores de alguna vergonzosa enfermedad

que jamás había sido conocida entre aquellas montañas. Aunque también algunos se quedaron allá y renovaron un poco la sangre del país, tan cruzada en generaciones y degeneraciones.

Este caso extraordinario de una comarca que no puede mantener a quienes la habitan y provoca una inmigración de lactantes, esa historia espantosa de unas madres que no tienen hijos sanos y normales y que son convertidas en nodrizas, es, por fortuna, cosa pasada y que queda solamente en el recuerdo más negro de Las Hurdes:

AZARES DE UN REAL PATRONATO

En el Congreso hurdanofilo celebrado en Plasencia en junio de 1908, a instancia del doctor Jarrin, fundador de una asociación que se llamó La Esperanza de Las Hurdes, fué tratado muy a fondo el problema de los «pilos», cuya práctica empezó a decrecer desde entonces.

Conocida es la gran labor apostólica que, en pro de Las Hurdes, ha realizado la mitra de Coria, cuyos prelados se preocuparon por la redención de esta comarca de su diócesis.

En varios pueblos hurdanos hemos visto en la Casa Consistorial placas que recuerdan a los que favorecieron aquella comarca, entre los que se encuentra el general Martínez Anido, que la visitó frecuentemente y ayudó en todo lo que pudo desde el Ministerio de la Gobernación.

Como consecuencia de la visita regia de 1922 fué creado el Real Patronato de Las Hurdes, la Misión Pedagógica, varios centros de sobrealimentación infantil, se trazó la red de carreteras y erigieron varias de las llamadas factorías, o sea edificios donde reside el médico, el maestro, que sirven de casa de socorro y de cuartel de la Guardia Civil.

Al advenimiento de la República quedó disuelto el Real Patronato de Las Hurdes, aunque después volvió a organizarse. La Misión Pedagógica, que en los años de la Dictadura llevó a Las Hurdes equipos de cinematógrafo sonoro, que funcionaba por medio de grupos electrógenos, sufrió una disminución de recursos con el Gobierno Berenguer y después con el advenimiento de la República, cuya labor hurdana puede decirse que fué absolutamente nula. Se puede recorrer todo aquel territorio por los tres valles, los pueblos y las alquerías sin que se encuentre un edificio, una carretera, un puente o una plantación forestal de la que haya que decir aquello lo hizo, en Las Hurdes, la República, que sólo se sirvió de aquel territorio como destierro de condenados.

MISION PEDAGOGICA Y MISION SOCIAL

No había aún terminado la guerra de Liberación cuando ya Auxilio Social prestaba sus valiosos servicios en Las Hurdes. En Nuñomoral ha sido creado un hogar de Auxilio Social en el que se educan los niños de alquerías o pequeños poblados que no tienen escuela o que son de familias muy pobres. Al cumplir los doce años, esas criaturas son llevadas a otros Hogares de Auxilio

Social, ya fuera de Las Hurdes, generalmente al Hogar de Trujillo, donde se les prepara para un oficio y hasta, en algún caso, para una carrera. Auxilio Social ha establecido, además de escuelas, tres centros de alimentación infantil que funcionan en Las Mestas, Caminomorisco y Nufiomoral. Y en el pueblo de Las Mestas existe también un asilo de ancianos, al que va gente de toda la comarca.

Veintidós escuelas de la Misión Pedagógica de Las Hurdes contribuyen al avance humano y cultural del territorio; escuelas que, en buena parte, han sido construidas desde la terminación de nuestra guerra.

El nunca bien ponderado Magisterio Español de Las Hurdes ha realizado verdaderos milagros de civilización entre aquellas montañas, en algún caso a costa de la salud de más de un maestro, que enfermó de un extraño mal de soledad, de ese peligro legendario que dice que el silencio de Las Hurdes hace volver loco a quien lo sufre años y años. Por eso son recomendables temporadas de descanso en la tierra baja, fuera de los límites de las sierras de Gata, de Las Mestas y de Altamira, aunque ahora los receptores de radio prestan buenos servicios contra la nostalgia de los maestros de la Misión Pedagógica, los ingenieros del Patrimonio Forestal del Estado y los párrocos aislados entre los valles.

NO SABEN PEDIR LIMOSNA

El curso de la Historia ha ayudado también al progreso de Las Hurdes. Después de pertenecer al ducado de Alba, el territorio hurdano se concedió al histórico pueblo de La Alberca, cuyos actuales habitantes son mirados aún con cierto respeto en la comarca. Hemos oído a un hombre decir por allí «yo soy de La Alberca» casi con el mismo énfasis con que en el Imperio romano dirían «civis romanum sum» en los tiempos en que esa ciudadanía era un gran privilegio.

Pero las viejas prerrogativas han ido desapareciendo por un proceso modernizador en el que ha ayudado también el clero «jurdano», al que la extraordinaria crudeza del ambiente hizo necesariamente avanzar en la inquietud por sus feligreses.

Mucho daño hizo a la comarca la explosión anticlerical de 1835 que expulsó a los religiosos del monasterio de Las Batuecas y los de la Peña de Francia, cuya acción civilizadora había sido muy grande. Hoy los arruinados monasterios han vuelto casi a su antiguo esplendor y son focos que irradian la acción redentora en aquellas tierras.

DAMAS DE MONTAÑA Y «COTTOLENGO»

Pero hay además algo que hemos querido dejar para el final. Se trata del «Cottolengo» del padre Alegre, que ha comenzado a funcionar en lo más abrupto de Las Hurdes altas entre los poblados de Fragosa, Gasco, Castañar y Nufiomoral. Este establecimiento sanitario tiene todo el aspecto de un refugio de alta montaña, tal como corresponde al paisaje en el que está situado.

Al «Cottolengo» de Las Hurdes altas hay que ir en caballería en largas horas de marchas por las montañas, y hasta que esté terminada la pista que se construye para llegar a él todos los medicamentos, ropas y víveres deben transportarse a lomo de caballerías por intrincados senderos.

Nuestros lectores pueden juzgar sobre lo que supone el que unas mujeres, en la flor de la juventud, se hayan recluso en un albergue alpino que llaman «Cottolengo», en lo más pobre y atrasado de Las Hurdes, con el fin de practicar, a lo divino, la más moderna sanidad. Ni siquiera está terminado completamente el edificio; no está aún hecha la pista de los suministros; no hay todavía luz eléctrica ni teléfono; pero allí están ellas y ya pasaron un invierno cercadas por las nieves, bien atrancada la puerta cuando los lobos hambrientos van hasta allí a comer los desperdicios que antes quitaron el hambre, heredada y crónica, de los más pobres niños «jurdanos».

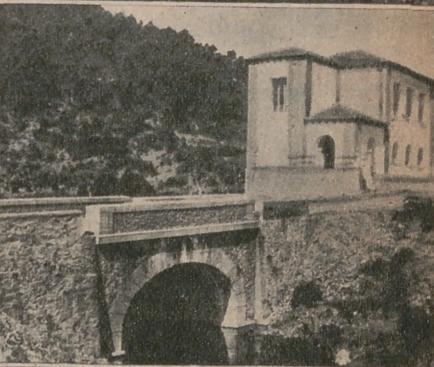
El poblado más cerca del «Cottolengo» es Fragosa, que es también la más humilde y atrasada alquería de todo el territorio de Las Hurdes. Cuando visitamos aquel lugar era domingo. Los vecinos esperaban al señor cura, que iba cazando de una alquería a otra.

Nos dijeron: «Señor, si se le da bien la caza va a venir muy tarde.» Hubo bastante espera hasta que, por fin, los disparos se oyeron más cerca y el señor cura llegó, contento y colorado, mostrándonos desde lejos las piezas cobradas. Un día estupendo.

UN GRAN AVANCE EN POCOS AÑOS

Luego aquel cura nos habló de que no hay delincuencia en Las Hurdes, de la gran cantidad de jornales que da la repoblación forestal, con su presupuesto de tres millones de pesetas cada año, de lo que han mejorado las escuelas y de lo que es preciso que mejoren, de los comedores infantiles y Hogares de Auxilio Social, del asilo de ancianos de Las Mestas, de las fiestas populares del tamboril, las castañuelas y la chirimía, instrumentos que se usan también para la alborada nupcial, que se dedica a las novias. Y también de las dificultades que tienen ciertas alquerías, distantes para el traslado de los cadáveres al cementerio municipal, y cómo ha sido desterrada la práctica de emplear para ello una artesía de las que sirven para fabricar el pan casero. Hablamos del sistema por el que un solo pastor se encarga de cabrillas que pertenecen a muchos dueños, que le pagan un tanto proporcional al número de animales que cuida y hasta de cómo ha desaparecido, casi totalmente, el bocio, totalmente el paludismo y son cada vez menos los cretinos que nacen, gracias a una mayor mezcla de sangres, al impedirse el matrimonio entre próximos parientes y haberse desterrado los casos aislados de poligamia.

Después de todo esto, nos parece evidente que las vías de comunicación, la abundancia de



Escuelas y residencias para médicos, nueva construcción

jornales que da la repoblación forestal y la acción de las escuelas, centros sanitarios y parroquias han llevado a Las Hurdes la civilización.

Seguidamente hubo misa en la pequeña y misérrima alquería. A ella asistieron todos los vecinos. Una misa que parecía de cristianismo primitivo, con olor a majada y a Portal de Belén.

Cuando llegaba el momento de alzar, una vieja, espantosamente fea, le dijo a un niño: «Cállate mucho ahora, que don Mariano va a levantar a Dios.» Sonó la campanilla, casi una esquila. Se arrodillaron quienes pasan por cretinos a los ojos de los hombres.

Y el Altísimo vino a Las Hurdes.

F. COSTA TORRE
(Enviado especial.)

MC CARTHY Y SUS ENEMIGOS



Conferencia de Prensa. Los senadores McCarthy y Mundt conversan ante los reporteros

UN LIBRO DE COMBATE CON INTERESANTES REVELACIONES

EN esa atmósfera tensa, caliente y aprelada que viene a ser la atmósfera norteamericana, tan pronto la letra como la espada, el látigo como el grito, acaparan la atención de las gentes. Y esta vez la decisión se ha inclinado por las Letras.

En el año 1950, de Yale, la Universidad que, de acuerdo con sus fundadores, ha de mantener siempre tres cátedras de Teología, salió a la calle, al aire libre, a la circulación plena de la vida, un muchacho de veinticinco años. El hombre y el muchacho, que ambas cosas era al tiempo, lanzó a la calle un libro que, igual que si estuviera cargado de dinamita, bomba dormida que iba a estallar en todas las conciencias, puso en guardia a toda la opinión del país. El libro tenía un nombre grave, un nombre revelador y profundo: «Dios y el hombre en Yale». Aquel libro, publicado en 1951 y que condujera al joven William F. Burckley a la fama y a la controversia, venía a decir que en la Universidad de Yale, a pesar de sus cátedras de Teología, se había expulsado a Dios. Acusación directa, ardiente, sin ambages, que se cruzaba además con una corriente entera del alma americana, preocupada por su propio destino espiritual.

William F. Burckley, que tiene una firme cabeza, un mentón ancho, sólido, noble, y cierra la alia frente con un pelo alisado y tendido como un casco, ha publicado ahora, otra vez de cara al peligro y al riesgo, un nuevo libro para la controversia. Un libro para el frente. Este libro, recién publicado y abierto, tiene también un título definitivo: «McCarthy y sus enemigos». Ha colaborado con el joven escritor en este trabajo de plena y vivísima actualidad L. Brent Bozell, que, como Burckley, procede de Yale.

El mero hecho de la participación de Burckley da a la obra un interés insospechado. Más en estos momentos, en los que cada palabra se cruza con la tormenta, y cuando Burckley posee, en estos momentos, material de primera importancia, ya que el escritor católico trabaja con McCarthy. Que forma, a espaldas del senador, el frente intelectual.

EL PROBLEMA

EL 31 de marzo de 1949 Winston Churchill dijo en el Instituto de Tecnología de Massachusetts que «hace tiempo que

Europa habría sido bolchevizada, lo mismo que Checoslovaquia, si no hubiese sido porque los Estados Unidos tenían la bomba atómica».



McCarthy y el soldado Schine. La ta con el Ejército prosigue

No cabe duda de que esta vez sir Winston puso el dedo en la llaga, señalando una de las características dominantes de las relaciones internacionales. Es concebible, pues, que un solo individuo pueda modificar el equilibrio de las fuerzas entregando a la Unión Soviética secretos técnicos que la permitan superar su desventaja estratégica y conquistar el mundo.

En 1950 ya nadie necesitaba que le aleccionasen sobre la amenaza comunista. La evolución del procomunismo hacia el anticomunismo parecía, sin embargo, haberse detenido en una fase intermedia que podríamos llamar de anti-anticomunismo. Nadie sa-

bía como resolver el problema. La venerable idea jurídica de que es preferible no condenar a diez culpables con tal de no equivocarse con un inocente nada tiene de particular cuando, por culpa de ella, un «caco» vulgar se beneficia de la caridad de la duda. Pero la cosa es muy distinta si por su causa se permite que un Fuchs llegue a cometer un flagrante delito que puede dar a los rusos la llave de la conquista del mundo.

Así estaba el problema cuando hizo su aparición en la escena nacional el senador Mc Carthy. Una vez reconocido el peligro, ¿cómo íbamos a combatir a los enemigos infiltrados entre nosotros?

ANTECEDENTES

En 1938 la ley Mc Cormack ordenó que se inscribiesen en el departamento de Justicia todos los agentes de Gobiernos extranjeros. La ley Hatch de 1939, disponía que no podrían ser empleados por el Gobierno Federal los miembros de ninguna organización que tratase de derribar por la fuerza al Gobierno constitucional. La ley Smith, de 1940, prohibía a los americanos conspirar, propagar o preconizar para que fuese derribado el Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza.

En 1942, una Comisión de funcionarios, con extraordinaria agudeza, determinó las normas de lealtad que deberían servir de guía a los órganos del Gobierno, estipulando que, en caso de «duda razonable» respecto a su lealtad los solicitantes deberían ser considerados inaceptables.

En 1942, el fiscal general creó un Comité Interdepartamental para unificar la interpretación y aplicación de esas normas.

Es tan malo el historial del Gobierno durante la guerra, en lo que respecta a normas de seguridad que no se puede culpar exclusivamente a la insuficiencia de las leyes ni a las vacilaciones de los procedimientos administrativos. Ha tenido que haber un fallo total del deseo de cumplir con esta tarea. Y es comprensible porque era la época que nuestro Gobierno estaba usando su máquina de propaganda para lanzar a los cuatro vientos las virtudes de nuestro «noble y democrático aliado soviético». Nuestros dirigentes pusieron alma y vida en este esfuerzo de propaganda. Difícilmente cabría esperar que al mismo tiempo hubiesen de considerar como no aptos para servir al Gobierno a aquellos americanos que no habían hecho más que mostrar su adhesión a ese aliado.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO. — TRES AÑOS DE INERCIA

Virtualmente, la premisa de todos los ataques no comunistas contra Mc Carthy es que tres años antes de que el senador hiciera sus sensacionales acusaciones de febrero de 1950 de que el departamento de Estado estaba lleno de comunistas, éste había creado ya su sección encargada de la seguridad.

Los que defienden al departamento de Estado—parece una conspiración de silencio—no dicen que, a partir de marzo de 1948, por orden de Truman, no



Cuatro gestos de combate del «bombardero Joe»

estaba permitido el acceso a los expedientes de personal, y por lo tanto mal podía el Senado juzgar cuál había sido el comportamiento del departamento de Estado en lo que a la seguridad de sus funcionarios se refiere.

En total, durante un periodo de dos años y medio antes de la entrada en escena de Mc Carthy (durante el cual se llevaron a cabo 16.000 investigaciones de personal) sólo fueron expulsadas dos personas por razones de seguridad.

Desde luego, que no se puede valorar un programa de seguridad por el número de cabelleras que presenta al público cada año. Si el departamento de Estado no

hubiese cobijado más que a dos personas peligrosas para la seguridad del país entre 1947 y 1950, es evidente que sólo esas dos deberían haber sido expulsadas. Si no hubiese habido nadie peligroso hasta 1952, habría sido encomiable el valor de los funcionarios del departamento, que se negaban a sacrificar inocentes al apetito de los que tenían manía persecutoria. Lo importante es saber si había alguna persona peligrosa en el departamento de Estado durante ese periodo.

Para responder a esa pregunta hay que analizar la investigación que llevó a cabo el Comité senatorial presidido por mister Tydings. En esa investigación, a pesar del manifiesto deseo de encubrir los defectos del departamento de Estado, Mc Carthy puso de relieve que en nueve casos famosos los funcionarios y colaboradores del departamento de Estado habían sido comunistas o simpatizantes, o que, por lo menos sus actividades habían sido tales que cabía duda razonable sobre su lealtad. El ser funcionario no es un derecho de cualquier ciudadano, sino un privilegio. Para condenar a una persona hará falta demostrar su delito. Pero en estas cuestiones la prueba es muy difícil. Basta, sin embargo, la duda para que no resulten idóneos para un cargo de responsabilidad.

Los nueve casos famosos se refieren a Dorothy Kenyon, Haldore Hanson, Philip Jessup, Esther Brunauer, Frederick Schuman, Harlow Shapley, el caso de Gustavo Durán, el de John Stewart Service y el de Owen Lattimore.

De todos ellos, por falta de espacio sólo resumimos el de Gustavo Durán interesante por ser típicamente representativo de la negligencia de la Administración americana y porque está relacionado con España.

EL CASO DE GUSTAVO DURAN

Gustavo Durán es un inmigrante español que estuvo empleado en el departamento de Estado y que en los últimos años ha tenido un alto cargo en la Secretaría de las Naciones Unidas. Mc Carthy tuvo conocimiento de sus actividades comunistas como oficial del Ejército rojo durante la guerra de España. El senador llegó a la conclusión de que muy bien podía ser «peligroso» desde el punto de vista de la seguridad. Se trata de un caso representativo del comportamiento del departamento de Estado antes de 1950 frente a la infiltración comunista.

El Comité Tydings se sirvió del hecho de que Durán había dimitido el cargo de ayudante de Spruille Braden, en octubre de 1946, como pretexto para no tratar siquiera del caso de Durán. Violando su mandato, se negó a investigar las acusaciones alegando que su empleo en el departamento era de fecha anterior a la orden del Presidente Truman sobre lealtad.

Gustavo Durán había sido objeto de investigación por parte del Senado mucho antes de que Mc Carthy adujese pruebas contra él. Por ejemplo, el Comité de Asignaciones interrogó al secretario Byrnes respecto a Durán en abril de 1946, expresando su pre-

ocupación por el hecho de que trabajase en el departamento de Estado un hombre que se decía que había sido miembro de la Policía Secreta comunista durante la guerra de España. Byrnes contestó que el Durán del que se decían esas cosas no era el mismo que trabajaba en el departamento de Estado. Los senadores, dando por bueno lo que decía Byrnes, no volvieron a ocuparse de esta cuestión. Pero unas semanas más tarde los miembros del Comité fueron advertidos de la llegada de un informe del agregado militar de los Estados Unidos en Madrid que confirmaba las acusaciones contra Durán y disipaba todas las dudas respecto a la personalidad del Durán acusado, que era el que gozaba de la más absoluta confianza de Mr. Braden. El senador Wherry escribió en seguida a Byrnes pidiendo la rápida expulsión de Gustavo Durán; pero no recibió contestación en varios meses. En septiembre, finalmente, el secretario adjunto de Estado Donald Russell, volvió a ocuparse del asunto. Ya no alegó un error en la persona, sino que dijo que «el Comité de Seguridad ha recomendado favorablemente a Durán... y yo he aprobado sus recomendaciones».

Unas semanas más tarde Durán dimitió voluntariamente.

Las pruebas del senador Mc Carthy fueron presentadas unos cuatro años más tarde. Estaban constituidas por informes que habían obrado en poder de los funcionarios de seguridad del departamento de Estado en la época en que recomendaron favorablemente a Durán. Estos documentos revelan que los oficiales de información de los Estados Unidos se ocuparon de Durán en 1943. En esa época los Servicios de Información Militar advirtieron a Spruille Braden, que entonces era embajador de Estados Unidos en Cuba, que Gustavo Durán, un miembro de su personal, había sido comunista antes de emigrar de España. Mc Carthy citó, de la respuesta de Braden a esta advertencia, las siguientes líneas contenidas en un memorándum dirigido al agregado militar en La Habana el 21 de diciembre de 1943:

«El señor Durán lleva más de un año sirviendo como uno de mis más íntimos colaboradores. Su trabajo ha sido excelente y extraordinariamente útil para el

Gobierno de los Estados Unidos. Según mi conocimiento personal, basado en la estrecha colaboración el señor Durán no es comunista, sino un liberal de la mejor clase.»

Una semana más tarde los Servicios de Información respondieron a Braden confirmando energicamente lo que ya habían dicho respecto al historial comunista de Durán. La carta fue escrita por Edward J. Ruff agregado militar adjunto de los Estados Unidos en la República Dominicana, y decía lo siguiente:

«No me explico cómo se puede calificar nuestro informe de «absolutamente incorrecto». Lo único que hemos dicho en el informe de Durán es que fue miembro del partido comunista en España. Estoy personalmente convencido de que Durán fue comunista y considero como un eufemismo la declaración del embajador Braden de que es «un liberal de la mejor clase».

«...El embajador de los Estados Unidos aquí (en vista de la actitud de Braden), aunque está de acuerdo con mi informe, ha pedido que se suspenda toda correspondencia sobre esta cuestión. Me escribo una carta personal en ese sentido.»

Durán se trasladó a Washington con Braden cuando éste fue nombrado secretario adjunto de Estado para los Asuntos Latinoamericanos.

Mc Carthy presentó también un informe confidencial, fechado el 4 de junio de 1946, del coronel Wendall Johnson, agregado militar a la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, que lleva la indicación: «Para uso general por todos los órganos de información de los Estados Unidos.» Según información facilitada por los Servicios de Información españoles (a petición de los americanos). Durán marchó a Madrid en mil novecientos veintitantos. Luego recorrió, durante varios años diversas capitales europeas, y en París actuó como agente del Servicio Secreto soviético. «Después de la proclamación de la República en España—continúa diciendo el informe—. «El Porcelana» (era el alias de Durán) regresó a Madrid. Según su documentación, era un representante de la Compañía de películas Paramount. Sin embargo, su verdadera misión era el servicio de la G. P. U. Durán tuvo mucho éxito en sus actividades a

causa de la protección política de que gozaba. Pronto se convirtió en uno de los dirigentes de las juventudes del partido comunista... Después de empezar el Movimiento fue uno de los dirigentes principales de las milicias creadas por los comunistas..., y pronto llegó a ser capitán, comandante y teniente coronel del Ejército rojo... Cuando las Brigadas Internacionales fueron llevadas a los frentes de Madrid y Aranjuez, Gustavo Durán formó parte del Estado Mayor ruso, que tenía su Cuartel General en Tarancón.»

A base del informe del coronel Johnson, Mc Carthy demostró que Durán había sido jefe regional del S. I. M., la G. P. U. española. El papel de Durán en el S. I. M. es descrito por el ministro socialista de Defensa Indalecio Prieto en su folleto titulado: «Cómo y por qué abandoné el Ministerio de Defensa ante las intrigas de Rusia en España». Las razones en cuestión eran, entre otras:

«A causa de la continua presión (por parte de los rusos) creé el S. I. M. Se designaron jefes regionales del S. I. M. y éstos (los rusos) me propusieron a un tal Gustavo Durán para la zona de Madrid. No se me ocultaba que se trataba de un comunista. A pesar de todo, le nombré.»

Prieto añade que Durán usurpó atribuciones nombrando agentes en la organización de Madrid sin autorización suya. «Varios centenares de los designados—dice Prieto—eran comunistas y sólo cuatro o cinco eran socialistas. Me encontraba en una situación intolerable...» Prieto para librarse de Durán, le envió a luchar al frente; pero dice que un agente ruso ejerció tanta presión sobre él que tuvo que reintegrar a Durán en su puesto del S. I. M.

Durán se negó a declarar ante el Comité Tydings; pero envió un memorándum, en el que decía que nunca había sido comunista y que nunca había ejercido mando en ninguna Brigada Internacional y que si había pertenecido al S. I. M. había sido contra su voluntad.

¿Se molestó el departamento de Estado, cuando examinó y aprobó el expediente de Durán en 1946, en comprobar si era exacta la información del coronel Johnson? ¿Se limitó a desestimar esa información para complacer a Mr. Braden? El hecho es que Durán no fue expulsado, sino que fue confirmado en su puesto. Resulta, pues, difícil evitar la sospecha de que el departamento de Estado se basó, como si tuviera fuerza probatoria, únicamente en la declaración del propio Durán. Hay que pensar eso o que aun tomando en serio el informe Johnson, se negó a destituir a Durán, lo cual sería aún peor.

Se trata de un caso de tremenda negligencia por parte del departamento de Estado. El Comité investigador del Senado trató de echar tierra al asunto alegando que Durán había dimitido por sí mismo. En realidad lo hizo para ocupar un alto cargo en la Secretaría General de las Naciones Unidas.

WILLIAM F. BURCKLEY (Ir.)
y L. BRENT BOSELL



McCarthy y su colaborador
Cohn

AUDIENCIA PUBLICA EN ESTADOS UNIDOS

MILLONES de ESPECTADORES ASISTEN DE JUECES Y TESTIGOS EN EL CASO "EJERCITO-MC CARTHY"

POR sus proporciones y por la multitud de sus resonancias, el gran espectáculo de la controversia Ejército-Mac Carthy escapa a toda comparación posible. Recuerda, por su fuerza descriptiva y tremenda, un áspero y decidido aguafuerte de Goya. Un aguafuerte que, por otra parte, estuviera recorrido de la soterrada y frenética fuerza del volcán. De ahí, por tanto, que haya terminado por reunir en su torno, cinematográficamente, los mejores propagandistas, las mejores cámaras. Cada palabra de los personajes secundarios da vuelta a la escena, y, naturalmente, el paso de los protagonistas, registrado y seguido por millones de personas que desde las pantallas de la televisión asisten a la función.

Y nadie crea que alguien está fuera de la gran escena. Todas las gentes forman, quizá sin quererlo, el gran coro boquiabierto y pasmoso, la gigantesca y muda zarabanda de los «extras». Que todos, jueces y testigos, soldados y niños, los propietarios de los aparatos de televisión y los que asisten «con la media entrada» de su amistad con los dueños, todos forman parte, aunque invisiblemente, del gigantesco montaje de la obra. Por eso, nada más sentarse ante la pequeña pantalla, el rodaje comienza.

EL ARGUMENTO

El origen de la gran discordia entre el senador Mac Carthy y el Ejército alcanzó su momento de crisis en torno a la investigación que se montara sobre el médico dentista Peress. Este soldado, Irving Peress, fué reclutado en enero de 1953 y, acogido a su sistema de oficialidad de reserva, ascendió a capitán una vez fué presentado su título universitario. El capitán Peress fué enviado al campamento militar de Kilmer, donde comenzó a actuar oficialmente de acuerdo con su profesión civil.

Así estaban las cosas cuando Mac Carthy descubrió que Peress no había rellenado el cuestionario que todos los oficiales están obligados a realizar antes de recibir las estrellas. Sentadas estas premisas se tuvo conocimiento que Peress se había negado a contestarle. Ya en marcha la investigación y el gran tinglado en torno al capitán médico, y a pesar de él, Peress fué ascendido a comandante. Este fué, según parece, el gran aguijón para Mac Carthy. Desde entonces no cede un solo paso en este asunto.

El 30 de diciembre último el Ejército estimó, terminada su investigación, que Peress debía ser

licenciado. «La orden de licenciamiento la dió el departamento de Defensa al general Ralph Zwicker el 18 de enero, indicándosele escuetamente que el licenciamiento debería ser «honorable» y en cualquier momento que Peress deseara, pero siempre dentro de los noventa días existentes entre la orden y el fin del plazo para el licenciamiento.

Es en esos momentos cuando el senador Mac Carthy arremete con toda su plena y fantástica potencia contra Peress. El 30 de enero lo llama a interrogatorio, y antes que ninguna otra pregunta inquiera de él si ha pertenecido al partido comunista. Peress, cuyo apellido de doble «ss» oculta un primitivo y simplicísimo Pérez, se niega a contestar a la pregunta, acogiéndose, como es clásico en los últimos tiempos norteamericanos, a la quinta enmienda constitucional, según la cual ningún testigo está obligado a responder cuando la respuesta puede ser o resultar incriminatoria para sí mismo. Un caso más de «quinta enmienda», dice Mac Carthy.

A la solicitud de Mac Carthy, que deseaba un Consejo de guerra para Peress y aquellas autoridades que han intervenido en su ascenso, el ministerio se resuelve por contestar que, «dado el licenciamiento oficial del comandante, el Consejo de guerra no es posible». Fuera de ello, y en la misma comunicación, prometía no volvería a darse el caso de ascenso en un oficial sin que anticipadamente se hubiera resuelto la formalidad del cuestionario.

Caen entonces en esos momentos el senador Mac Carthy sobre el general Zwicker, a quien en un interrogatorio violentísimo, en ataques de plano y sin elusión posible, llega a decir que «protege descaradamente a los comunistas». Cuando el general Zwicker responde airadamente que se ha limitado a cumplir órdenes superiores, Mac Carthy llega al paroxismo de su acusación. «Usted—le dice—es indigno de vestir el uniforme que lleva.»

Stevens considera los hechos inadmisibles, y la crisis se convierte en guerra. Según Mac Carthy, que sigue obstinada y arrebatadamente su tesis, «los asesores legales del Ejército, con el visto bueno del ministro Ste-

El subcomité que investiga la disputa, escucha y delibera

vens, obstaculizan las investigaciones para analizar y descubrir la infiltración comunista en el Ejército». Según Stevens, los procedimientos de Mac Carthy en las investigaciones están fuera de la ley.

En ese momento de dura tensión están las cosas cuando un nuevo eslabón precipita los acontecimientos. Y este nuevo eslabón pertenece a la cadena del propio Mac Carthy. Afecta a uno de sus propios hombres.

EL CASO DE GERARD DAVID SCHINE

Gerard David Schine es uno de los consejeros de Mac Carthy que precisamente el año pasado viniera con Roy Cohn a Europa a realizar una investigación sobre una supuesta infiltración comunista en la Alta Comisaría americana. Gerard David Schine, de origen israelita, según muchas declaraciones, de veintiséis años de edad, movilizado y con la categoría de «soldado raso» en la Policía Militar del Ejército, se convierte en nudo de la controversia. ¿Por qué?

Porque repentinamente, en un largo memorándum de 34 páginas que el departamento del Ejército entrega a los senadores y a la Prensa, se hace pública la presión ejercida por el senador y, sobre todo, por Roy Cohn para conseguir un trato de favor y principalmente, un ascenso para David Schine. El documento dice que telefónica y personalmente los hombres de Mac Carthy han empleado todos los procedimientos coactivos para conseguir tal situación de privilegio y que, por último, al serle comunicada a Roy Cohn la decisión del Pentágono de ser imposible alcanzar ni sostener ningún trato de favor para Schine, Roy Cohn es acusado por el documento de haber dicho las siguientes palabras: «Hundiré al Ejército. Haré destituir a Stevens.»

Para Mac Carthy, el problema surgido de la publicación del documento del Ejército es bien sencillo. «Se trata—dice—de un chantaje sobre la opinión pública. Más aun, añade: «Peress ascendió y tuvo todos los privilegios. A Schine se le negó todo.»

El caso es que las cosas, con



ese rodar implacable que tienen, han ido apretando sus aros hasta el extremo de llevar a los protagonistas del asunto, arrepentidos ya o no, a la gran verbera del careo. A la gigantesca batalla de la voz en grito.

EL MONTAJE

Para tener una idea remota de lo que ha significado publicitariamente la encuesta, sirva este dato elemental. Sólo para el transporte del material luminotécnico, incluido el de sonido y control, se han empleado veinticuatro camiones. Y solo la luz, los micrófonos y las cámaras, o lo que es lo mismo, el elemento propagandístico y accesorio, ha costado millones aun antes de apretarse el botón de «comienzo de rodaje».

El escenario está también de acuerdo con la grandeza de la obra a representar. Se ocupa una de las más famosas salas del Senado, capaz para 400 personas, pero en la que, con la aglomeración de centenares de periodistas y fotógrafos, la asistencia, según las informaciones, excede con mucho a ese número. Tres cámaras móviles y doce cámaras fijas forman, entre otras, el inventario sucinto de la técnica. Los protagonistas, mientras las cámaras de la televisión giran, tienen a su alcance verdaderas baterías de micrófonos. Viva y alta voz para que nadie deje de escuchar los resultados. No cabe, pues, otra cosa que enfrentarse con el gran espectáculo. Y no cabe, tampoco, huir de él.

Todavía hace unos días, era uno de los viajes del senador a Milwaukee, en el mismo Aeropuerto Nacional, perseguido por esa viva mirada que tiene la Prensa ante la presencia de un

«hombre-noticia», un periodista pudo leer el título de la novela del Oeste que, para regalo y acortamiento del viaje, compraba Mac Carthy. El título era el siguiente: «Luchar o huir».

LOS PROTAGONISTAS

JOSEPH RAYMOND MAC CARTHY, de cuarenta y cuatro años, senador por Wisconsin. Acusado por el Ejército de empleo de métodos ilegales para obtener informaciones. De falsedad en las mismas. De coacción en el Ministerio para obtener trato de favor para uno de sus hombres.

FRANCIS PATRICK CARR, de treinta y siete años, director del Servicio Mac Carthy. Sucedió a Matthews, que dimitiera de su puesto después de las famosas declaraciones suyas, en las que anunció que 7.000 sacerdotes protestantes eran comunistas. Ha pertenecido al F. B. I.

ROY COHN, de veintisiete años. Consejero principal de Mac Carthy, y de quien se dice es el principal culpable, por su pasión, en el caso personal de su colega Schine, del atestado del Ejército. Contra él va la más grave acusación. Del consejero R. y Cohn ha dicho Mac Carthy las siguientes palabras: «Es el más brillante muchacho que he encontrado nunca.»

GERARD DAVID SHINE, de veintiséis años, consejero de Mac Carthy, y que ha llegado a ser, funcionalmente, el eje de la discordia. Es hijo de un gran negociante. Padre e hijo se dedican a los negocios en cadena. Uno posee numerosos hoteles; el otro, una serie de cinematógrafos.

ROBERT BROECK STEVENS, de cincuenta y cuatro años, secretario del Ejército y principal testigo.

HERMAN STRUVE HENSEL, de cincuenta y dos años, consejero del Departamento, y que ha sido el principal estratega del Ejército en su batalla con Mac Carthy. Recae sobre él una grave acusación del senador: la de haber abusado de su cargo de intendente de la Marina para vender los productos de una Compañía, de la que era accionista, para obtener cuantiosos beneficios.

JOHN GIBBONS ADAMS, de cuarenta y dos años, consejero del Departamento de Defensa, y persona encargada por el ministro Stevens de dirigir el caso de Peress.

En la última semana fué acusado por Mac Carthy de que-

rer efectuar, con la investigación que estaba realizando sobre el Ejército, un colosal chantaje, al suministrarle material sobre el Arma de Aviación y la Armada, con tal que diera por terminado el «affaire» Ejército.

JOSEPH NYE WELCH, de sesenta y tres años, consejero especial del Ejército para la investigación.

La presidencia del gran debate corre a cargo del senador Karl Mundt, que tiene a su lado a Ray Howard Jenkins. Este último, de cincuenta y siete años, alma de los interrogatorios, es una personalidad extremadamente conocida. En Knoxville, donde tuviera una gran actividad, se le admira y respeta. «Aparentemente —dijo al hacerse cargo de su misión—, todos parecen decir la verdad.»

A un lado, pues, el equipo de Mac Carthy. Un equipo que, aparentemente al menos, está compuesto de hombres más jóvenes, decididos y siempre al ataque. Al otro lado, un equipo de hombres maduros que representan la burocracia y la Administración norteamericana.

Entre unos y otros, el senador Mac Carthy, con su metro ochenta y cinco de estatura y sus noventa kilos, levanta la tormenta. Sus comentarios son cortos y decisivos. Habla fuerte y violentamente, según los casos; pero con pausas breves y reflexivas. Va de un lado a otro, sin separarse nunca de su siempre llena cartera de documentos. Ha pasado por todas las rachas y, según el Instituto Gallup, el apogeo de su popularidad lo conquistó en enero de 1954, en el que, estadísticamente, logró las siguientes cifras: el 50 por 100 a su lado; un 30 por 100 en contra, y un 20 por 100 de indiferentes. Posteriormente, las cifras bajaron. La tormenta era grande, quizá excesiva, y la gente comenzó a quedarse sin habla. En esos momentos, Edward Murrow, célebre comentarista americano, inició una campaña contra él, sufragando sus retransmisiones una de las más importantes Empresas económicas americanas: «La Aluminium Company».

Un periodista que hizo recientemente un viaje con el senador desde Florida a Nueva York, le ve así: «Es un hombre desprovisto de todo respeto humano y dotado de una prodigiosa capacidad de contacto. En el avión, incapaz de permanecer quieto en el asiento, la chaqueta, siempre abierta y la cara sonriente y amistosa, se va sentando en todos los asientos vacíos y entabla conversación con el primero que le viene a las manos.» En su casa, de casi recién casado (lo hizo en septiembre último, después de un noviazgo tempestuoso, con una funcionaria de su Departamento), un visitante se ha encontrado con la sorpresa de ver, amontonadas unas sobre otras, alrededor de las doscientas cajas. Cuando pregunta al senador por su significado, se encuentra con esta fantástica respuesta: «Son regalos de boda. Todavía no he tenido tiempo de abrirlos.» Regalo de boda lo es también su famoso Cadillac, de aire acondicionado, que le ofreciera un grupo de amigos, encabezado por Hunt. Por su amistad

"the Diplomat,"

ESPAÑA ITALIA E.E.U.U.

EUROPA · ASIA · AFRICA

LAI

LINEAS AEREAS ITALIANAS

Contair LINER

PASEO DE GRACIA, 25, 3.º - TEL. 21-34-88 - BARCELONA
CARRERA DE SAN JERONIMO, 33 - TEL. 21-09-14 - MADRID

con este grupo de grandes financieros y por supuestas o comprobadas subvenciones económicas irregulares, Mac Carthy ha visto surgir, rodeándole, la grave acusación de cuentas poco claras. Pero todo ello, como en el caso de Mirabeau, forma parte de su leyenda, y le sigue, como una recia sombra, en cada paso que da. Dicen, por eso, que sigue siendo como era en la Universidad: un boxeador fuerte, rápido, siempre atacando y en marcha.

Nicolas Chatelain, un escritor francés, encontró en Chicago esta, para él y nosotros asombrosa, definición del maccarthysmo: «Se trata de un movimiento de humor como nosotros hemos conocido tantos. Nos mantiene en un estado de alerta, y es, esencialmente, un fenómeno sano, con la particularidad de ser, además, típicamente americano. Sin estas cosas, nos volvemos amorfos e incapaces. No es más que eso.»

LA AUDIENCIA PUBLICA

La batalla en la Audiencia, hasta estos momentos, ha pasado por todos los trances. Se habló en los primeros momentos de encontrarse el senador, «el boxeador Mac Carthy», acorralado en el rincón. Pero el careo no deja, por ello, de seguir su curso y levantar los más extraños perfiles. Desde el primer momento, la investigación ha tenido lados pintorescos, humorísticos y dramáticos. Que el juego es duro y grave.

La primera intervención de Mac Carthy, con un rápido y violento gesto para atraerse hacia sí el micrófono, fué para anunciar que «Stevens y sus colegas actuaban como individualidades. No pueden hablar en nombre del Ejército». La lucha comenzaba.

El primer detalle pintoresco, la primera «salida» humorística que aportó la reunión para la general hilaridad de la televisión, fué el incidente Mac Carthy-Struve Hensel. Se sentaba Hensel, del Departamento de Defensa, al lado del general Reber, y, en un momento de la sollicitación de testigos, Mac Carthy, seriamente, exigió que Hensel se identificara a sí mismo. Hensel, repentinamente enderezado en el asiento, replicó agrientemente: «El senador Mac Carthy sabe perfectamente quién soy yo». Mac Carthy, mientras tanto, reía tranquilamente. Y a su lado, como siempre, la cabeza de Roy Cohn. Cohn, del que se dice tiene una impasibilidad fría, inabacable, quien posee, además, una fantástica memoria y unos conocimientos de benedictino. El es, fascinado por la intriga, quien teje y desteje toda la tela de araña del interrogatorio, mientras Mac Carthy, moviéndose de un lado para otro, abiertamente voluminoso y grande, crece la sensación de no ser capaz del reposo.

EL INTERROGATORIO DE JENKINS A STEVENS

Antes de pasar adelante, conviene señalarse lo siguiente. Con motivo de las diferencias surgidas entre el secretario del Ejército y Mac Carthy, el Presidente Eisenhower, por los principios de marzo, hizo unas declaraciones cuyos extremos más importantes damos a continuación: «El Departamento del Ejército ha co-

metido serios errores en el caso Peress. El Departamento del Ejército procede a la modificación de sus procedimientos a fin de evitar que tales errores se repitan en el porvenir. Yo tengo plena confianza en el éxito de Mr. Stevens en este sentido. Nosotros —añadió— reconocemos el derecho del Congreso a establecer encuestas sobre todas las fases del funcionamiento de la Administración Pública. Todos están



Stevens también tiene gestos expresivos

en la obligación de contestar a las preguntas o los interrogatorios que les hagan.» Con esas palabras del Presidente que después, igual que la Casa Blanca, se ha negado al menor comentario sobre la Audiencia, daba comienzo el gran espectáculo.

Pues bien; al tercer día de la encuesta se produjo el interesante interrogatorio de Jenkins a Stevens. Parecía que las palabras del Presidente tenían, ese día, una especial validez, un temblor profético.

Stevens contestaba a una pregunta de Jenkins con las siguientes palabras: «Después de la investigación Mac Carthy en Fort Monmouth, el Ejército suspendió a veintinueve empleados del establecimiento...»

JENKINS.—Se llevaron a efecto esas expulsiones como consecuencia de la investigación de Mac Carthy?

STEVENS.—Mi respuesta debería ser, no; pero pienso que el resultado del Comité de Investigación aceleró la decisión.

JENKINS.—Ahora, señor secretario, ¿está usted tratando de disminuir el valor de los esfuerzos realizados por el Comité de Mac Carthy? ¿Es así?

STEVENS.—Creo que se ha exagerado grandemente la situación. Yo reconozco que el senador Mac Carthy influyó en la decisión de la expulsión, pero nosotros teníamos información suficiente, y las medidas hubieran sido tomadas.

JENKINS.—Sabía usted que el senador Mac Carthy realizaba un importante trabajo de acrecenta-

miento de la seguridad nacional al conseguir la detención de los comunistas; ¿no es así?

STEVENS.—Sí, yo estoy convencido de todo eso...; pienso únicamente que sería mucho más efectivo si él no persiguiera una táctica de publicidad y de propaganda que las hace un gran daño.

JENKINS.—¿Necesitaba usted que la investigación del senador terminara?

STEVENS.—No. Yo no necesitaba que cesara la investigación.

La contienda, más áspera por momentos, alcanza su momento culminante cuando Jenkins intenta probar que Stevens quiso utilizar a Schine para detener la investigación sobre el Ejército. Dice Jenkins que «Stevens visitó a Schine en su departamento de Nueva York, y que, más tarde, fué huésped de los padres del soldado y consejero de Mac Carthy en una comida». Con dura y sardónica voz, Jenkins vuelve al ataque: «No sería que usted estaba especialmente fino y considerado con ese muchacho... en orden a disuadir al senador de continuar la investigación en su Departamento ministerial?»

STEVENS.—Positiva y completamente falso.

«Otros cargos —prosigue Jenkins— han sido hechos contra usted: Que usted ofreció, una vez tras otra, suministrar datos sobre la Armada o la Aviación si cesaba la investigación sobre el Ejército. ¿Qué dice usted acerca de este cargo?» La réplica fué contundente: «Se trata de una mentira descarada.»

Según la acusación, Stevens mandó retirar acusaciones y cargos que se habían presentado contra elementos comunistas infiltrados en el Ejército. Tamaña acusación, como digo, ha sido reconocida por el general Lawton, que ha hecho, con motivo de ello, una declaración oficial señalando que Adams, consejero del Ejército y uno de los que formularon el «reportt» que llevara a Mac Carthy a la Audiencia pública, le telefonó para coaccionarle con motivo de hacer que retirara las acusaciones contra comunista de su mando. Mr. Stevens, secretario del Ejército, o ministro de la Guerra para una mejor comprensión de las categorías, afirmó que no recordaba, en absoluto, semejante conversación.

A pesar de ello, el abogado, con gran firmeza, terminó por advertirle: «En vista del grave cargo que hacen contra usted, acusándole de haber querido paralizar las investigaciones contra los comunistas, y atribuyéndole, a tal propósito, el pliego de cargos lanzado por usted y sus ayudantes contra ellos, ¿no cree usted que la conversación por teléfono a la que acabamos de referirnos posee una tremenda importancia?»

Así está, pues, el gran espectáculo del mundo. Un espectáculo lleno de sorpresas, a las que el senador de Wisconsin no parece dar mucha importancia. Todavía no hace mucho los periodistas se vieron obligados a aceptar la última de sus grandes bromas. Asistían al interrogatorio de un acusado, de origen ruso, cuando Mac Carthy se dirigió al acusado en su lengua nativa. El testigo era Igor Bogelopov. La sorpresa fué mayúscula.

Enrique RUIZ GARCIA

FERIA DE ABRIL EN COLORES

SEVILLA DE SOL Y SOMBRA



Los antiguos monstruos de la tauquia. Telón de fondo ante el brindis una actriz francesa

A la feria de abril en Sevilla se puede ir por muchos caminos y por muchas razones. En avión, en automóvil, en tren, en barco. Y por diversión, por negocio o por obligación. Porque no se ha ido nunca y porque se ha ido siempre. Para vender y para comprar. Para «ver» y para «ser visto».

Este año, como la Semana Santa se ha celebrado después de transcurrida la primera mitad del mes de abril, y siempre se deja una semana de separación respetuosa entre las fiestas religiosas y la feria, ésta ha tenido que buscar sus fechas en los últimos días del mes. Tan en los últimos, que ha invadido los dos días primeros del mes siguiente: del 27 de abril al 2 de mayo. Así, durante el domingo y el lunes visperas de la feria, el 25 y el 26 de abril, Sevilla, como todos los años, ha sido invadida por miles de gentes movilizadas por una consigna tan sencilla, que sólo comprende tres palabras: «A la feria». Porque en estas fechas, en España, la feria, por antonomasia, es la feria de Sevilla. Y en el extranjero, cualquiera que salga rumbo a España durante el mes de abril, oye también, si es que no las sabe de su propia cosecha, las tres mágicas palabras: «A la feria». Siempre habrá un amigo que le pregunte si va a la feria de Sevilla, o que le aconseje que vaya. Siempre podrá leerlas en un alegre y multicolor cartel de propaganda en las oficinas de una Compañía de líneas aéreas o de viajes en autocar. Y con ello, basta. El turista, salvo error u omisión, será un visitante de la feria. Salvo el error tremendo, o la omisión imperdonable, de no incluir Sevilla en su itinerario. «¡Ah! ¿Pero estuvo en España y no fué usted a la feria de Sevilla?». Y el acento que marca la decepción sonará con igual tono en cualquier idioma.

EN EL TREN DE LOS FERIANTES

Sobre la llanura verde se extiende un techo gris de nubes bajas. Vamos orillando el Guadalquivir, que baja turbio, con las

aguas teñidas de color café con leche del barro. El tren marcha despacio, entretenido en el juego de acercarse al río y de alejarse de él. Las nubes son cada vez más compactas y más oscuras. Todos vamos con los ojos clavados en ellas, pensando lo mismo. Y el único del compartimento que no va a Sevilla, lo suelta:

—Se os va a aguar la feria.

Es el pequeño y sonriente Félix Córdoba, el «Cordobita» de mis años universitarios, que está de Secretario del Juzgado de Llerena, en la provincia de Badajoz.

Unos recién casados de Aranjuez, que van por primera vez a la feria, lanzan una mirada recriminatoria al sonriente y pequeño secretario. Y Mr. Rosenthal, un comerciante neoyorquino que entiende y habla algo de castellano por sus negocios en las Repúblicas sudamericanas, anima a su mujer. Llevan doce años planeando este viaje. Desde una noche, según me cuenta él, en que cayeron en sus manos unas fotografías de Sevilla, llenas de sol y de flores, mientras caía en Nueva York una nevada que alcanzo una altura de metro y medio.

—Y ahora llegamos y llueve. llueve. ¿Habrá sol en Sevilla?

Un representante de maquinaria agrícola, sevillano, residente en Madrid, que todos los años hace su escapadita a la feria con el pretexto del negocio, consuela a los Rosenthal:

—Esto no es nada. Un chaparroncillo pasajero. En esta tierra vuelve a salir pronto el sol. Tendrán sol en Sevilla, porque Sevilla está llena de sol hasta cuando llueve.

El matrimonio de Aranjuez sonríe al sevillano. Sigue la lluvia torrencial. Las nubes bajas se desgarran en las almenas del castillo de Almodóvar y le dan un aspecto triste de fortaleza nortea, de castillo de Hamlet.

Nuestro vagón lleva departamentos de primera y de tercera. En cada estación, en cada parada, suben unos cuantos feriantes más. Posadas, Palma del Río, Peñaflo, Lora... Se van lle-

nando los pasillos del tren de personas, maletas, cestas. Tratantes de ganado, gitanos, vendedores de caramelos y dulces, mujeres con niños en brazos, soldados, viejas. Crece el suave guirri-ray ceceante de las conversaciones cruzadas. Y en todas las frases suenan o se sobreentienden las tres palabras de la consigna general: «A la feria».

Pasada Lora, el tren salta de la orilla derecha a la orilla izquierda del Guadalquivir. Cesa la lluvia. Entramos a las dos y media en Sevilla. En una Sevilla sin sol, nublada, pero con una luminosidad especial y con un color y un aroma que encantan a los Rosenthal.

LA PRIMERA REVELACION

Unos años más, otros menos, Sevilla se llena siempre en la feria. Ve colmados de viajeros sus hoteles, sus pensiones, sus frondas. Hasta sus casas particulares, que en casi todas se alberga, al menos, a un par de forasteros. Este año, según dicen, no es de los mejores, y aun así, la tarde del lunes, vispera de la primera fecha de la feria, llenan las calles hileras de coches con todas las matriculas del mundo y se oye hablar en los cafés y en los vestíbulos de los hoteles en todos los idiomas. Y el castellano con todos los acentos de nuestra geografía.

La aglomeración provoca incidentes cuyo desarrollo y cuya solución proporcionan a los visitantes, a los forasteros, la primera clave para ir entrando en el ambiente de Sevilla y en la psicología de su feria. Un taxista, por ejemplo, ha estacionado su coche, uno de esos diminutos taxis amarillos que parecen hechos a la medida de las estrechas calles sevillanas, ante la puerta del hotel Colón. Un guardia le ordena que retire el taxi. Se entabla entre el taxista y el guardia una discusión que parece sacada de un sainete andaluz. Los viajeros, que salen o llegan al hotel, y algunos transeúntes hacen corro y ríen las ocurrencias de los que discuten. Al fin, el guardia, que



Lola Flores, entre su hermana y la estampa del clásico sombrero andaluz en la Maestranza de Sevilla

ha ido atribuyéndose a lo largo de la graciosa disputa la representación de todas las ideas respetables —del orden público, de la moral y las buenas costumbres, de la educación ciudadana, etcéte...—, triunfa sobre el individualismo del taxista. Y éste, con gesto decidido, con aire de huir pronto lo más lejos posible, sube al coche y acciona la puesta en marcha. El corro de espectadores está a punto de disolverse. El taxi arranca, avanza quizá metro y medio y se detiene. El taxista desciende de nuevo y dice al guardia:

—Bueno, ya está.

Con sólo una diferencia de metro y medio y un tono especial de sumisión en la voz triunfa el orden, queda corregido el individualismo, se aplaca el guardia y se zanja el incidente. Los espectadores, sonriendo todavía, siguen su camino. Los forasteros y los turistas han recibido una de las primeras revelaciones de Sevilla: en Sevilla se discute largo, todo lo largo que se quiera, pero no se riñe. Ni en Sevilla ni en su Feria hay sitio ni tiempo para la violencia. Ni lugar ni minuto para la grosería. Para la gracia, para el donaire, para la frase intencionada, para la ironía picante, sí. Para el insulto, nunca. Quizá sea cierto que Sevilla puede regirse susurrando. Porque, desde luego, puede gobernarse sonriendo.

NO HAN VENIDO LOS MIURAS

En los corrales de la Venta de Antequera, en la que se ha inspirado la Venta del Batán madrileña, se exhiben al público las corridas de toros que se lidiarán en la Feria sevillana. Ir a Antequera a ver los toros y a tomar, de paso, unas copas de vino fino y unas lonchas de jamón serrano, mientras se comenta el peso y el trapío de los toros, es seguramente el mejor prólogo que pueda ponerse a la Feria la tarde anterior a su comienzo. La Venta se alza a las afueras de Sevilla, de la que dista muy pocos kilómetros. A lo largo de la

carretera se extiende todos los años una numerosa caravana de automóviles, entre los que se mezcla algún coche de caballos y algún caballista. Esta tarde es poco nutrida. El mal tiempo y la actuación de la Escuela Española de Equitación de Viena en la Maestranza han mermado considerablemente la afluencia de público en la tradicional marcha hacia la Venta.

Bajo un cielo cuajado de nubarrones plomizos, los aficionados y los turistas se agolpan pegados a las tapias bajas de los corrales. Los toros, indiferentes a los racimos de cabezas que les contemplan y critican, siguen echados en el suelo, andan juntándose por parejas, se mueven mansamente, se frotan unos con otros y ventean la brisa húmeda que llega de las marismas.

Haciendo comentarios y cruzando saludos, el público va dando la vuelta a los corrales.

—A esos dos toros de Tassara, a los dos de aquel rincón, les faltan bastantes kilos.

—¡Oye, Manuel, mira que beriendo en «colorao» tan bonito!

—¡Qué buena moza es toda la corrida de Guardiola!

Los toros de Miura tienen mucho cartel en Sevilla. Pero la corrida de Miura no ha venido a la Venta. Ni viene hasta pasadas las primeras corridas de la Feria. Y los aficionados se preguntan unos a otros y hacen sus cábalas:

—Oiga, don Juan, ¿por qué no han venido los miuras?

—Querrá usted decir por qué no los han traído—contesta el llamado don Juan.

Otro intenta sonsacar a un mayoral:

—Curro, tú que habrás visto los miuras ¿cómo andan?

Y el mayoral, con un guiño pícaro, responde:

—A cuatro patas, como todos.

José María Cossío, el autor de *Los toros*, charla con unos amigos ante el corral donde están encerrados los ocho toros de Buendía. Empezan a caer unas gotas gruesas y los grupos se deshacen. Todos corremos a guarecernos bajo los toldos de las terrazas de la Venta. Solamente dos niños rubios, dos pequeños ingleses flemáticos se quedan pegados a las tapias de un corral contemplando extasiados a los toros, sin hacer caso de la lluvia, que cada vez es más espesa. Su

madre, menos flemática, los arranca de la tapia y los empuja, escaleras arriba, hacia una mesa de la terraza que comparte con unos franceses. Los camareros se afanan de mesa en mesa. Y los clientes, al abrigo del agua, siguen mirando a los toros y cambiando impresiones. La lluvia pone reflejos de charol en el pelo negro de los toros, que han vuelto los cuartos traseros hacia la parte de Sanlúcar, de donde viene el temporal.

El horizonte se abre con un resplandor pajizo por la parte de Poniente. Las nubes negras se desplazan lentamente sobre la Venta. Los últimos rayos del sol lejano llegan horizontales a las mesas y encienden un reflejo pálido en las copas de manzanilla. Ya no llueve.

Un sevillano, que discute sin pausa sobre los toros con dos mejicanos que tienen tipo de novilleros, vuelve al tema de los miuras:

—No los han traído porque están chicos, porque no son miuras, sino «miurillas». Los he visto yo, ea.

Los niños ingleses a los que no les importaba la lluvia siguen mirando, inmóviles, desde la barandilla de la terraza a los toros. Ahora se han olvidado de la cerveza y las patatas fritas. La madre charla con una francesa de mirada ingenua y pelo castaño.

—Thérèse, ¿sabe usted por qué los toros están aquí tan pacíficos y son luego tan terribles y feroces en la plaza?

Pero Thérèse, la francesa de la mirada ingenua, no lo sabe.

Volvemos a Sevilla a esa hora imprecisa del anochecer. En el Prado de San Sebastián estarán dando los últimos toques a la decoración de las casetas y del conjunto del Real de la Feria. En muchas casas particulares, las jóvenes prepararán sus vestidos de gitana, sus trajes de montar. Que mañana empieza la feria de Sevilla.

LOS «TRATOS» EN LOS REMEDIOS

La feria de Sevilla, y de ahí su nombre, nació como feria ganadera y no ha perdido este carácter, aunque su nombre evoque

El mosaico la raja, las cabezas de toros, las flores. Viva estampa de Andalucía



generalmente antes la estampa clásica de las casetas, las «sevillanas», las corridas y los de files de coches de caballos y caballistas, que la escena campera de un mercado de ganados, y aunque muchos forasteros y mucho sevillanos terminan la feria sin llevarse en los zapatos una solamota de polvo del campo de Los Remedios.

En Los Remedios se celebra todos los años en estos días una feria de ganados que es seguramente la más importante de toda Andalucía. Y palabra que vale la pena darse una vuelta por el ferial ganadero.

En Los Remedios reina ese peculiar desorden pacífico de todas las ferias de ganados a cielo abierto. Las mulas se mezclan con los caballos y los asnos en la parte central. Los rebaños de ovejas, con los de cabras, con las vacas y con los cerdos, en la periferia del mercado.

Hay polvo. Moscas. Olor dulzón de ganado, de sudor y cuero. Vendedores de rosquillas y cacahuetes. Parejas de guardias civiles y grupos de gitanos. Maquinaria agrícola pintada con los tonos más rabiosos del color amarillo, del rojo, del azul. Y una tienda de campaña, de lona verde, donde realiza sus operaciones una Casa de Seguros.

En este escenario abierto y multicolor se mueven los compradores y los vendedores, los tratantes y los curiosos. En medio de un corro de espectadores formado en un momento, un jinete prueba un caballo. Trota, detiene el caballo, le obliga a retroceder, a encabritarse, a iniciar un galope. Y en los puestos de bebidas se comienzan, se siguen y se ultiman los «tratos», las compraventas.

En el «trato», por regla general, intervienen dos protagonistas: el comprador y el vendedor, y un coro, un grupo de gitanos que actúa como elemento intermediario entre ambos y gracias a cuyos buenos oficios se concluyen felizmente la mayoría de las ventas.

El mecanismo, el ritual del trato es complicado. Puestos en contacto el comprador y el vendedor, y vista la mercancía—por

ejemplo, un par de mulas que el comprador ha examinado con el asesoramiento del grupo de gitanos—, se sientan todos en la mesa de un puesto de bebidas, bajo un toldo descolorido. El comprador, un tal Manuel, un labrador atezado y grueso, que se toca con un flexible gris y viste un traje claro, frente al vendedor, el delgado Frasquito, de mirada aguda bajo un sombrero ancho negro. Y cinco gitanos de todas las edades ataviados todos con ropas que en su día fueron sin duda prendas, se sientan en torno, colocados tres a la derecha y dos a la izquierda del comprador que los ha contratado para aconsejarlos. Unas palmas, una copas y empieza la interminable discusión. Manuel y Frasquito se tantean. Los gitanos, con la varita de acebuche entre las piernas, asienten con un movimiento solemne de muda afirmación. O uno de ellos se levanta, apoya una frase del comprador con un enfático «Un hombre lo ha dicho», y vuelve a sentarse. Hay un momento en que parece llegarse a un acuerdo. Y entonces un gitano hace levantarse a Frasquito y a Manuel, les indica que se den la mano y oficia:

—Tú, Manué, di compra.

Manuel lo dice.

—Tú, Frasquito, di vendió.

Frasquito lo dice, pero añade.

—En los 5.000 duros.

Y Manuel se niega, suelta la mano del vendedor y se sienta indignado. Hace ademán de llamar al camarero para pagar y marcharse, pero le contiene el gitano de marras. Le hace levantarse de nuevo y se lo lleva unos pasos más allá de la mesa. Hablan en voz baja los dos. Y vuelven a sentarse. Y otro gitano, que no ha despegado todavía los labios, pide otra ronda de aguadiente y sigue el trato. La escena se repetirá varias veces, y al fin habrá «trato». Este día o el siguiente. Aquí o ultimado en la calle de las Sierpes. Y los gitanos se repartirán por sus diplomáticas intervenciones por sus consejos, por sus gestos inimitables, por sus frases oportunas, 20 ó 25 duros.

—Me parece que cualquiera de estos gitanos daría ciento y raya a los agentes de venta diplomados a la norteamericana y a los autores de los libros de consejos a los comerciantes, esos que se titulan «Cómo vender más y más barato» o «Cómo suggestionar a sus clientes»—le digo a Luis López Ovando, sobrino del conde de la Corte, que me acompaña por el ferial ganadero.

—Pues claro—contesta sonriendo. Conocen muy bien a los ganados y a los

hombres. ¿No sabías que son, por naturaleza, unos psicólogos extraordinarios?

Este año ha bajado el precio del ganado. Lo que hace dos años se tasaba en duros se compra en esta feria de 1954 casi en pesetas. Por ello, para no acentuar la baja, no han entrado este año en Los Remedios más que aproximadamente la mitad de las cabezas de ganado que hay en los campos dispuestas para la venta.

Sí, señor, vale la pena dedicar una mañana de la feria de Sevilla a curiosear por Los Remedios. A ver en su salsa un mercado donde, si llegara usted a comprar un caballo, y después de probarlo y encontrarlo de su gusto, se mostrara de acuerdo con el precio a la primera, sin discutir ni regatar, el vendedor le preguntaría extrañado y molesto:

—Entonces, ¿no hay «trato»?

LO INDESCRIPIBLE

Las ferias tienen, todas, su horario propio, su tradicional distribución de la jornada. En la de Sevilla, el programa empieza con la visita al Real de la Feria. Esto, se entiende, el primer día, porque luego hay muchos que pasan la noche en las casetas y amanecen ya en él.

Desde las primeras horas de la mañana, se empiezan a ver por las calles, caballistas, sólo o llevando a la grupa una muchacha ataviada con el traje de «faralaes», Amazonas montadas a la jineta y coches tirados por troncos de caballos enjazeados. Su recorrido, camino del Prado de San Sebastián, entre los automoviles relucientes, flanqueados por la doble procesión del público que camina a pie por las dos aceras de una amplia avenida, forma una de las estampas más sugestivas, de más bello colorido y más fuerte sabor, de la feria sevillana. Y cuando se reúnen todos en el recinto ferial, y los caballistas y las Amazonas y los coches de caballos desfilan lentamente por una calzada. En cuyo centro se alzan a espacios regulares unas columnas delgadas adornadas con flores y rematadas con banderas que ondean al viento y el público se apiña entre los bordes de la calzada y las casetas y los ocupantes de éstas contemplan desde ellas el desfile, y el sol andaluz brilla en el cielo entre nubes blancas, el conjunto de colores, de luces y sombras, de movimientos, de rumores de cascabeles, y redobles de cascos, de líneas y de formas, es indescriptible. Indescriptible e imposible de pintar. Que por algo, después de intentar por lo menos diez veces un boceto, el pintor japonés Kasmato ha cerrado su bloc de dibujo y ha enterrado su lápiz en el bolsillo derecho de su chaqueta. Betty Drew, una joven norteamericana, del mismo grupo en que viaja a «for-fait» el pintor japonés, no se cansa de sacar fotos. Y entre disparo y disparo suspira: «¡Ah! Esto es el más bonito espectáculo del mundo». Y poco después, emparejada con la periodista Louise Marstson, del «The Wisconsin State» de Madison, se aproxima a una Amazona que ha echado pie a tierra, para paladear una «caña» en la entrada de una caseta, y le pide permiso

Con suma facilidad...

hará que le admiren por su

CULTURA GENERAL Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia



para examinar las diversas piezas del traje de montar. La amazona rubia le va enseñando el sombrero catite, la chaquetilla corta, la blusa escarolada, la faja roja, la amplia falda. Todo provoca a Betty la misma exclamación. Louise me la traduce por «¡Qué monada!»

Frente a una caseta hace una exhibición de monta, sobre un caballo blanco, el caballero sevillano Rafael Hernández. Ante la puerta de otra, de la 59, se detiene a charlar con las señoras que «residen» en ella, una amazona vestida de negro: la princesa Esperanza de Borbón y Braganza.

Y pasa el Litri sobre su caballo «Huracán». Y se para la gente a contemplar de cerca un tronco de caballos de Fermín Bohórquez. O un coche del marqués del Contadero.

POR LOS TENDIDOS DE LA MAESTRANZA

De cuatro a nueve de la tarde, del café al aperitivo que precede a la cena, la vida de la feria cambia de eje, empieza a girar en torno a las corridas. Después de las horas de la mañana señoreadas por el caballo, las de la tarde pertenecen al toro.

El ambiente taurino de Sevilla —ciudad torera y ganadera— se acentúa estos días.

Las gentes de toros acuden a la capital andaluza desde toda España. Y aun desde el extranjero, como Antonio Algara y su inseparable José Madrazo, venidos hace poco de México, y M. Pierr, Aymard «Repilón», crítico taurinos francés. Y muchos aficionados portugueses. Incluso toreros que no figuran en los carteles de sus corridas, como Julio Aparicio. Y ganaderos que no lidian toros estas tardes, como Antonio Pérez Tabernero. Y empresarios de otras plazas atraídos por el rumor persistente de la vuelta del Litri.

Las corridas, en la plaza de la Maestranza, encuentran, además de uno de sus escenarios de más solera y de más bellas proporciones, un público alegre, bullicioso sin estridencias, y atento sobre todo al toro y benévolo y tolerante con los toreros. Tardes, la de los miras, por ejemplo, que en Madrid hubieran provocado una bronca fenomenal, transcurren aquí en calma. Claro que no se libra de algún comentario cáustico al principio, en medio y al final. Como una, epigramático, que centra el aguijón precisamente en la ausencia de todo comentario.

—¿Has visto la corrida?

—Sí. Adiós.

Muchos extranjeros en los tendidos. Tantos que en filas enteras únicamente se oye hablar en francés, en portugués, en inglés.

Hay una tarde desagradable para todos, pero especialmente para ellos. Me refieren a los extranjeros que todavía, porque no han visto muchas, no tienen la sensibilidad adaptada a la cara trágica de las corridas. Es la tarde de los guardiolas que cogen a César Girón, a un espontáneo y a Manolo Carmona. Las tres cogidas resultan impresionantes. Y a la segunda, muchos extranjeros abandonan la plaza. Otros no, que también entre ellos existen aficionados veteranos.

Por ejemplo el doctor Pedro Valles, un peruano, de acento dulce que señalando a Juan Belmonte, sentado unas filas más abajo, revela con un cierto tono de orgullo:

—Yo vi torear a Belmonte en Lima. He visto ya muchas corridas. En mi patria y en México.

A la salida de los toros, con el tema fresco, se comentan las corridas. En el «hall» circular del hotel Colón, sede predilecta del mundo taurino que está en Sevilla de paso, no se oye hablar de otra cosa. ¿Y de qué otra cosa pueden hablar en esa tertulia del bar Britz en la que se recorta la figura impar de Rafael el Gallo, o en esa otra que rodea a Gregorio Corrochano, en el Sport?

LOS MISTERIOS DE SEVILLA

Cada jornada de la feria sevillana, y en algún modo toda ella, culmina en la noche. Hemos escrito que las horas de la mañana se viven bajo el signo del caballo y las de la tarde bajo el del toro. Pues bien, la noche entera, hasta las primeras luces del alba, está dominada por el baile y el canto. Por el repicar de las castañuelas y el taconeo de las bailarinas sobre el suelo de tablas de las casetas. Por el son rítmico y seco de las palmas que acompañan el baile. Por los tonos alegres y los tonos graves, por los agudos y los bajos, del canto.

Toda esa ciudad efímera de casetas de lona perfectamente alineadas, rematadas por un frontis triangular de paseos enarenados con el mismo albero dorado del ruedo de la Maestranza, aparece cubierta por un dosel de luz. Miles y miles de bombillas pendientes de cables forman un techo de collares luminosos sobre las calles del ferial.

En todas las casetas se canta, se bebe, se baila. Pero se equivoca quien imagine que esta concentración de alegría, luz y música, se resuelve en un ambiente chillón, estridente y desordenado. La luz de la feria, deslumbrada sin dañar a la vista. Y los sonos y los sonidos de las palmas, las castañuelas, la coplas y la orquestas, apenas se proyectan un metro más allá de las ca-



Pedrés levanta un ole



El Litri y «Huracán». Dos fenómenos un marco

setas donde se producen. ¿Cómo es posible esto? Misterios de la feria sevillana. Misterios de Sevilla, como el del vino.

—Aquí—me ha preguntado sorprendida Gracia, con su meloso acento filipino—todos beben bastante y no se emborrachan ¿Por qué?

Gracia Torralbala es una funcionaria de la Sección Estadística de la O. N. U. Y quizá por costumbre profesional sigue haciendo, a ratos, estadística en sus vacaciones. Pero ha observado bien. Con la mitad de lo que puede uno beber, en Sevilla, sin embriagarse, agarraría una curda respetable en cualquier otro sitio. ¿Por qué aquí no? Misterios de Sevilla.

Hasta las dos de la madrugada permanece encendido y brillante el ferial. Hasta esa hora, el público recorre las casetas. Entra en ellas o se detiene ante la entrada para contemplar cómo giran y se combinan las parejas que bailan unas sevillanas. Cuando se produce el apagón emplezan a despoblarse poco a poco los paseos y las calles, las lonas rojas y blancas caen, o se corren, y tapan la vista del interior de las casetas. Pero la fiesta no termina. Al contrario. Se concentra en la intimidad discreta del interior. Vuelve a circular el café. Descansan un momento las incansables bailarinas sevillanas. Y dos labradores comentan las cosas del campo en un rincón.

—La lluvia de abril ha llegado tarde. Y ha sido escasa.

—Pero las cosechas, en general, van a ser buenas. Yo me daría por satisfecho con que fueran así todos los años.

La noche avanza entre cañas, canto, baile y ratos de conversación deshilvanada. Por las casetas de los gitanos venden churros. Están quietos los carruseles y tiovivos de la «calle del Infierno». Un jorobadito alegre baila sevillanas en medio de un corro que le hace palmas. Amanece. Y mañana termina la Feria de Sevilla.

LEA Y VEA TODOS
LOS SABADOS

EL ESPAÑOL

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES
Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

**FERIA
DE ABRIL EN
COLORES**

**SEVILLA
DE SOL Y SOMBRA**



En la página 60 encontrará usted un interesante reportaje sobre la feria sevillana, de nuestro redactor